

ISBN 978-987-691-367-6



9 789876 913676

Las diversas prácticas juveniles urbanas analizadas en este libro tienen un horizonte común: *hacerse un lugar*. Nos encontramos con personas buscando construir "su lugar" en la ciudad y en la sociedad. Los y las jóvenes se construyen en el espacio social a través de los múltiples encuentros que desarrollan en el cotidiano de la vida urbana. Abrevan tanto de la historia del lugar en el que habitan y los circuitos que recorren, como de la trayectoria histórica de su sector de clase y grupos de pertenencia contemporáneos. El análisis se encuentra organizado por medio de dos conceptos claves: circuitos urbanos y trayectorias biográficas y sociales.

Las investigaciones que dialogan en este libro se produjeron desde una perspectiva cualitativa, principalmente realizando abordaje etnográfico de diversas prácticas juveniles en la ciudad. Así, *Hacerse un lugar* remite al deseo de ser parte, de poder estar en alguna parte.

Mariana Chaves. Antropóloga (UNLP). Doctora en Ciencias Naturales, orientación Antropología (UNLP). Investigadora del Conicet. Profesora titular en UNLP y de posgrado en Untref, UNSL, UBA y UNLP. Directora del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECYS) de la Facultad de Trabajo Social (UNLP). Autora de *Jóvenes, territorios y complicidades* (2010) y cocoordinadora de *Políticas de infancia y juventud. Producir sujetos, construir Estado* (2013).

Ramiro Segura. Antropólogo (UNLP). Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES). Investigador del Conicet. Miembro del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECYS) de la Facultad de Trabajo Social (UNLP). Profesor de Antropología Social (UNLP) y Antropología Urbana (Idaes-Unsam). Es coeditor de los libros *La vida política en barrios populares de Buenos Aires* (2009) y *Segregación y diferencia en la ciudad* (2013).

Editorial Biblos

Investigaciones y ensayos

HACERSE UN LUGAR

Mariana Chaves • Ramiro Segura editores



Mariana Chaves • Ramiro Segura
editores



HACERSE UN LUGAR

Circuitos y trayectorias juveniles
en ámbitos urbanos

Editorial Biblos

Investigaciones y ensayos

Mariana Chaves y Ramiro Segura (editores)

Hacerse un lugar

Circuitos y trayectorias juveniles
en ámbitos urbanos

Agradecimientos

Hacerse un lugar: circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos /
Mariana Chaves ... [et.al.].- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos,
2015.

156 p.; 14x20 cm.- (Investigaciones y ensayos)

ISBN 978-987-691-367-6

1. Antropología Cultural. I. Chaves, Mariana
CDD 306

Imagen tapa: *María Celeste Hernández*
Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi*
Armado: *Sofía Vizza*

© Los autores, 2015

© Editorial Biblos, 2014

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires
info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com

Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta primera edición fue impresa en Imprenta Dorrego,
Avenida Dorrego 1102, Buenos Aires, República Argentina,
en septiembre de 2015.

El trabajo colectivo que aquí presentamos ha sido discutido en sus versiones preliminares en distintos ámbitos. Queremos agradecer las lecturas y los comentarios realizados por todos y todas las colegas que formaron parte de esas reuniones, y que generosamente dieron su tiempo y sus ideas para favorecer el crecimiento y la mejora de nuestra producción. En particular, queremos agradecer a quienes forman parte, o alguna vez lo hicieron, del seminario interno de formación del Núcleo de Estudios Socioculturales (ahora, Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad), en su línea de trabajo Juventud y Ciudad, en la Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata (UNLP), pero que no han sido autores de este libro: Mariana Speroni, Fernando Palazzolo, Marcos Mutuverría, Agustín Cleve, Gabriela Flaster, Esteban Fernández, Rafael Blanco, Paula Hanlon y Gisel Barboza.

En algunas oportunidades, hemos organizado reuniones de lectura cruzada de nuestras producciones con el Programa de Estudios Sociales de Infancia y Juventud, Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín, dirigido por la doctora Valeria Llobet. Agradecemos los aportes realizados por ella, y las colegas Marina Medan, Cecilia Litichever, Gabriela Magistris, Catarina Vilanova, Florencia Gentile, Agustín Barna y Cecilia Gaitán en esos encuentros.

Este libro ha sido posible por el apoyo financiero del programa de incentivos a los docentes-investigadores de la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación, así como por los salarios y las becas recibidos, según la dependencia de cada integrante: UNLP, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, y Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires.

Por último, queremos agradecer a la institución que nos cobija, la Facultad de Trabajo Social de la UNLP, por el acompañamiento recibido en estos años.

Índice

Introducción. Una antropología de prácticas juveniles en la ciudad <i>Ramiro Segura y Mariana Chaves</i>	11
Aparecer, bailar y actuar en la ciudad: modos de ser punks, breakers y cirqueros <i>Elena Bergé, Julieta Infantino y Ana Sabrina Mora</i>	23
Trayectos y trayectorias urbanas de jóvenes en Buenos Aires: territorios y moralidades en juego <i>Tomás Bover y Sebastián Fuentes</i>	47
¿Fuera de lugar? (In)visibilidades, conflictos y usos del espacio público <i>Carlos Galimberti y Ramiro Segura</i>	73
Barrio, territorio y movimientos sociales: la construcción juvenil en el Frente Popular Darío Santillán <i>Florencia Fajardo y Daniel Giorgetti</i>	101
Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes <i>María Celeste Hernández, Josefina Cingolani y Mariana Chaves</i>	123
Epílogo. De cerca y desde adentro: la mirada etnográfica <i>José Guilherme Cantor Magnani</i>	147
Sobre los autores.....	153

INTRODUCCIÓN

Una antropología de prácticas juveniles en la ciudad

Ramiro Segura y Mariana Chaves

Este libro aborda prácticas, circuitos y trayectorias de jóvenes en áreas urbanas de la Región Metropolitana de Buenos Aires, centralmente en La Plata, Gran La Plata (partidos de Ensenada, Berisso y La Plata), y en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).

Los distintos capítulos condensan parte de los resultados del proyecto de investigación del Programa de Incentivos a Docentes Investigadores “Circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos” (11/T055), desarrollado en el marco del Núcleo de Estudios Socioculturales (NES) de la Facultad de Trabajo Social de la UNLP entre 2009 y 2012, bajo la dirección de Mariana Chaves y la codirección de Ramiro Segura. Se trató de una experiencia de aprendizaje e investigación colectiva que involucró a investigadores de distintas disciplinas de las ciencias sociales (antropólogos, comunicadores sociales, historiadores, sociólogos y trabajadores sociales), en diferentes momentos de su formación académica y su carrera científica, donde apostamos por el trabajo colaborativo en la producción de conocimiento.

El trabajo colaborativo no remite exclusivamente a las relaciones entre miembros del equipo de investigación, sino también a un enfoque ético-político que abarca las formas de planificar y realizar los trabajos de campo, los acuerdos y las prácticas conjuntas con los niños, los jóvenes y los adultos con los que investigamos, las acciones de incidencia en los territorios y en las políticas públicas, y la participación en los debates públicos.

En este sentido, una primera acción de trabajo colaborativo consistió en construir un terreno conceptual común para analizar prácticas juveniles diversas en la ciudad. En ese plan, discutimos distintos modos de abordaje y estrategias metodológicas para el estudio

de la ciudad y de las juventudes, así como pusimos a consideración y debate, entre todos los integrantes del proyecto, los avances en las investigaciones individuales vinculadas con la realización de las respectivas tesis de maestría y doctorado, o proyectos de investigadores formados incluidos en el proyecto.

Una segunda acción que ejemplifica el trabajo colaborativo sucedió frente a la posibilidad de publicar un libro con los resultados del proyecto. Esto nos colocó ante el desafío de escribir capítulos de modo colectivo. La propuesta no consistió en realizar una compilación de trabajos individuales (que son muy válidos, pero no era nuestro objetivo en esta producción), sino en organizar, analizar y escribir, entre dos o tres integrantes del proyecto, sobre un tema que hubiese emergido como problema de conocimiento en sus respectivos campos de investigación. En algunos casos, el punto de partida fueron prácticas juveniles afines (estéticas, políticas, educativas, entre otras); en otras, la afinidad no estaba en el tipo de práctica sino en tensiones semejantes, disputas o conflictos que se articulaban sobre los mismos ejes o conceptos que podían ayudar a explicar situaciones distintas pero focalizadas en la comprensión de las intersecciones entre prácticas juveniles y espacio urbano.

Por último, una tercera acción del trabajo colaborativo, presente en algunos de los capítulos que componen este libro, fue compartir no sólo un terreno conceptual y empírico común, sino también una experiencia grupal de trabajo de campo durante la cual se articularon prácticas de investigación, extensión/voluntariado e intervención.¹

1. En el marco del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (ex NES), miembros del proyecto de investigación trabajan además en proyectos de extensión y de voluntariado universitario desde hace cuatro años, vinculando estos ámbitos de producción de conocimiento. En este momento, se encuentran vigentes tres proyectos: 1. Proyecto de Extensión Universitaria 2013, "Prácticas de lectura y escritura: escuela, organizaciones sociales y formación docente", articulado entre la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, la Facultad de Trabajo Social y la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (acreditado sin financiamiento). Se lleva a cabo un plan alternativo de trabajo aprobado por secretarías. Directora: doctora Carolina Cuesta. Codirectora: doctora Mariana Chaves. Coordinador por Trabajo Social: Agustín Cleve. 2. Voluntariado Universitario 2013-2014, "El barrio manda: jóvenes, pertenencia, participación y restitución de derechos en el B.A. (Barrio Aeropuerto)", Ministerio de Educación de la Nación-Facultad de Trabajo Social (unidad ejecutora), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y Facultad de Ciencias Naturales y Museo-Asociación Civil Obra del Padre Cajade. Directora: Mariana Chaves. 3. Voluntariado Universitario 2013-2014,

Nuestra expectativa, y nuestra apuesta, es que este trabajo colaborativo –enriquecido por el aporte que realizó José Guilherme Cantor Magnani en el epílogo– se evidencie en cada uno de los distintos capítulos que componen el libro y se potencie aun más con los diálogos que el lector pueda establecer entre ellos, sumándose a esta tarea colaborativa. Por nuestra parte, en lo que sigue de esta introducción, presentaremos de manera breve, primero, las líneas interpretativas que orientaron la investigación; luego, la estructura del libro que se desprende de la estrategia metodológica empleada, y por último, consideraciones sobre lo que entendemos el libro aporta en el conocimiento del proceso de "hacerse un lugar" en el mundo, que las distintas y desiguales experiencias juveniles despliegan en la ciudad.

Antropología, espacio urbano y juventud

La ciudad constituye una realidad espacial y relacional compleja. Los estudios urbanos han desarrollado, con algunas variaciones, la distinción entre "la ciudad" y "lo urbano" para pensar sus dimensiones espaciales y relacionales. Mientras que, con el primer término, generalmente se hace referencia a la forma, la materialidad e incluso a la legislación, el segundo refiere a las relaciones, las prácticas y los usos del espacio material. Esta distinción, sin embargo, no debería suponer escisión o autonomía de las dos dimensiones. Como tempranamente advirtió Henri Lefebvre, "la vida urbana, la sociedad urbana, en una palabra, «lo urbano» no pueden prescindir de una base práctico-sensible, de una morfología" (1969: 67). El desafío consiste en pensar sus relaciones recíprocas.

En el abordaje antropológico de prácticas juveniles en la ciudad, asumimos como propio este desafío, para pensar las relaciones entre espacio urbano y prácticas sociales. Esto se tradujo en la asunción de una doble negación que orientaría la investigación: el espacio urbano no es un mero contexto de localización de las prácticas sociales

"Sustantivos colectivos", Ministerio de Educación de la Nación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (unidad ejecutora), Facultad de Trabajo Social y Facultad de Ciencias Naturales y Museo-Colectivo Garabatos de la Aceitera en el FPDS Corriente Nacional y Asociación Civil Obra del Padre Cajade. Directora: Carolina Cuesta. Para mayor información sobre articulaciones específicas entre investigación, organismos del Estado y organizaciones sociales, véanse los capítulos 2 y 5.

y, simultáneamente, el espacio urbano no determina (o agota) las prácticas sociales. Para nosotros, se trató de poner en práctica una antropología que no sea insensible al espacio como dimensión constitutiva y condicionante de la vida social, y que, a la vez, la atención puesta a las dimensiones espaciales y relacionales de la ciudad no nos condujera a un determinismo espacial.

La perspectiva analítica de Michel de Certeau (2000) fue muy productiva para evitar ambos extremos, y nos permitió calibrar la relación entre espacio y prácticas. Su punto de partida consiste en sostener que el “hecho urbano” es históricamente anterior a “la ciudad”. Esta última remite al discurso utópico y urbanístico moderno, basado en una triple operación: la producción de un espacio propio organizado racionalmente que rechaza y regula todo aquello que pudiera contaminarlo; la instauración de un sistema sincrónico, un no-tiempo; y la creación de un sujeto universal: la ciudad misma. De esta manera, asistimos a la constitución del “dispositivo ciudad”; pero, como bien remarca provocativamente De Certeau, en la vida urbana no deja de reaparecer aquello que el proyecto urbanístico excluye.

Las prácticas sociales (procedimientos multiformes, resistentes, astutos y pertinaces) se desarrollan entonces dentro del espacio disciplinario, en sus intersticios; lo que significa que la ciudad, con sus proyectos, regulaciones, inversiones, reglamentos, legislaciones, no agota lo urbano. Si partimos de la grilla urbana como *lugar*, como una disposición sincrónica y ordenada de elementos y agentes sociales, las prácticas urbanas –con sus vectores de velocidad, dirección y tiempo– practican el lugar, producen *espacio*. Esto nos lleva a encontrarnos con la actualización y la apropiación del sistema, y la puesta en acto de distintos estilos de uso, enunciaciones peatonales, modos de hacer. En definitiva, se trata de la emergencia en el marco de una configuración ordenada, regulada y sincrónica, de las prácticas sociales, con sus cualidades de apropiación, movimiento y, por lo tanto, temporalidad y contingencia.

La validez de practicar la antropología en contextos urbanos descansa precisamente en la irreductibilidad del fenómeno urbano a sus dimensiones espaciales. Por esto, sin perder de vista las dimensiones arquitectónicas y urbanísticas, el lugar metodológico desde el cual analizamos la ciudad son las prácticas de los actores sociales que la habitan, específicamente los y las jóvenes en este proyecto culminado. La apuesta por el estudio antropológico de prácticas juveniles en ámbitos urbanos consiste en aportar, simultáneamente,

al conocimiento de dos dinámicas socioculturales entrelazadas: la vida en una forma temporal, la juventud (formando parte de un sistema de edades), y la vida en una forma espacial, urbana. En los cruces de determinadas formas del tiempo y del espacio, habitan y crecen las personas con sus sueños de encontrar un lugar.

La antropología propone un conocimiento de la vida urbana “de cerca y de adentro” (Magnani, 2002). En este sentido, además de distanciarnos de los estudios que abordan la ciudad “de lejos y de afuera”, criticamos dos abordajes cualitativos habituales de las ciencias sociales en la ciudad. Por un lado, lo que Magnani (2002) denomina *modalidad de pasaje*, estrategia muy habitual del ensayismo, que consiste en recorrer la ciudad hasta incluso perderse en ella y escribir sobre dicha experiencia. Parece bastante claro que los trabajos de Georg Simmel y de Walter Benjamin, por nombrar los más representativos y emblemáticos, se ubicarían en esta línea. Si bien es indudable que muchas veces esta estrategia genera *insights* reveladores, su problema estriba en que reproduce el caos, la volatilidad y la fugacidad que se le atribuye a la vida urbana, cuando en realidad, para los habitantes, la vida urbana tiene una lógica que la investigación antropológica debería conocer y comprender.

Por el otro, cuestionamos *la tentación a la aldea* (Gorelik, 2008) que ha sido habitual en la etnografía urbana desde la Escuela de Chicago: recortar un grupo social por criterios de coresidencia o pertenencia étnica o cultural, y estudiarlo en profundidad de manera autónoma. Se trata de una suerte de “etnologización de la vida urbana”, como lo denominó Michelle de La Pradelle, por medio de la cual se recortan, al interior del espacio urbano, universos imaginados como autónomos, donde la tarea del investigador consistiría en entender su “cultura”. Paradójicamente, lo propio de esta “ciudad de los antropólogos” sería la tendencia a que “la ciudad desaparezca” (De La Pradelle, 2007: 3).

En contraposición con ambas estrategias, Magnani propone trabajar sobre una práctica social urbana, analizando tanto las redes de relaciones sociales que dicha práctica articula como los espacios y los recorridos que modela. Se trata de indagar las trayectorias y los circuitos, identificar los puntos de encuentro, relevar las infraestructuras, las instituciones y otras mediaciones por medio de las cuales los individuos habitan, usan y significan la ciudad.

La propuesta metodológica que estructuró nuestro proyecto de investigación no se confunde con una antropología *de* la ciudad (tomar la ciudad como objeto) ni con una antropología *en* la ciudad (el

desarrollo de un estudio antropológico que sólo toma la ciudad como contexto), sino que trabaja sobre *un plano intermedio*: partiendo de una práctica cultural urbana, se busca reconstruir sus límites, sus lógicas, sus tiempos y sus espacios. Esto conlleva un presupuesto clave: si bien, cuando uno arriba a una ciudad, ésta se manifiesta fenoménicamente como una multiplicidad desordenada, fluida y caótica, en toda ciudad existen orden, regularidad y lógicas implícitas que la investigación debe conocer y reponer. Se trata del presupuesto de totalidad, pero no de una totalidad establecida a priori, sino de aquello que los actores investigados identifican como la totalidad: “su” vida, el contexto de su experiencia y el punto de vista desde el cual viven la ciudad. Así, el investigador parte de intentar conocer una práctica cultural, sus actores y sus espacios, y a medida que se acerca va conociendo los límites y las fronteras de ese mundo, sus lógicas, sus tiempos, sus espacios, sus alteridades.

Como advertía Gerard Althabe (1999), debemos reconocer que la investigación antropológica se desarrolla en un contexto que el investigador ha producido, ya que es el antropólogo quien, realizando un corte en la realidad social (con un criterio territorial, como un barrio; etario, como jóvenes; o étnico-nacional, como migrantes), produce sus interlocutores como actores de una particular configuración de la cual él se considera extraño y de la que busca formar parte para conocerla. No podemos entonces naturalizar nuestro recorte. La investigación consiste, en gran medida, en redefinirlo a partir de la relación con los actores sociales, y en comprender en qué medida y para qué actividades tal recorte es significativo para los actores involucrados en la situación definida por la investigación.

Circuitos y trayectorias juveniles en la ciudad

Los cinco capítulos que componen este libro comparten los presupuestos conceptuales y las estrategias metodológicas antes descriptas. Cada texto está construido sobre un abordaje etnográfico de diversas prácticas juveniles en la ciudad, con el propósito de reconstruir circuitos urbanos específicos y conocer las trayectorias biográficas y sociales de los y las jóvenes involucrados en ellas.

Que la mayoría de los autores de este libro focalice el estudio en las juventudes, y no en otros grupos etarios, se explica por la participación de varios integrantes en el Grupo de Estudios en

Juventudes.² Allí confluimos, hace casi diez años, investigadores de distintas disciplinas ocupados en la cuestión juvenil, y compartimos discusiones con la línea de estudios en ciudad a la que, a su vez, algunos pertenecíamos. Centrábamos nuestras discusiones en cómo se resuelve la vida social para este grado y grupo de edad; en cómo se da la participación juvenil en la cultura de todos (o en la hegemonía, subalternidad y contrahegemonía), y a su vez cómo se generan prácticas culturales específicas, juveniles (para las que también cabe el análisis de las posiciones de poder).

Todos los grupos con que hemos trabajado hasta el presente viven en ciudades. De allí que, a veces, lo urbano lo tratábamos como escenario, y otras, como constitución de la escena. Pero, para este libro, la primera opción no fue válida. Nos propusimos pensar la confluencia de lo temporal del ciclo de la vida con lo espacial y relacional de la vida urbana. Se había ido construyendo en nuestros trabajos la mirada sobre cómo el trayecto urbano deviene trayectoria de vida. O, al revés, cómo el relato biográfico se estructura, además de temporalmente, espacialmente. Esto no es un evento coyuntural. La ciudad se abre al conocimiento de las personas a medida que se crece, desigual y diversamente claro, pero mayoritariamente hay una coincidencia entre la acumulación de tiempo y la expansión por el espacio. Relación que entra en tensión con los cambios que trajeron las tecnologías al acelerar el tiempo y comprimir el espacio.

Se encontrará en estas páginas la asunción compartida de la juventud en plural, heterogénea. Como constructo social y como condición que se resuelve para su conocimiento a partir del abordaje histórico, situacional y relacional, tanto del orden de lo representacional como de las prácticas (si es que alguna vez fueron divisibles para el sujeto actuante). Esperamos haber sido coherentes y fieles a la mirada “de cerca y de dentro” para construir datos, analizarlos e interpretar vidas de jóvenes en la ciudad.

A modo de advertencia, contra la tradicional pretensión holística de la antropología urbana –cuyo riesgo consiste en tratar al recorte empírico *como si* fuera un mundo autónomo–, conviene no perder de vista que cada capítulo aborda una dimensión específica en la vida de jóvenes y que éstos participan simultáneamente de otros dominios de actividad en los cuales ocupan distintos roles (Hannerz,

2. El Grupo de Estudios en Juventudes se crea en septiembre de 2005, en el Núcleo de Estudios Socioculturales de la Facultad de Trabajo Social, UNLP.

1986). Sin pretender agotar sus aportes, a continuación reseñamos brevemente cada uno de los capítulos.

En el primero, "Aparecer, bailar y actuar en la ciudad: modos de ser punks, breakers y cirqueros", Elena Bergé, Julieta Infantino y Ana Sabrina Mora describen y analizan los circuitos urbanos resultantes de tres prácticas estético-artísticas en la ciudad: el punk, el circo y el break dance. Muestran cómo el anonimato en el espacio público, la desigualdad social y la estetización de la vida conducen a circuitos sociales y territoriales diferenciados. La ciudad aparece entonces como condición de posibilidad de estilos diversos, y a la vez como condición de constricción de tales prácticas, según sea el modo en que se resuelven las disputas por el uso, el disfrute y la presencia en el espacio urbano. Las autoras muestran que estas prácticas suponen desplazamientos cotidianos entre centro y periferia que desestabilizan las "ecologías urbanas"³ dominantes en la ciudad y crean circuitos diferenciados, con puntos de visibilidad y de encuentro entre los practicantes (ciertas plazas, algunos locales).

En el segundo capítulo, "Trayectos y trayectorias urbanas de jóvenes en Buenos Aires: territorios y moralidades en juego", Tomás Bover y Sebastián Fuentes analizan circuitos urbanos resultantes de las prácticas educativas de dos grupos de jóvenes en la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA): estudiantes universitarios de elite que residen en el noroeste de la RMBA, e ingresantes a la Policía Federal que proceden del sur y el oeste del conurbano bonaerense. Ambos circuitos involucran desplazamientos por la metrópoli, y en su tránsito se despliegan valoraciones morales sobre los lugares de residencia, las instituciones y la ciudad, que fueron construidas tanto en las trayectorias biográficas como en los mismos itinerarios cotidianos. Mientras las jóvenes de elite construyen su sentido de pertenencia a la "zona norte", definida no sólo en términos geográficos sino fundamentalmente en clave de relaciones sociales, la institución policial instrumenta dispositivos diversos para instaurar una discontinuidad y separación entre los barrios de los cuales proceden los ingresantes y la vida institucional en la que se insertan (tanto separando del origen para llegar a "otro lugar" a través de su trayectoria de formación, como en relación con los lugares donde irán a trabajar).

3. En el sentido generalizado a partir de las producciones de la Escuela de Chicago.

En el tercer capítulo, "¿Fuera de lugar? (In)visibilidades, conflictos y usos del espacio público", Carlos Galimberti y Ramiro Segura toman como punto de partida el estudio de un acontecimiento: la agresión que jóvenes de barrios de la periferia de la ciudad de La Plata sufrieron en una plaza céntrica. El desplazamiento entre "el barrio" y "el centro" armaba un circuito de recorrido cotidiano para estos chicos. Los autores construyen este acontecimiento a partir del cruce entre cuatro puntos de vista: la cobertura mediática de la presencia de los jóvenes en la plaza, la experiencia urbana de los jóvenes de la periferia pobre, las reacciones que la agresión desató en sus barrios, y la conformación de una organización política en defensa de los chicos de la calle (que antecedió a la agresión y fue clave en la posterior articulación de una demanda al poder público). La expulsión de los jóvenes pobres de la plaza y, por ende, la inviabilidad de un circuito que tenía en ese espacio público uno de sus nodos, son una evidencia de la existencia de cierto orden urbano implícito que regula los desplazamientos y las visibilidades en la ciudad. En este sentido, la agresión sintetiza la sanción negativa, por parte del poder político, la policía, los medios, y una parte importante de "los vecinos", a la presencia "fuera de lugar" de los jóvenes de la periferia pobre en el centro de la ciudad.

En el cuarto capítulo, "Barrio, territorio y movimientos sociales: la construcción juvenil en el Frente Popular Darío Santillán", Florencia Fajardo y Daniel Giorgetti analizan las prácticas políticas de jóvenes de dos barrios populares de Berisso y Lanús que participan en el Frente Popular Darío Santillán (FPDS). Su aporte consiste en analizar las formas en que el FPDS piensa e interviene en la producción de un territorio y un actor político. No se trata de volver sobre la cuestión de la territorialización de los sectores populares, largamente tematizada en las ciencias sociales argentinas durante las últimas décadas, sino de interpretar específicamente las políticas territoriales del FPDS dirigidas a la "juventud" de barrios populares. Al hacerlo, no sólo se muestran trayectorias diversas de las y los jóvenes en relación con el Frente, sino que también emerge la idea de "juventud" que la propia organización moviliza: cuando las personas que participan en las diversas actividades destinadas a la "juventud" asumen nuevos roles, y establecen un fuerte sentido de pertenencia con la organización, pasan de ser "jóvenes" a ser "militantes".

Por último, en el quinto capítulo, "Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes", María Celeste Hernández,

Josefina Cingolani y Mariana Chaves analizan las relaciones entre espacio y edades en el proceso de socialización de niños y jóvenes en situación de pobreza en un barrio de la periferia de la ciudad de La Plata. Por medio de la descripción etnográfica de las prácticas cotidianas vinculadas con el habitar de niños y jóvenes, como ir a la escuela, jugar y pasear, exponen la relación inextricable entre acceso al espacio y la construcción social de las edades. Por medio de este ejercicio, las autoras muestran que lo que se entiende por “barrio” y el espacio que éste incluye, las significaciones de los límites entre la “casa” y la “calle”, y las dimensiones espaciales y temporales involucradas en el “salir”, entre otras cuestiones, varían debido a las complejas intersecciones entre clase social, edad y género.

En síntesis, cada capítulo parte de una práctica social específica, busca describir el circuito urbano en que dicha práctica se sustenta y produce, e intenta comprender e interpretar la significación de esas prácticas y circuitos, tanto para la vida urbana como para la trayectoria social de las y los jóvenes involucrados.

Hacerse un lugar: juventud-ciudad-sociedad

Las situaciones específicas de interacción social urbana que buscamos tornar inteligibles (Agier, 2011), cada uno de los fragmentos de vidas de jóvenes en la ciudad a las que accedimos, registramos e interpretamos en la investigación, tienen para los jóvenes un horizonte común: *hacerse un lugar*.

Lo que observamos son personas buscando construir un lugar, “su lugar”. Se trata de un lugar doble: en la ciudad y en la sociedad. O, si se quiere, para estos jóvenes, el modo de construir su lugar social, presente y futuro, se negocia y se disputa en los múltiples encuentros concretos que desarrollan en el cotidiano de la vida urbana. Este presente-futuro tiene su anclaje en el pasado; tanto de la historia del lugar en el que habitan y los circuitos que recorren, como de la trayectoria histórica de su sector de clase y grupos de pertenencia.

Contra la habitual tendencia a la naturalización del habitar (Descola, 2012), conviene tener presente que las relaciones entre espacio y sociedad son complejas. A inicios del siglo xx, Durkheim y Mauss (1996) propusieron la hipótesis de que las categorías espaciales, lejos de ser un a priori kantiano, o una cualidad innata anclada en la biología humana (interpretaciones dominantes a fines del siglo

xix), se encontraban estrechamente conectadas con la organización social, y abrieron con ello una fructífera línea de reflexión para la antropología.⁴

Hoy sabemos que, si bien inextricablemente vinculados, el espacio físico y el espacio social no se corresponden mecánicamente; entre ambos mantienen una “relación turbia” (Bourdieu, 2002). De esta manera, el espacio físico de las ciudades (espacio –no está de más reiterarlo– socialmente producido: espacio social objetivado) sólo parcialmente refleja al espacio social; entre otras razones, porque en el espacio físico de la ciudad entran en tensión temporalidades diversas y prácticas sociales en pugna. Si analíticamente imaginamos la sociedad como un espacio pluridimensional, en el cual la posición de cada agente depende de la intersección de tales dimensiones, debemos tener presente que es precisamente en las prácticas cotidianas involucradas en el habitar donde los agentes construyen, reproducen, cuestionan o transforman los lugares sociales que ocupan.

Para las prácticas juveniles urbanas analizadas en este libro, la ciudad es una dimensión constitutiva, y a la vez es el ámbito que media –y conecta– entre el espacio físico y el espacio social. El uso del espacio urbano, la circulación a través de éste, la posibilidad de apropiación de sus espacios públicos, los modos de aparecer y tornarse visible, la (im)posibilidad de ocupar ciertos lugares y realizar ciertos trayectos –todo, resultado de la negociación con otros actores e instituciones– constituyen las instancias cotidianas en que los jóvenes buscan conquistar un lugar y un tiempo en el espacio social.

4. Esta tradición incluye, entre otros nombres célebres, la etnografía de Evans-Pritchard (1977) sobre los nuers, en la cual distingue las distancias físicas, ecológicas y estructurales, y alerta contra la ilusión de una relación mecánica y refleja entre espacio y sociedad; la interpretación de la planta de la aldea bororó de Lévi-Strauss (1992), donde cuestiona la correlación mecánica entre “configuración espacial” (la cual permite acceder al punto de vista nativo sobre la estructura social) y “estructura social” (resultado de la abstracción producida por el analista); y el análisis de la casa cabila realizado por Bourdieu (2007), presentada como el universo invertido del orden social, donde no sólo se estructura la representación del mundo que tiene el grupo, sino que también el grupo se ordena a sí mismo a través de esta representación.

Bibliografía

- AGIER, M. (2011), *Antropología da cidade*, San Pablo, Terceiro Nome.
- ALTHABE, G. (1999), "Lo microsocioal y la investigación antropológica de campo", en G. Althabe y F. Schuster (comps.), *Antropología del presente*, Buenos Aires, Edicial.
- BOURDIEU, P. (2002), "Efecto de lugar", en *La miseria del mundo*, México, FCE.
- (2007), "La casa o el mundo dado vuelta", en *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- DE CERTAU, M. (2000), *La invención de lo cotidiano I*, México, ITESO.
- DE LA PRADELLE, M. (2007), "La ciudad de los antropólogos", *Cultura Urbana*, N° 4, Chile.
- DESCOLA, P. (2012), *Más allá de naturaleza y cultura*, Buenos Aires, Amorrortu.
- DURKHEIM, É. y MAUSS, M. (1996), "Sobre algunas formas primitivas de la clasificación", en *Clasificaciones primitivas (y otros ensayos de antropología positiva)*, Barcelona, Ariel.
- EVANS-PRITCHARD, E. (1977), *Los nuer*, Barcelona, Anagrama.
- GORELIK, A. (2008), "La aldea en la ciudad", *Revista del Museo de Antropología*, N° 1, pp. 73-96.
- HANNERZ, U. (1986), *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, México, FCE.
- LEFEBVRE, H. (1969), *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Península.
- LEVI-STRAUSS, C. (1992), "Las estructuras sociales en el Brasil central y oriental", en *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós.
- MAGNANI, J. (2002), "De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 17, N° 49, pp. 11-29.

Aparecer, bailar y actuar en la ciudad: modos de ser punks, breakers y cirqueros

Elena Bergé, Julieta Infantino y Ana Sabrina Mora

Introducción

El punk, la danza break y el circo parecen no tener mucho en común. Poseen distintos orígenes y tradiciones fundacionales. Relatan sus historias enfrentándose a contextos diferentes y han aparecido en Argentina anclando en sectores dispares. Se configuran desde elecciones artísticas y estéticas particulares, y se relacionan con sentidos y potencialidades políticas diversas. Pero tienen algo en común: las tres prácticas son imposibles de pensar sin asociarlas con el espacio urbano, y además articulan las dimensiones artística, estética y política.¹

El punk nace hacia mediados de los 70, de manera casi simultánea en ambos márgenes del Atlántico (Estados Unidos y Gran Bretaña), como una producción cultural juvenil que condensaba ciertas búsquedas en la producción de sonidos, maneras de mostrarse y disputar el orden social (Bennett, 2001; Kreimer, 2006; Strongman, 2008). Se gesta una forma musical contestataria, a la par que un modo de vida antiautoritario y un sistema socioestético (ropa

1. Las autoras hemos hecho etnografías cada una con uno de los grupos; en este capítulo, ponemos en diálogo esos registros sobre punks, breakers y cirqueros. En el caso de Elena Bergé, su trabajo doctoral en elaboración aborda las maneras de construirse como punk en la ciudad de La Plata, en relación con prácticas, circuitos y estilos. La doctora Sabrina Mora ha trabajado en su investigación sobre los procesos de formación y la corporalidad en las danzas escénicas (clásica, contemporánea y expresión corporal) en la misma ciudad, y actualmente estudia la danza break. La doctora Julieta Infantino ha trabajado con artistas circenses contemporáneos, analizando "usos diferenciales del recurso de la cultura" en las estrategias de los jóvenes artistas y en las políticas de Estado dirigidas a la promoción de estas artes en el contexto de la ciudad de Buenos Aires.

rota, crestas,² marcas corporales), retórico y de producción cultural (fanzines,³ grabaciones caseras, recitales, gigs),⁴ originales y de ruptura con la normatividad imperante. Hacia fines de esa década, el punk llega a la Argentina de la mano de algunos jóvenes que viajan a Europa y comienzan a traer ideas y propuestas (Cavanna, 2001; Duarte, 2006; Flores, 2011). Durante la década siguiente, se consolida un punk local con sus propios recorridos, producciones y disputas, centradas principalmente en la crítica a las acciones del último gobierno de facto y sus continuidades posteriores en clave de neoliberalismo. Esta tendencia se acentúa hacia los 90, cuando se conforma un circuito que contempla dos variables: por un lado, una más mercantilizada (bandas, merchandising, etc.), y, por otro, una más politizada, de la mano de la okupación⁵ de casas, la militancia anarquista y de igualdad de género. La visibilidad del punk en la Argentina se dio inicialmente por la aparición de la producción estilizada de los jóvenes en el espacio público –y su “demonización” en los medios de comunicación de masas–, la realización de recitales (festipunks) y la elaboración de productos culturales (fanzines, parches, etcétera).

La danza break o *break dance* es un estilo de baile de calle urbano que forma parte del movimiento de la cultura hip-hop.⁶ El

2. Hace referencia a un tipo de corte de cabello, también denominado “mohawk” o “mohicano”, que consiste en afeitar completamente ambos lados de la cabeza, dejando una franja de cabello notablemente más largo o cresta.

3. Se trata de “publicaciones no comerciales, no profesionales, de baja circulación, cuyos creadores producen, publican y distribuyen ellos mismos” (Duncombe 1997, 10-11; traducción nuestra) que realizan y producen los jóvenes punks, desde una compleja y única propuesta estético-comunicacional.

4. *Gigs* es una palabra inglesa del argot que hace referencia a dar un concierto en el cual los músicos son contratados para tal fin. Originalmente, fue acuñada en los 20, por los músicos de jazz. El término *gig* es una abreviatura de la palabra “compromiso” (*engagement*, en inglés), y hace referencia al involucramiento con el acto de desarrollar la performance musical.

5. “Okupar” hace referencia a la práctica de dar uso a terrenos desocupados y viviendas vacías, edificios abandonados temporal o permanentemente, con el fin de utilizarlos como viviendas, lugares de reunión o espacios con fines sociales y culturales. Con ello se busca denunciar la especulación inmobiliaria y defender el derecho a la vivienda, a la par de darle un uso social no mercantilista a la propiedad.

6. Los otros tres elementos que componen el movimiento hip-hop son el MCing o rapping, el DJing o scratching y el graffiti. El MCing o rapping, realizado por los MCs (maestros de ceremonias) o raperos, se vincula con la poesía y el canto; incluye también el beat box, en el que los raperos generan ritmos percusivos y otros sonidos con sus gargantas. El DJing, scratching o turntablism es realizado por los DJs o scratchers, que son pasadores de

hip-hop es considerado, por quienes se identifican con él, como un “movimiento”, que tiene alcance global, o como una “cultura”, dando a entender que no se trata solamente de un estilo musical o artístico, sino también de un modo de pensar y de vivir. Surgió a fines de los 60 y comienzos de los 70 entre los jóvenes de las comunidades latinas y afroamericanas del sur del Bronx (Nueva York, Estados Unidos). Se cree que, en sus orígenes, esta danza fue un método usado por bandas rivales para resolver disputas por los territorios.⁷ En estos “duelos”, o jams, los bailarines formaban un círculo y, por turnos, solos o en parejas, mostraban los movimientos más complicados y elaborados que pudieran hacer para que los espectadores decidieran quién era el ganador. Luego, surgieron grupos de baile que realizaban exhibiciones por fuera de las competencias entre bandas, al mismo tiempo que la práctica comenzaba a tener una creciente presencia en la industria discográfica, cinematográfica y en la televisión. Durante los 80, los distintos elementos del hip-hop logran alcance global y son relocalizados, reconstruidos y resignificados en nuevos contextos, incluyendo Latinoamérica. En Argentina, luego de un primer momento de “llegada” del género (los 80), a partir de los 90 el movimiento se encuentra en crecimiento constante, con numerosas bandas, bailarines, medios digitales de difusión, campeonatos y exhibiciones en diversas localidades.

El circo es un arte con una larga historia en Argentina. Tuvo sus “épocas de gloria” a fines del siglo XIX,⁸ aunque luego esta “legitimidad” fue desestimada, e históricamente ocupó espacios

discos y creadores de canciones o combinaciones de sonidos, a partir de pistas musicales, originalmente con discos de vinilo. El graffiti consiste en la escritura en paredes u otros soportes dentro de las ciudades (transportes públicos, monumentos, etc.), con diferentes técnicas plásticas, usando predominantemente aerosoles.

7. El Dj y grafitero Afrika Bambaata y la constitución de la Zulu Nation fueron muy importantes en el impulso de una estrategia que buscaba construir una forma no violenta de relacionarse entre los jóvenes del Bronx, y que proponía formas creativas y no violentas de resolver las disputas entre bandas rivales (Goffman, 2005).

8. El circo llegó a Argentina a través de inmigrantes europeos y se fue instalando paulatinamente. En la década de 1880, este género artístico popular fue reconocido como “cuna del teatro nacional”, encarnado en el Gran Circo Criollo de los hermanos Podestá (circo de primera parte de destrezas y segunda de arte teatral). Ver Seibel (1993) e Infantino (2012).

desvalorizados de arte en el país.⁹ En los 80 posdictatoriales, jóvenes artistas, en su mayoría provenientes del teatro, comenzaron a recuperar los lenguajes del circo para llevarlos a plazas y parques en el espacio urbano. En este contexto, aparecen algunos ámbitos de enseñanza en manos de artistas de tradición familiar circense, situación que amplió los canales de reproducción posibles de estas artes, que históricamente se transmitían de generación en generación al interior de “la gente de circo”. Este resurgimiento de las artes circenses se afianza en los 90, cuando se define un estilo de circo callejero¹⁰ protagonizado por jóvenes que se presentan como trabajadores culturales y que asientan su identificación en la posibilidad de democratización del acceso al arte en espacios públicos urbanos. Hoy, en la Argentina hay un gran crecimiento de la actividad, infinidad de grupos y colectivos de artistas, una gran diversidad de espacios de actuación,¹¹ ámbitos de enseñanza formal e informal, lugares de encuentro, convenciones, congresos y festivales.

9. Las valoraciones jerárquicas del arte en la Argentina respondieron históricamente a la preponderancia de un canon estético clásico. Y el circo, desde sus orígenes como género artístico, se colocó en las antípodas de ese ideal clasicista: apelando a una estética grotesca con cuerpos de dimensiones inhumanas sobre zancos, enanos, freaks, mujeres barbudas, narices prominentes, sonrisas exageradas. Un arte cuyo propósito central fue históricamente apuntar al asombro a través del riesgo corporal, la sorpresa, la risa, el misterio, lo irracional y la siempre presente crítica social a la visión oficial del mundo. El circo, entonces, se asentó destacando aquello que el hombre moderno debía controlar: las pasiones, el goce, la risa, la imaginación. Todos elementos desjerarquizados por las culturas oficiales. Desde las valoraciones hegemónicas de un arte decente, intelectualizado y “bello”, el circo fue ubicado históricamente en una escala valorativa de inferioridad, arte menor o mera curiosidad.

10. Los espectáculos callejeros circenses, aunque cada uno es único y está relacionado con la creatividad de cada artista o colectivo, en su mayoría mantienen una estructura similar, dividida en los siguientes momentos: la preconvocatoria, la convocatoria, el desarrollo del espectáculo, la pasada de gorra y el cierre. Asimismo, el estilo callejero suele involucrar el uso de la comicidad, la crítica social, el humor ácido y la comunicación con el público de manera constante: “Si a la gente no la haces participar del espectáculo, se va”, suelen comentar los artistas. Para un desarrollo de la temática, ver Infantino (2005, 2012).

11. En los últimos años, asistimos a un proceso de visibilización y cierta legitimación de estas artes, que conlleva una ampliación y una diversificación de espacios donde los jóvenes artistas pueden realizar su práctica artística y laboral. En espacios públicos como plazas o semáforos, eventos y promociones, circos, teatros o compañías autogestivas, en ámbitos públicos o privados de enseñanza y en muestras, festivales y encuentros de artes circenses. La valoración de cada uno de estos ámbitos de inserción

Las tres prácticas que estamos considerando se valoran a sí mismas como producciones artísticas.¹² Punks, breakers y cirqueros se construyen como artistas y como espectadores específicos. Manejan concepciones particulares sobre la producción artística: creencias acerca del valor y el rol del arte, visiones de cómo y con quiénes enseñarla y aprenderla, hacerla y mostrarla, y motivaciones acerca de dónde practicarla y para qué. Producen música, danza, acrobacia, plástica y literatura, y toman, recontextualizan y resignifican producciones provenientes de otras artes o de otros estilos. Conciben las maneras de expresarse construyendo estéticas personales, colocan deseos y proyectos en lo artístico como modo de vida, como trabajo y como entretenimiento. Son acciones que se muestran en espacios públicos de la ciudad, definen circuitos, delimitan horarios y establecen cruces con determinados sujetos y no con otros. En suma, estas prácticas generan modos particulares de vivir cotidianamente en la ciudad, una ciudad que emerge como una trama relacional heterogénea donde se elige no ser anónimo estilizando la vida en el transitar y circular por ella.

En este capítulo, se presenta además una segunda sección que incluye dos historias de vida de cada una de las prácticas, para ubicar al lector con algunos detalles sobre las trayectorias y el sentido que estas acciones tienen para los sujetos en términos identitarios. Bajo el tercer subtítulo, se analizan las prácticas y las estéticas en su relación con la producción de espacios, circuitos y grupos. Finalmente, en los párrafos de cierre, se ofrecen herramientas para comprender la articulación entre las dimensiones artísticas, estéticas y políticas.

Vidas en el punk, el break y el circo

Aye tiene 27 años y hace diez que sale con Fer, cantante de una banda punk. Es empleada en la obra social de un gremio y antes fue

artístico-laboral es diferencial y conlleva distintos posicionamientos ideológicos y concepciones diferenciales del rol del arte. Ver Infantino (2011a, 2011b).

12. Estas prácticas pueden pensarse como una forma de arte en tanto estamos en un momento en que muchas producciones artísticas comparten la insistencia en establecer nuevos planteos respecto de lo que el arte es, o podría ser, y en un escenario caracterizado por la mixtura y la hibridación de lenguajes artísticos y estéticos, y por la ampliación de los contextos en los cuales desarrollarse (Danto, 1999).

manicura. Hoy está ahorrando para irse a Nueva York a conocer el mítico lugar donde nació Ramones,¹³ y visitar a una amiga que se fue hace unos cuantos años a probar suerte allí. Mientras, divide sus días entre las horas que pasa en su trabajo de oficina, el viaje en colectivo desde la periferia semirrural de La Plata, donde vive, hasta el centro de la ciudad, donde trabaja, y la banda de la que es plomo, manager y prensa los fines de semana. Cuando tiene que hablar de su vinculación con el punk, no puede dejar de referir al barrio y a su gente, ya que la primera vez que escuchó a los Ramones –esa vez que “fue amor a primera vista”, señala– fue en la casa de Soledad, su vecina, compañera de escuela y amiga. Había varias bandas juveniles de música en la zona donde aún vive. A veces, hacían “movidas” todos juntos, en el club del barrio, en algún cumpleaños de 15 o fiesta escolar, pero la mejor salida era ir a lugares del centro de la ciudad de La Plata, para ver otras bandas punks.

Hoy no se imagina una vida sin el punk, sin los recitales, sin la música. El trabajo en la obra social del sindicato no le gusta, pero le permite subsistir. Se ve a sí misma como “una laburante”. Con Fer se construyeron una casa sencilla, con amplios espacios, pocos lujos y muchos colchones “para que se quede el que quiera a dormir”. Allí funciona la sala de ensayo, y es el punto de encuentro de la banda y los conocidos, los amigos y los allegados. Casi no hay vecinos cerca, en la zona los lotes son grandes, y el punk suena muy fuerte por las noches en la casa.

Ana vive hace seis años en el centro de la ciudad de la Plata y conoce de memoria las cuadras de los bares donde se toca punk en esa zona. Son los mismos en los que antes funcionaban otros espacios, y las calles donde era posible “enterarse” de las fechas por los carteles que pegaban las propias bandas en las paredes de los locales (“esto antes de que existiera el Facebook”, señala Ana). Vino a La Plata desde Neuquén para estudiar Comunicación Social. Vivió en una pensión, compartió departamento con amigas y ahora vive sola. Los padres le pasan plata “para que termine la carrera”, mientras colabora con trabajitos temporarios para “darse los gustos”. Hace poco, retomó las clases de guitarra y está incursionando con el bajo. Compone canciones que recién se está animando a mostrar a los

chicos de la banda punk con la que está ensayando, que son a su vez compañeros de la facultad.

Cuando vivía en Neuquén, la hermana de una de sus mejores amigas les hizo escuchar Fun People y las llevó a recitales de bandas de allá. La propia Ana reconoce que su primer novio fue “un chico todo tatuado, lleno de piercings, muy punky”, que tocaba en una banda de la ciudad, y que ella no sabía si se enamoró más de la movida punk que del propio muchacho. Reconoce que el punk fue un antes y un después en su vida. Le transformó la cabeza y el cuerpo, nos cuenta. Cuando se vino a La Plata, lo que más la asombró fue la naturalidad y la espontaneidad con la que era posible expresarse y ser diferente en las aulas y en la ciudad. Podía ir vestida como quería a cursar, con los pelos teñidos y los parches cosidos a la mochila. Rápidamente identificó los bares y los espacios donde tocaban bandas, y comenzó a frecuentar a los recitales punks de la ciudad, junto con los amigos que hizo en la facultad. Dice que la universidad le “abrió la cabeza” y la acercó a algunos textos del anarquismo, algo que desconocía y que reconoce tiene mucho que ver con el punk en los orígenes. Hoy, además, participa de un colectivo activista que milita contra la lesbofobia, la transfobia y la cultura hétero-patriarcal. Es que, según ella, el punk –y su eterna disputa con lo establecido– también le permitió darse la oportunidad de cuestionar su heterosexualidad pasivamente asumida y de no encasillarse. Ana quiere recibirse y trabajar de periodista. Aún no sabe bien en qué específicamente, pero le gustaría que fuera algo entre la música y la cuestión de género, dos aspectos que hoy ocupan sus días. Dice que todavía tiene algún tiempito para ir pensando, porque por suerte los padres todavía le dan una mano con el alquiler y los gastos.

Cuando estaba en la escuela secundaria, Viqui firmaba todo lo que podía ser firmado, desde las cartas que se escribía con sus amigas hasta las tapas de sus carpetas del colegio, con su nombre y junto a él: “hip-hop”. Eran mediados de los 90 y ella, Delvis y Michael se juntaban algunas tardes en una galería comercial del centro de La Plata con un reproductor de CD portátil, a “probar pasos” y bailar break dance. Viqui y Delvis se conocían desde chicos, porque las familias de ambos tenían casas de fin de semana cerca del río, a 20 kilómetros de La Plata. Se habían hecho amigos y luego novios, y ahora compartían con Michael (que antes de conocerlos bailaba solo) la tarea de ser B-boys y B-girl. Para Viqui, lo que los unía eran las mismas ganas, el disfrutar haciendo algo que les gustaba, y que,

13. Ramones fue una banda de punk rock formada en Forest Hills (Queens, Nueva York), en 1974. Se los considera pioneros y líderes del punk rock, y desarrollaron un estilo dentro del punk que se basa en composiciones simples, minimalistas, repetitivas y de letras también muy simples.

en ese momento, parecía ser sólo cosa de ellos. Era su “forma de expresarse”.

Entonces, Viqui le prestaba mucha atención a su ropa y su peinado. Tenía el pelo largo con rulos que se ataba en la parte más alta de la cabeza, y nunca salía a la calle sin tener puesta alguna prenda que ella hoy define como “rara” (por el ancho, por los colores, por las telas, por las combinaciones). Comenzó cosiéndose su propia ropa, esa ropa “rara” que no conseguía en los negocios, y hoy trabaja como diseñadora de indumentaria, luego de estudiar la carrera en la universidad.

Desde sus inicios entre las comunidades afronorteamericanas y afrolatinas del Bronx, el break dance fue una danza callejera en la que se establecía una competencia técnica entre dos o más bailarines. Todavía hoy los hip-hoperos (entre ellos, los bailarines de break dance) se organizan en encuentros y campeonatos en los que comparten lo que hacen y miden sus habilidades. El trío de breakers platense bailaba solo, pero Michael solía tomar el tren a Constitución¹⁴ para bajarse en algunas estaciones y ponerse a bailar: ahí “ya andaba siempre con gorra, se le había hecho una pelada por hacer las vueltas con la cabeza en el cemento”. Viqui cuenta que, unos años después, se lo encontró y “tenía más grande la pelada”.

Aprendían a bailar copiando videos en VHS que llegaban desde otros lugares (especialmente de Nueva York, punto de origen que reconocían). Estos videos mostraban gente bailando danza break, y ellos aprendían copiando e improvisando a partir de eso. Hoy se ven grupos que bailan break dance en distintas plazas del centro y de la periferia de La Plata. La práctica se ha extendido tanto que los interesados en el hip-hop no dependen de grabaciones para aprender los pasos, porque pueden aprender copiando en vivo lo que hacen otros. Además, en la Web se difunden videos que enseñan a bailar y existen numerosas páginas sobre hip-hop.

Desde chico, a Hernán le empezaron a gustar las melodías, la jerga y la vestimenta del hip-hop mexicano o chicano. Hace unos años terminó el secundario, y ahora trabaja haciendo el reparto de una fábrica de envases plásticos. Vive en un barrio de la periferia de la ciudad de la Plata, con su mamá y su hermano menor, y siempre que

puede, al salir del trabajo, se junta con otros B-boys en una plaza del centro de la ciudad. Allí se encuentra con otros compañeros que viven en distintos barrios, de zonas céntricas o de zonas periféricas, que llegan a bailar después de salir de la escuela o el trabajo. En general, sin música, o con la música de sonidos que ellos mismos hacen con sus voces, muestran, miran, copian, enseñan y aprenden los movimientos. Prueban y prueban, intentan cientos de veces hasta que un determinado movimiento sale y, una vez que sale, lo incorporan a su baile enlazándolo con otros pasos.

Cuando comenzó a juntarse a bailar break dance, Hernán quería trabajar en “algo relacionado con el arte” y viajar por todo el país. Como para muchos de sus amigos, para Hernán el hip-hop es una forma de vida, un modo de ser y de vivir, una actitud ante las cosas. En la época en que tenía este sueño todavía presente, escribió en un autorretrato que le pidieron en una clase de Lengua y Literatura del secundario: “Me encanta la música y el baile, sobre todo el hip-hop. [...] Para mí el hip-hop es mi cultura, el rap es mi música, el grafiti es mi arte, mi forma de expresarme”. Aunque muchas horas del día lo dedique a otras actividades, el momento de bailar es el que lo define, el que lo hace ser quién es. Hernán dice que, por ahora, con esto le alcanza. Pero cuenta que otros grupos de B-boys también buscan trabajar de eso y se promocionan para que los contraten para fiestas, bares o discotecas.

Víctor es un payaso callejero. Era uno de los tantos jóvenes que, viviendo en un barrio del conurbano bonaerense, se enfrentaba a difíciles condiciones laborales en los 90. Siempre había hecho trabajos que no le gustaban: desde peón de albañil o chatarrero a trabajar en un taller mecánico o en una fábrica de perfumes. Un día, de manera casual, conoció a un mago que vendía globos en la calle, y éste le enseñó algunos chistes y técnicas para hacer figuras con ellos. A partir de ahí, Víctor descubrió nuevas posibilidades de trabajo hasta ese momento impensadas. “Yo no llegué [a ser payaso] a través de la vocación, si bien no niego que la tenía. Yo llegué [...] a través de una búsqueda de mejora personal y de mejora en mis condiciones de trabajo”. Si bien las características del trabajo artístico callejero –inestabilidad, incertidumbre, marginalidad en cuanto a derechos laborales, entre otras– suelen ser consideradas de forma negativa, en la historia de Víctor se presentan minimizadas frente al goce que dicho trabajo podía brindar: “Nunca me había imaginado trabajando de algo que me gustara, y menos de artista”.

14. Plaza Constitución (llamada generalmente sólo “Constitución”) es una de las estaciones terminales del ex Ferrocarril Roca, que conecta la ciudad de La Plata con la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).

La gratificación de este tipo de trabajo, evaluada comparativamente con lo que Víctor vivía en su rutinario trabajo de fábrica del momento, es lo que se presenta en su relato como eje fundamental para decidir, un tiempo después, dedicarse completamente a la actividad artística como una alternativa de vida. Eso implicaba perfeccionarse, aprender distintas técnicas; en suma, profesionalizarse. Históricamente, las artes circenses se habían transmitido de generación en generación dentro de la tradición familiar; pero, a partir de mediados de los 80, surgen espacios informales de enseñanza, o simplemente jóvenes dispuestos a traspasar lo que iban aprendiendo a otros. Víctor se acuerda de una época en la que aprendían mirándose unos a otros o, como comentaba, a través de “un video VHS que tenía unos payasos y acróbatas, grabado de la TV por cable a mediados de los 90”. La gente hacía copias caseras y circulaba esa información. Era una época en la que había mucha cuota de descubrimiento y experimentación, y en la que había que inventar el modo de aprendizaje porque había muy poca información. Con el tiempo, esto fue cambiando. Los artistas empezaron a organizarse, los espacios de aprendizaje y de encuentro crecieron, y Víctor nunca paró de formarse. Participó en escuelas, en talleres, se juntó con otros jóvenes con búsquedas similares, formó un colectivo artístico con el que llegaron a comprar una carpa de circo con la que hacían espectáculos “a la gorra, porque queríamos que nos vieran todos, el que tiene y el que no tiene”. Hoy es un reconocido artista, tanto a nivel nacional como internacional, y un gran maestro. Su payaso nunca perdió ese ingrediente callejero que conjuga el humor con la crítica social en el espacio público.

Carola es trapecionista. Se acercó a las artes circenses casi como un juego de esquina. Se juntaba con “los pibes del barrio” a hacer malabares a fines de los 90, cuando el circo empezaba a visibilizarse con más fuerza como oferta cultural en la ciudad de Buenos Aires. Ella dice que descubrió que había otras cosas, además de los malabares, cuando fue a un encuentro que congrega a más de mil jóvenes cirqueros anualmente en Buenos Aires.¹⁵ Después de eso, se acercó a un espacio de enseñanza “y no se fue más”. Ahí empezó en serio con

el circo. Sus comienzos con las técnicas aéreas (tela, trapecio, aro) fueron duros: “Me costaba un montón, un montón [...] a la tela ni me podía subir porque no me daba la fuerza. Cero estímulos de chica... Mi mamá no me mandó ni a ~~danza~~ ni a gimnasia”.

Su familia no entendía sus elecciones, y menos el tiempo y el esfuerzo físico que invertía en el aprendizaje de circo. Al principio, la cuestionaban porque “no entienden de arte, no hay nadie que se dedique a ninguna rama del arte en mi familia”. Y Carola había elegido una práctica poco institucionalizada; no era “ni danza clásica, ni nada muy conocido. Me pasaba todo el día en la escuela, volvía a mi casa con quemaduras del entrenamiento y no entendían por qué ni para qué lo hacía”. Tiene hermanos, tíos y primos universitarios; su mamá es maestra, y su papá, militar. Pero la apreciación de sus padres sobre la elección artística comenzó a cambiar cuando el arte circense se empezó a convertir en su trabajo. Esto se produjo en el contexto de mediados de los 2000, cuando el circo se instala definitivamente como oferta cultural, ocupando espacios más legitimados en la CABA, lo que diversificó las posibilidades de actuación y de trabajo. El cuerpo ahora entrenado de Carola ya podía dedicarse profesionalmente a la práctica artística.

Actualmente, Carola trabaja dando clases de tela en la escuela de circo donde inició su formación. En algunas temporadas de verano, sale de gira a la costa con otros artistas, haciendo espectáculos callejeros; estuvo trabajando unos meses de verano en Europa, junto a un novio cirquero, y hasta trabajó en un circo de familia durante una temporada de vacaciones de invierno. En otros momentos, Carola trabajó los fines de semana, haciendo espectáculos callejeros a la gorra en las plazas de CABA, e incluso haciendo shows en eventos privados. Sus días se dividen entre las horas de entrenamiento y las horas en que da clases. Vive en un espacio poco convencional: una antigua fábrica que fue subdividida y vendida como amplios lofts,¹⁶ ubicados en zona sur de la CABA. Allí viven también otros cirqueros que aprovecharon el bajo precio y la amplitud de los ambientes para “comprar una vivienda con la guita de una temporada”. El espacio de residencia de Carola se transforma en un ámbito de socialización y entrenamiento

15. La Convención Argentina de Circo, Payasos y Espectáculos Callejeros es un encuentro que involucra un campamento de 4 a 6 días de duración, al cual asisten, actualmente, más de mil artistas circenses de diversas partes del país y del mundo. Es presentada por sus organizadores, artistas que, como Víctor, empezaron con el circo hace más de dos décadas, como “reuniones

anuales creadas por artistas y para artistas del humor y el circo” (Infantino, 2005).

16. Un loft es un gran espacio con pocas divisiones, grandes ventanas y muy luminoso, mayormente de estética industrial.

continuo. Los fines de semana suele ir a ver espectáculos de circo a otros lugares donde se practican y exhiben estas artes: “Uno siempre está yendo a ver a sus amigos, que hay una muestra acá, otra allá, siempre somos los mismos”.

Modos de ser, mostrar(se) y agruparse en las ciudades

Ser punk, breaker o cirquero resulta, para los propios sujetos, una forma de vida, un modo de ser en este mundo. El relato de los momentos iniciáticos de exploraciones y descubrimientos de estas prácticas culturales y artísticas condensa las búsquedas ético-estéticas y el “encuentro” con lo que les dará sentido a sus vidas, organizando tiempos y espacios. Para Aye y Ana, fueron los amigos, los del barrio, los que les abrieron las puertas a ese mundo punk. Fue un momento de transformación, que “las cambió”. El punk se convirtió en una clave de interpretación existencial, donde cobran sentido sus elecciones estéticas y políticas: Ana encontró el lenguaje con el que expresar su sexualidad, y Aye, su manera de “resistir” la explotación laboral cotidiana. Viqui y Hernán descubrieron en el break no sólo una danza, sino también un entramado de disposiciones y configuraciones que definen sus apariencias, circuitos y actividades cotidianas. Esta práctica organiza su presente y redefine incluso su futuro. Como en el caso de Viqui, que encontró en el diseño de indumentaria el trabajo que le permite explorar el universo de la “ropa rara” con la que solía vestirse, o Hernán, que divide su día entre el trabajo del reparto y el break. O los casos de Víctor y Carola, que hallaron en el circo la síntesis de una vida entrecruzada por el arte y el trabajo, sin resignar libertad ni creatividad, combinando el disfrute con la sustentabilidad económica.

Los “modos de ser” contenidos en cada una de estas praxis construyen biografías de punks, cirqueros y breakers que traspasan lo artístico/estético: son expectativas, elecciones, mandatos, éticas, moralidades que se construyen desde las perspectivas instauradas por estas prácticas culturales. Sus maneras de vivir el arte y el estilo permiten situarse en el mundo y reconocerse, en y con los otros, en el camino. Hablamos de modos de ser y aparecer en las ciudades que conjugan mucho más que la apariencia personal. En este sentido, la estética no es sólo “mostrarse” de un modo particular que permita hacer visibles elecciones específicas, sino que involucra un conjunto

de sentidos, prácticas, actitudes y producciones que identifican a un grupo y que lo distinguen de otros. Así, los sujetos o los grupos utilizan, representan y actúan estrategias de diferenciación.

La apuesta estética involucra producirse y mostrarse con determinadas configuraciones estilísticas. Se presentan ante los otros estéticamente marcados, mostrando en sus peinados, vestimentas y cuerpos su “ser”. En este sentido, la apariencia es una más entre otras producciones estéticas y, muchas veces, el producto artístico es central para dar pie a esta construcción. En los casos estudiados, encontramos que la estética, en tanto apariencia personal, es parte pero a la vez es producida en función de un producto artístico (el recital de punk, la función o muestra de circo, la ronda de baile de hip-hop). Estos jóvenes son quienes “son” a través de “producir” estética. Fanzines, música, recitales, letras, argumentos escénicos, acrobacias, pasos y coreografías son los productos estéticamente marcados que los identifican. Es en esta conjunción entre producirse y producir donde se asienta la construcción identitaria de estos grupos juveniles. Veamos a continuación algunos detalles de qué producen estéticamente y cómo este proceso los produce a ellos en tanto estética punk, breaker y cirquera.

Los cirqueros centralmente producen espectáculos o números utilizando las distintas técnicas circenses, como destrezas corporales, malabares, equilibrio, comicidad. Estas técnicas transforman el cuerpo de los artistas. Son cuerpos atravesados por las disciplinas que practican: la postura y la actitud de los payasos, la espalda de las y los trapezistas, los callos y los moretones. Producción de cuerpos de cirqueros. Pero estos artistas no sólo producen su cuerpo; crean además sus propios espectáculos, lo que muchas veces conlleva la elaboración de vestuario, escenografía, argumento y música. Y, además, construyen lugares de encuentro y entrenamiento. Estos espacios marcan los circuitos por donde transita la práctica y, por sobre todo, crean lugares de exhibición de las artes a través de los espectáculos callejeros.

El mostrarse y el mostrar en el espacio público son marcas que identifican a gran parte de los cirqueros contemporáneos, y que tienen amplia relación con el contexto de época que provocó que muchos jóvenes como Víctor encontraran, en el desarrollo de una práctica artística, una oportunidad de ascenso social y mejora de las condiciones de trabajo y de vida. Además, en los 90, trabajar en la calle, de artista, se convirtió en la posibilidad de encontrar un espacio de transgresión

a los aires de la época. Gran parte de los cirqueros actuales sigue anclando su identificación en la práctica artística callejera y en ese estilo de aparecer como cirquero en el espacio público urbano.

El aparecer punk en la ciudad implica no sólo ser registrado por la apariencia “fea” y “rara” con las que se topan los transeúntes mientras toman el colectivo con Aye o comparten el aula con Ana en la facultad, sino además mostrarse desde, y en, lugares “marcados”. Las calles que albergan los pocos lugares en la ciudad donde se puede tocar, las paredes que alojan los mensajes libertarios de la “A” rodeados por un círculo, los fanzines que reposan en los mostradores o los afiches pegados en las vidrieras de los contados negocios que venden parches y discos. Producir estética sobre los cuerpos: cabelleras teñidas de colores chillones, remeras de bandas rotas y desteñidas, tachas que invaden las muñequeras y los cinturones, tatuajes y piercings. Pero también en la calle, a partir de la inscripción de circuitos en la ciudad que disputan maneras de transitar el territorio. Organización de la cotidianidad en dicotomías que habilitan grados de visibilidad diferenciales: día y noche, horas de trabajo y tiempos de ocio, calles de comercios y de bares, y el barrio. El día para ir al trabajo o a la facultad, intentando colar en el atuendo alguna marca del estilo, organizando el fin de semana mientras se recorren las galerías comerciales del centro en busca de los afiches que anuncian “las fechas”; la noche como tropos de encuentro para disfrutar de un recital con “las crestas bien paradas”, una cerveza con amigos en la vereda de enfrente del bar mientras se descansa del pogo¹⁷ agotador que restituye el goce de los cuerpos con la música.

Un bailarín o una bailarina de break pueden pasar más o menos desapercibidos al andar por la calle: no siempre se visten de un modo distintivo, porque alcanza con estar con ropa cómoda para bailar, y no todos se muestran interesados en usar marcas de su pertenencia a la cultura hip-hop. Pero, cuando comienzan a moverse, a bailar, aparece la distinción. La forma de moverse habla del break: los movimientos que disocian (parten) las distintas partes del cuerpo, que invierten (quiebran)¹⁸ la espacialidad del arriba y abajo y la

temporalidad del rápido-lento o ligado-no ligado (roto), los giros con apoyo en la cabeza, una mano, las escápulas.

Pasos y movimientos se aprenden mirando y copiando; muchos de ellos tienen nombre y hasta creador e historia. A partir de los movimientos que ya existen, se alienta la originalidad individual: cada uno improvisa, inventa variaciones, busca imprimirle su huella. Al mismo tiempo que se aprende a bailar, algo cambia en la forma de moverse en la vida cotidiana, en el pararse, en el caminar; algo del break queda en el cuerpo, aunque no se esté bailando. Por otro lado, difícilmente se vea a un bailarín o una bailarina de break bailando en la calle sin nadie más: se baila con otros y se baila por placer, pero también para la mirada de otros. En calles, veredas o plazas, en galpones, gimnasios o discotecas donde se realizan exhibiciones o campeonatos, los movimientos se muestran en ronda, entre varios que miran o esperan su turno para bailar.

La práctica artística en el espacio público construye ese lugar de forma diferencial. Y el mismo espacio reconfigura las prácticas artísticas de los sujetos, proponiendo ciertos desplazamientos y andares, y no otros: en la ciudad, se imbrican la producción, la circulación y el intercambio. Estas prácticas, y sus practicantes, claro, transforman y transgreden la cotidianidad del espacio público, proponiendo nuevos sentidos, usos y estéticas. En cierta medida, a través de estas prácticas artísticas y estéticas, se “realiza” espacialmente el lugar en función de un andar y un habitar que funcionan a su vez como territorio de enunciación (De Certeau, 1996), maneras de inscribir cartografías propias en una ciudad de múltiples marcas y recorridos. De ahí que hacer arte y presentarse a sí mismo como exponente de un estilo en el espacio público constituyen modos particulares de habitar la ciudad, de estar en la ciudad, de hacer ciudad, de estar juntos en la ciudad. No es sólo un escenario donde ocurren las prácticas artísticas y estéticas, ni es tampoco sólo un objeto de representación para las artes; sino que la ciudad responde al arte, la realiza activamente (Nancy, 2013), propone, facilita o dificulta determinadas prácticas.

La ciudad aparece, entonces, como condición de posibilidad de los estilos que venimos desarrollando y, a la vez, como ámbito de constricción de tales prácticas, en tanto distintos actores disputan por el uso, el disfrute y la presencia en el espacio urbano. En este

17. El pogo consiste en moverse frenéticamente de varias maneras durante la actuación de un grupo de música e implica la participación de varias personas en un constante roce y golpe entre sí (Citro, 2008). Este tipo de prácticas se asocian directamente con el surgimiento del punk.

18. El término “break” (en inglés, romper, quebrar), en la denominación de esta forma de baile, alude a los movimientos que quiebran las líneas del

cuerpo al nivel de las articulaciones e invierten sus ejes.

sentido, la ciudad —y un contexto de época particular— habilitó el desarrollo de una manera novedosa de realizar espectáculos cirqueros, y proveyó espacio para la experimentación junto con otros jóvenes artistas que lucharon por innovar dentro del propio género artístico, al mismo tiempo que generaban alternativas de trabajo y de vida desde el arte; brindó un espacio para que los breakers se encontraran entre sí, transmitieran y actualizaran la práctica, marcaran ciertos emplazamientos con la regularidad de sus encuentros y, en algunos casos, pintaran los muros y los monumentos de la ciudad con sus graffitis; posibilitó el intercambio y la difusión de producciones punks propias en ferias de plazas donde se comparten fanzines, discos, remeras y parches y, a su vez, permitió la expresión del descontento a través de pintadas y escraches en el espacio público. Al mismo tiempo, la ciudad se presentó largamente como espacio de restricciones, por ejemplo, para el arte callejero, que fueron desde prohibiciones formales amparadas en edictos policiales hasta constricciones del orden de las representaciones, asociando la práctica artística callejera a nociones de “arte menor” o “marginal”, por su anclaje en “la calle”. No obstante esto, se generó, en cierta medida, una identificación particular de muchos cirqueros, punks y breakers con la lucha por afianzar el derecho a utilizar o apropiarse del espacio público, apelando así a un discurso que reivindica lo público como lo que es de uso común, accesible a todos, abierto, que atañe a lo colectivo (Rabotnikof, 1997).

El tránsito por la ciudad delinea circuitos que permiten cruzarse con otras personas que están participando de la misma práctica o de otras similares, al organizar andares, visibilidades y encuentros. Los espacios de la práctica son, al mismo tiempo que contextos de visibilidad, lugares de encuentro. En vinculación con el sentido de pertenencia a éstos, y con la cotidianidad de los cruces y los intercambios, se construye un nosotros situado, específico. Es en grupo como se aprende y enseña, como se muestran, se miran, se deciden los modos de organización y se manejan los conflictos. Estas prácticas estéticas organizan andares, se hacen lugar en las ciudades y producen espacios a través de distintos mecanismos: usan y se apropian de espacios públicos (como en el break y el circo) o marcan la ciudad (como hacen los breakers y los punks). Justamente, son los circuitos que inscriben aquellos y aquellas que desarrollan estas prácticas los que articulan las movilidades posibles y deseables con los espacios y los equipamientos urbanos disponibles, que componen el paisaje

urbano cotidiano, singularmente resignificado por breakers, cirqueros y punks (Magnani, 2005).

Estos procesos se realizan desde una dinámica colectiva. La concepción de artista y de creación no se mantiene en la lógica clásica del genio creador ni de la iluminación individual, sino que la creación artística se piensa como creación colectiva: se produce artísticamente formando parte de un colectivo, con otros, poniendo el sello individual en una creación conjunta. Aunque en la dinámica colectiva comúnmente se diluye a quién se le ha ocurrido una cosa u otra, y la producción artística individual en las prácticas que estamos analizando se suele realizar desde la pertenencia a un colectivo, esto no implica que no existan disputas vinculadas con la autoría individual. Una de estas disputas puede girar en torno a qué nombre propio llevará una determinada innovación, es decir, a quién se reconoce como creador, como el primero que hizo algo. Más allá del reconocimiento de que se innova tomando creaciones de otros, que estuvieron antes o en otros lugares, se repiten problemas al interior de los colectivos, o entre colectivos distintos, que surgen tras sospechas o acusaciones de copias o “robos”.

Las vidas a las que nos hemos asomado no pueden pensarse sin estar con otros o sin formar parte de un grupo. Aye y Fer construyeron una casa donde pueden ponerse muchos colchones y donde la banda puede juntarse a ensayar. Ana va a recitales de punk con los amigos que se hizo en la facultad. Viqui y Delvis formaban parte de un mismo grupo de amigos a los que los unían gustos, consumos, actividades y proyectos. Hernán pasa todo su tiempo libre bailando con sus compañeros en una plaza de la ciudad. Víctor comenzó a ser payaso aprendiendo con alguien que conoció en las vueltas de la vida, consiguió instalar en grupo una carpa de circo y hace años que les enseña a otros. Carola vive junto con otros cirqueros en un lugar donde pueden entrenar y compartir lo que les gusta hacer. En esta grupalidad, se juega la posibilidad de ser: ser punk, breaker o cirquero es serlo junto con otros y luego de que otros lo han sido. Todos afirman que se trata de un modo de vida, una forma de vivir la vida en la que estar activamente en la práctica y compartirla es la misma cosa.

Las constricciones del trabajo y la necesidad de procurarse los propios medios materiales de vida le pueden quitar tiempo al punk, al break o al circo. El deseo de trabajar en alguna actividad vinculada con la expresión artística es algo compartido con muchos artistas de diversos géneros. En algunos casos, esto se resuelve buscando y

creando posibilidades para trabajar en algo vinculado con la práctica, aunque acarree renunciar a comodidades y seguridades. En otros casos, la vida cotidiana se vive como si fuera una jugada en un tablero de ajedrez, con sus múltiples, aunque restringidas, opciones de movimiento, donde hay tiempos para el trabajo/estudio y tiempos para tocar, bailar, actuar, ensayar y escuchar. En estos casos, aunque el trabajo se lleve muchas horas, lo que se siente como “la vida auténtica” es el tiempo que se vive conectado con la práctica elegida. En algunos casos, como las historias de Carola y Víctor, la práctica del circo regula y organiza ampliamente la vida (se es cirquero y se trabaja de eso); en otros, hay que negociar qué se es y en qué circunstancia, en función de microrregulaciones en la vida cotidiana. En general, se ponen en juego múltiples negociaciones con los otros dominios (familiares, laborales, etc.) en los que transcurre la vida cotidiana de estos artistas, y se construyen diversos modos de relación entre estos distintos dominios.

Prácticas artístico-estético-políticas: ser, mostrarse y hacer grupo en la ciudad

Comenzamos este capítulo señalando la heterogeneidad que presentan las prácticas culturales como el break, el circo y el punk, para pasar luego a recuperar los puntos de encuentro entre las prácticas que permitieron pensarlas como modos complejos e imbricados de ser, mostrarse y hacer grupo en la ciudad. Estas prácticas se inscriben no sólo en el campo del arte, sino que son formas de estetizar la vida cotidiana, la persona y la ciudad, colectivamente, poniendo en relación distintas esferas de la vida cotidiana de los sujetos, organizando sus trayectorias de vida y sus trayectos por la ciudad.

Las elecciones artísticas conllevan elecciones estéticas, y ambas, a su vez, implican posicionamientos políticos, explícitos e implícitos. Las prácticas que analizamos recuperan elementos desjerarquizados por las valoraciones hegemónicas del arte. Apuntan a trabajar con lo imperfecto, con lo feo, lo cómico o dramático, con lo indecente. El ruido distorsionado y fuerte, característico del punk, también es música; girar con la cabeza en el suelo al estilo breaker es danza, y las actuaciones de los payasos y las performances cirqueras son teatralidad. Esas formas disputan concepciones hegemónicas de lo que es considerado música, danza y teatro. Además, estas prácticas no

sólo dicen desde lo explícitamente dicho, por ejemplo en el contenido de las letras de canciones del punk o del rap, o en el argumento o lo que cuenta un número de circo; fundamentalmente, dicen en su hacer. Dicen políticamente en su hacer artístico y estético. Elegir ponerse en acto como práctica en el espacio público urbano implica una elección política y un posicionamiento acerca de cuál es el lugar del arte, y cuál es el “para quiénes” y el “para qué” del arte. Centralmente, implica una ruptura en relación con los espacios consagrados para el arte y una ruptura con los modos hegemónicos de hacerlo.

Este camino de interpretación nos lleva a considerar que el circo, el break y el punk son, en este sentido, *prácticas artístico-estético-políticas*. En sus representaciones artístico-estéticas, y en las prácticas en que se actualizan y se hacen efectivas y visibles, pueden reconocerse posicionamientos políticos. Los hallazgos de las tres etnografías realizadas nos permiten ir más allá y decir que elegir una práctica y no otra, una práctica que tiene una determinada historia, estética y contenido, también es una elección política. Estas prácticas son también modos de vida, modos de concebir la vida. En esa búsqueda por generar un nuevo lenguaje que retoma lo denostado, que juega con lo marginal, se asienta la construcción identitaria de los propios sujetos. La ciudad aparece como condición de posibilidad y, a la vez, como ámbito de constricción de tales prácticas. Y esa construcción tiene un efecto político. En algunos casos, aun sin programa, búsqueda o intención política, genera una disrupción en la lógica de la reproducción social, rompe con lo dado, con lo establecido, desnaturaliza, molesta. El efecto político no reside exclusivamente en la intencionalidad de estas prácticas, sino que se actualiza en los grados de visibilidad que adquieren en la ciudad y en los modos en que son percibidas por los otros.

Desde posicionamientos diversos, más o menos explícitos, punks, breakers y cirqueros proponen una visión crítica de la propia sociedad. Una de las críticas más difundidas sobre el análisis de este tipo de prácticas culturales juveniles ha sido la tendencia a resaltarlas por su carácter “contestatario”; esto es, ver en prácticas como el lenguaje, los rituales de consumo cultural, las marcas de vestuario “evidencias” incuestionables de un contenido liberador a priori, sin ponerlas en contexto (deshistorizadas) o sin problematizarlas con la mediación de instrumentos de análisis que posibiliten trascender la dimensión descriptiva y empíricamente observable en los estudios sobre jóvenes (Reguillo Cruz, 2000). Reconociendo esto, consideramos importante

no perder de vista tanto el carácter reproductivo como transformador de estas prácticas. Esta estrategia puede permitirnos problematizar tanto las impugnaciones y las disputas que los jóvenes producen en torno a los discursos y las prácticas hegemónicas, como sus reproducciones (Villa, Infantino y Castro, 2012).

Lo político¹⁹ interpenetra la totalidad de las relaciones que se dan entre las personas, liberando el campo de la política de su contenido y sus tropos, e instalando lo político en un espacio móvil, no confinado a lo institucionalizado, sino configurándose en el conflicto, en el antagonismo de las partes. Traducido a nuestros términos de análisis, lo político como una manera de disputar formas de ser y estar en este mundo y en la ciudad, desde y en el arte y la estética. Tradicionalmente, las prácticas que analizamos no fueron leídas como políticas o fueron consideradas como prácticas políticas “alternativas” en un sentido peyorativo (Kropff y Núñez, 2009); sin embargo, en un contexto de obturación de canales de participación política institucional, típico de la década neoliberal de los 90, donde nuestros actores ubican sus inicios, o los de la práctica en el país, el circo, el punk y el break actuaron como instancias de búsqueda de expresión de un descontento por el estado de las cosas. La posibilidad de romper con lo normativo, ocupando el espacio público en un contexto de privatizaciones y restricciones, la apuesta a lo colectivo en un contexto de ponderación del individualismo y la desafiliación, la producción artística autogestiva e independiente en un contexto de mercantilización de la cultura, la producción singular de sí mismo en un contexto de estandarización son vías de expresión del conflicto, de toma de posición y de resolución.

La “sorpresa” con la que se leyó la supuesta “oleada” de participación juvenil del inicio de la década actual (por ejemplo, sostenida en la presencia juvenil durante el funeral del ex presidente Néstor Kirchner o en la percepción de una mayor “militancia” juvenil) denota, precisamente, la persistencia de cierta visión normativa y adultocéntrica de qué debe ser la política y la participación (Borobia, Kropff y Núñez,

19. En este sentido, la distinción teórico-epistemológica acerca de *la política* y *lo político* respondería a dos lógicas contrapuestas de concebir el orden y el conflicto: una de tipo “sociológica” (Ema López, 2010; Mouffe, 2007), *la política*, las prácticas vinculadas a un subsistema social que necesariamente regule la vida colectiva, creando un determinado orden en el contexto de la conflictividad que emerge de lo político; y otra de tipo “ontológica”: *lo político*, la cualidad de la imposibilidad de erradicar el conflicto en una sociedad de relaciones de adversarios, donde el antagonismo es constitutivo.

2013). Sin negar un mayor interés por la cosa pública a fines del primer decenio del siglo XXI, las apreciaciones acerca de “la novedad” y “la sorpresa” por la actual politización juvenil resultan riesgosas en tanto sean invisibilizadoras de otras formas políticas y estéticas. Manteniendo la riqueza de la heterogeneidad de las producciones culturales, resulta relevante reconocer que, para importantes sectores juveniles –como los punks, los cirqueros y los breakers–, “la política” puede seguir pasando también por otros lugares. Y que bailar, producirse, dar espectáculos, estar en la calle, vivir del arte siguen estando presentes como prácticas añejas, con largas tradiciones pero también con transformaciones, y manteniendo vigencia como soporte identitario de varios y varias habitantes de las ciudades. En la plaza, en el semáforo, en una esquina del centro, en un rincón del barrio, en el galpón, el centro cultural, el patio de la escuela, en la rambla o en una casa, sigue sonando música, siguen los cuerpos bailando, siguen los brazos malabareando, siguen los y las jóvenes practicando lugares.

Bibliografía

- BENNETT, A. (2001), *Cultures of Popular Music*, Filadelfia, Open University Press.
- BOROBIA, R., L. KROPFF y P. NÚÑEZ (2013), “La participación política juvenil post 2001/3”, en R. Borobia, L. Kropff y P. Núñez (eds.), *Juventud y participación política. Más allá de la sorpresa*, Buenos Aires, Noveduc, pp. 11-24.
- BOVER, T. (2013), “Una cuestión de criterio: sobre los saberes policiales”, en S. Frederic, M. Galvani, J. Garriga Zucal y B. Renoldi (eds.), *De armas llevar. Estudios socioantropológicos sobre los quehaceres de policías y de las fuerzas de seguridad*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación-UNLP.
- CAVANNA, E. (2001), *El nacimiento del punk en Argentina y la verdadera historia de “Los violadores”*, Buenos Aires, Interpress.
- CITRO, S. (2008), “El rock como un ritual adolescente. Trasgresión y realismo grotesco en los recitales de Bersuit”, *Trans. Revista Transcultural de Música*, N° 12, s/p.
- DANTO, A. (1999), *Después del fin del arte*, Barcelona, Paidós.
- DE CERTEAU, M. (1996), *La invención de lo cotidiano*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Centro Francés de

- Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- DUARTE, S. (2006), *Ricky de Flema, el último punk*, Buenos Aires, Baobab.
- DUNCOMBE, S. (1997), *Notes from Underground: Zines and the Politics of Alternative Culture*, Portland, Microcosm.
- EMA LOPEZ, J.E. (2010), "Lo político, la política y el acontecimiento", en *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, N° 7, pp. 71-96 (disponible en: <http://www.ucm.es/BUCM/revistas/cps/15784576/articulos/FOI-N0707110051A.PDF> (fecha de consulta: 8 de febrero de 2015).
- FLORES, D. (ed.) (2011), *Derrumbando la Casa Rosada: mitos y leyendas de los primeros punks en la Argentina. 1978-1988*, Buenos Aires, Piloto de Tormenta.
- GOFFMAN, K. (2005), *La contracultura a través de los tiempos*, Barcelona, Anagrama.
- INFANTINO, J. (2007), *La carcajada y el asombro a la vuelta de la esquina: nuevos artistas circenses en la ciudad de Buenos Aires* (2005), tesis de licenciatura, CD 1, Buenos Aires, Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras-UBA.
- (2011a), "Trabajar como artista. Estrategias, prácticas y representaciones del trabajo artístico entre jóvenes artistas circenses", *Cuadernos de Antropología Social*, N° 34, pp. 141-163.
 - (2011b), "Los jóvenes y sus proyecciones a futuro. Estrategias laborales y adscripciones identitarias entre jóvenes artistas", *Revista de la Escuela de Antropología*, año XVII, pp. 143-156.
 - (2012), *Cultura, jóvenes y políticas en disputa. Prácticas circenses en la ciudad de Buenos Aires*, tesis doctoral, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-UBA.
- KREIMER, J.C. (2006), *Punk: la muerte joven*, Buenos Aires, Era Naciente.
- KROFF, L. y P. NUÑEZ (2009), "Relatoría eje: Acción, participación, opciones y estrategias políticas", en Mariana Chaves (ed.), *Estudio sobre juventudes en Argentina 1. Hacia un estado del arte 2007*, La Plata, EDULP, pp. 301-307.
- MAGNANI, J.G.C. (2005), "Os circuitos dos jovens urbanos", *Tempo Social*, N° 17, pp. 173-205.
- MOUFFE, C. (2007), *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE.
- NANCY, J.L. (2013), *La ciudad a lo lejos*, Buenos Aires, Manantial.
- RABOTNIKOF, N. (1997), *El espacio público y la democracia moderna*, México, Instituto Federal Electoral, Capacitación Electoral y Educación Cívica.
- REGUILLO CRUZ, R. (2000), *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Buenos Aires, Norma.
- SEIBEL, B. (1993), *Historia del circo*, Buenos Aires, Del Sol, Biblioteca de Cultura Popular 18.
- STRONGMAN, P. (2008), *La historia del punk. El movimiento juvenil que transformó la escena social y musical del mundo*, Teià, Ma Non Troppo.
- VILLA, A., J. INFANTINO, y G. CASTRO (2012), "Introducción", en A. Villa, J. Infantino y G. Castro (comps.), *Culturas juveniles. Disputas entre representaciones hegemónicas y prácticas*, Buenos Aires, Noveduc, pp. 11-24.

Trayectos y trayectorias urbanas de jóvenes en Buenos Aires: territorios y moralidades en juego

Tomás Bover y Sebastián Fuentes

Introducción

La gente circula, se mueve y se desplaza. Los espacios constituyen una dimensión naturalizada de los procesos sociales y de las prácticas de los actores. El desplazamiento por el espacio y su percepción implican el análisis de esa condición dada, que se teje y reconstruye a la vez en la cultura. El espacio constituye, entonces, un sistema de significaciones:

Cuando me desplazo en mi casa, sé ya, sin ningún discurso, que ir al cuarto de baño significa pasar cerca de la habitación, que mirar a la ventana significa tener la chimenea a mi izquierda, y en este pequeño mundo, cada gesto, cada percepción, se sitúa inmediatamente respecto de mil coordenadas virtuales. (Merleau-Ponty, 2002: 158)

Los movimientos son realizados en función de ciertas coordenadas y operaciones, en el marco de las cuales establecemos consideraciones y juicios sobre nosotros mismos y el mundo, nuestra posición en el espacio social y en el espacio de relaciones con que significamos al territorio y nuestro desplazamiento en él. Esas coordenadas virtuales indican posibilidad de desplazarse y sentidos que asignamos a ello. Los espacios son habitados y transitados según ciertos juicios que enunciamos: “estar bien”, “estar mal”, “moverse correctamente”; o que justifican nuestra posición y nuestros trayectos en el espacio: “evitar X barrio”, “ir por el centro”. Se trata de prácticas discursivas y modos de concebir el espacio que indican asociaciones entre territorio, posición social y valores morales. Incluso cuando asociamos determinadas zonas a cualidades sensoriales (“iluminación”, “oscuridad”)

y calificaciones (“seguro”, “lindo”; “peligroso”, “degradado”, “feo”; etcétera).

Desde este enfoque, nos interesa analizar comparativamente los usos, las concepciones y los discursos que sobre la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y su área conurbanizada realizan dos grupos sociales que forman parte de dos investigaciones que estamos llevando a cabo: los jóvenes ingresantes a la Policía Federal Argentina (PFA), y las jóvenes residentes de barrios de clase media alta y alta. Nos interesa poner en diálogo estos dos trabajos etnográficos,¹ en un recorrido que nos muestra valoraciones sobre el barrio, las instituciones, la ciudad, que son construidas tanto en las trayectorias biográficas como en los itinerarios cotidianos.

Podemos analizar la experiencia del movimiento describiendo recorridos y desplazamientos de los actores en determinados territorios. Desde nuestra perspectiva, y a partir de los relatos etnográficos que planteamos en este trabajo, desplazarse en un espacio social/material como la ciudad implicará una relación dialéctica entre la asignación de sentidos (y valores) al espacio y la atribución a los sujetos de determinadas cualidades vinculadas a los espacios que recorren, o a los cuales se asocian. Esa relación dialéctica puede articularse, a su vez, en procesos de identificación. En el caso específico de los jóvenes policías y los jóvenes de sectores medios-altos y altos entre quienes realizamos el trabajo de campo, los recorridos y los desplazamientos por la ciudad aparecen como identificaciones, no tanto porque se movilice una identidad explícita en referencia a una zona determinada, sino más bien por otros significantes referenciados en el discurso nativo, referidos a instituciones asociadas

1. Se trata de dos investigaciones realizadas por los autores de este capítulo. El trabajo de Bover busca reconstruir las trayectorias (afectivas, educativas, laborales, etc.) y las relaciones intergeneracionales de los sujetos que ingresan a fuerzas de seguridad estatales. El trabajo de campo se realizó en el marco del convenio de asistencia técnica entre el Ministerio de Seguridad de la Nación y la Universidad Nacional de Quilmes, coordinado por Sabina Frederic e integrado por los siguientes investigadores: Mariana Galvani, Tomás Bover, Sabrina Calandrón, Iván Galvani, Mariano Melotto y Agustina Ugolini. El proyecto de Fuentes analiza los modos en que se construye y legitima la desigualdad social y educativa a través de la socialización de jóvenes de sectores medios-altos y altos del Gran Buenos Aires, en instituciones educativas, religiosas y deportivas. Si bien lo urbano no era un eje u objetivo inicial de las investigaciones, fue necesario incorporar esta dimensión por el peso que cobran la construcción del espacio y los discursos morales en los dos grupos estudiados.

a algunas zonas o regiones de la ciudad que cobran valores distintos para los actores sociales. De acuerdo con su ubicación, o con el circuito en el que esas instituciones se encuentran, podemos reconstruir la espacialidad a partir de esas referencias institucionales, que hablan de jerarquías en el espacio urbano y de zonas más o menos apreciadas, “mejores” o “peores”.

Nos interesa retomar la noción de “pedaço” que desarrolla Magnani en su trabajo etnográfico, no tanto para extrapolar esa categoría en sí, sino para recuperar la idea de que los actores construyen “territorio que funciona como un punto de referencia” (Magnani, 2002: 23), un espacio intermedio entre el espacio privado y el espacio público. Los sujetos, aunque no se reconozcan por vínculos cotidianos del cara a cara, sí se reconocen a partir de símbolos que comparan, vinculados a “gustos, orientaciones, valores, hábitos de consumo y modos de vida semejantes” (Magnani, 2002: 22). Salvando las distancias y las dificultades de trabajar con categorías creadas en diálogo con un lenguaje y una teoría nativa propia de otro contexto,² nos interesa retomar esos hallazgos de la antropología urbana para pensar cómo el territorio es significado específicamente como aquello que simboliza algo relevante para los sujetos y para sus prácticas sociales de clasificación.

La ciudad no es sólo un simple determinante de nuestras acciones. Las manchas, los “pedaços” y los trayectos (Magnani, 2002) se constituyen en categorías etnográficamente situadas, que nos permiten comprender la lógica y los sentidos en que los habitantes de la ciudad hacen de ella algo más que un escenario, o un plano de fondo de sus prácticas y discursos. Ella se constituye en un articulador de relaciones que, miradas de cerca y desde adentro, pueden ayudarnos a entender cómo, a pesar de las transformaciones urbanas, los crecimientos “irregulares”, la impresión de fragmentación, etc., las personas se mueven en ella, se agrupan, identifican, y dan sentido a sus relaciones en tramas que la perspectiva etnográfica pretende reponer y analizar.

En lo que sigue, describimos y analizamos, en un primer momento, cómo los actores hacen del espacio urbano un modo de clasificación y jerarquización. Veremos la relación que establecen entre valoraciones y recorridos, ya sea en el nivel de un trayecto cotidiano,

2. Estamos hablando de una categoría que reconoce su origen en la etnografía urbana realizada por el antropólogo en San Pablo, Brasil.

ya sea en el nivel de las trayectorias profesionales. Luego, profundizamos nuestro análisis sobre los modos de percibirse a sí mismos y a los otros, en relaciones de diferenciación que tienen como eje el cuerpo, los espacios urbanos y las moralidades. Finalmente, realizamos algunas anotaciones sobre el diálogo entre nuestros “casos” empíricos y la especificidad de la relación dialéctica entre espacio urbano y sujetos, trabajada en este capítulo.

Buenos Aires y sus configuraciones espaciales: construyendo el espacio urbano en los trayectos y las trayectorias de los actores

Los discursos y las prácticas de los y las jóvenes con los que realizamos nuestra investigación trazan recorridos por la ciudad. Nos sitúan en diferentes barrios, en distintas zonas, que van siendo tejidas en una red particular y específica. El espacio público es un espacio significado diferencialmente, y esas diferencias también nos hablan de desigualdades. Sus recorridos diarios están marcados por la rutina y las seguridades, y por modos de significar también lo desconocido, adaptarse y entenderlo.

En este apartado, presentamos un primer análisis sobre los “pedaços”, o *puntos de referencia*, que dan sentido a las acciones y los desplazamientos de los actores sociales en la ciudad. Analizamos luego los modos en que se significan las grupalidades y se identifican los sujetos en la ciudad: ya sea por medio de una *trayectoria* donde se espera recorrer determinados territorios en la ciudad (*trayectos*), ya sea por medio de una jerarquía de lugares de trabajo al interior de una carrera profesional.

Las chicas del CUBA: seguridad y estilo de vida

Felicitas y Belén son hermanas, socias adherentes³ del Club Universitario de Buenos Aires (CUBA). Viven en el barrio cerrado

3. En este club, en el momento de realizar las entrevistas, socios eran los varones. Las mujeres podían ser socias adherentes en función de su relación de hijas o esposas. En el 2013, el club modificó esta categoría, por la cual las mujeres eran clasificadas como “asociadas”, aunque los varones siguieran siendo los que se encargan del gobierno de la institución.

que CUBA tiene en la localidad de Villa de Mayo, partido de Malvinas Argentinas, en la zona noroeste del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). En el momento de la entrevista, residían algunos días de la semana en la casa ~~que su~~ abuela –ex jueza– tiene en el barrio de Recoleta, para poder cursar sus estudios en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad del Salvador respectivamente. La pregunta por la clase, el “nivel” social de la gente que habita el barrio cerrado, se puede en parte responder a través de una interesante reconstrucción socioespacial sobre la desigualdad y la forma moral de la ciudad que las jóvenes hacen:

Felicitas: Sí, y es más caro vivir en CUBA que vivir afuera, seguro, pero siento que no es solamente la cosa de una elite de gente súper de clase alta, ¿entendés?

Belén: Aparte es gente que opta, en el caso de nuestros papás, ir a Bella Vista.⁴ Ahora, bueno, estamos viviendo en el centro, somos dos o tres, pero antes había que ir a Bella Vista cada... Para ir un sábado mi mamá tenía que salir a Bella Vista por distintos cumpleaños y eventos que no se podían congeniar, y era un gasto de nafta, un gasto de seguridad, hoy en día es un peligro estar en ruta 8 tres veces por día. Las vueltas de noche siempre dieron miedo, los remises son carísimos.

F: Y aparte... No es seguro, cada vez que salimos es un caos porque es verdad, hay mil casos de remises tratando de violar a minas del CUBA que van a Bella Vista, que se meten por ruta 8 y a la vez, tipo, si no, vamos en auto, pero mi mamá está tipo de acá [se agarra el cuello], porque le da miedo.

B: Entonces es gente que yo creo que opta, nosotros nos habríamos ido a vivir a Bella Vista a una casa más grande, a crecer más cerca del colegio, a luchar menos, a que mamá viva más tranquila de que no estamos todo el día viajando no sé cuántos kilómetros, pero optan hoy en día por la seguridad que nos da, capaz vivir en una casa más chica y vivir más ajustados, por esa seguridad y eso, el sentido de pertenencia [del barrio].

F: Eso es un estilo de vida, y tiene sus costos, obviamente. (Entrevista a Belén y Felicitas, CABA, 14 de junio de 2010)

4. Localidad ubicada dentro del partido de San Miguel, vecino al partido de Malvinas Argentinas, donde se encuentra ubicado el barrio cerrado de Villa de Mayo. En Bella Vista es donde se encuentra el colegio privado católico al que concurrieron ellas y sus hermanas y hermanos.

Habitar y desplazarse en un ambiente donde la seguridad es un valor tiene su precio, al igual que pertenecer a una comunidad determinada. La relación entre espacio y moral está establecida, por un lado, por la posibilidad de la distinción y, por el otro, por la necesidad de establecer posibles recorridos e itinerarios, trayectos que consisten en “flujos recurrentes en el espacio más amplio de la ciudad y en el interior de las manchas⁵ urbanas” (Magnani, 2002: 23). Desplazamientos a través de regiones no contiguas, que en este caso ligan la mancha residencial con la mancha educativa situada en Bella Vista. Se trata de recorridos a seguir y a temer. Habitar un barrio seguro, moverse hacia un colegio seguro y hacia casas de familias de otro territorio, también seguras, conllevan atravesar zonas del conurbano construidas por la inseguridad.

El recorrido que va de CUBA-Villa de Mayo a Bella Vista, por ruta 8, bordea el recorrido del tren Urquiza, que media entre la ruta y Campo de Mayo, con su barrio militar que se visualiza desde la ruta. El territorio pastoril de césped bien cortado, altas arboledas, garitas de seguridad, gente caminando y corriendo en distintos momentos del día, muros y barreras, característico de CUBA-Villa de Mayo, contrasta con esa ruta con fábricas y predios cerrados, altos yuyos, pozos y colectivos viejos, hoteles alojamientos y clubes nocturnos, gente que cruza la ruta apurada desde las estaciones del tren hacia la parte “urbanizada” de Bella Vista (la zona residencial). Todo un “pórtico”⁶ que integra el trayecto, es decir, el recorrido marcado por elecciones hechas según diferentes lógicas. Costos económicos y riesgos físicos son los elementos de un paisaje percibido como amenazante en el medio del movimiento en la ciudad.

El discurso de Felicitas y Belén es producido en la entrevista en un departamento, semipiso, del barrio de Recoleta, adonde llegan o bien porque su padre, que trabaja como planta permanente en un organismo dependiente del poder legislativo nacional las trae, o bien porque se trasladan en tren.

5. “Áreas contiguas del espacio urbano dotadas de equipamientos que marcan sus límites y viabilizan –cada uno con su especificidad, compitiendo o complementándose– una actividad o práctica predominante” (Magnani, 2002: 22; traducción propia). Se trata entonces de manchas educativas, de placer, de negocios, de salud, industriales, etc., siempre vinculadas con la aglutinación de establecimientos y servicios de un campo específico.

6. Se trata de una categoría que hace referencia a “espacios, marcos y vacíos en el paisaje urbano que configuran pasajes” (Magnani, 2002: 23).

Desde este departamento en Recoleta, se desplazan para cursar sus estudios en la Facultad de Derecho de la UBA y en la Universidad del Salvador, ambas ubicadas en el barrio de Recoleta. Para ellas, estar en el “centro”⁷ –cómo lo nombran– implica un ahorro de tiempo y de dinero, y constituye un momento de la trayectoria biográfica de estas jóvenes, si bien no generalizada en el grupo social, sí extendida. Algunas de sus amigas y compañeras de club y de colegio privado viajan desde Villa de Mayo o desde Bella Vista hasta el centro todos los días que cursan. Otras, como ellas, se quedan en el departamento de la familia o de algún familiar ubicado en el centro. Y también como ellas, siguen hablando de las bondades de vivir en CUBA, o las ganas de volver a Bella Vista “cuando sean grandes”. Como nos decía una bellavistense de 29 años, a punto de mudarse a Bella Vista luego de vivir en el “centro” con su marido –también de Bella Vista–: “Es el lugar donde soñás tener y criar a tus hijos y formar tu familia”.

El estilo de vida⁸ invocado por las hermanas puede ser entendido como parte de un deseo o una expectativa construida y reproducida en esa trama cultural. No se trata sólo de espacios físicos, sino de lo local⁹ constituido en una trama de relaciones. Ellas se perciben como locales de sus barrios de origen, aunque tampoco sienten el “centro” como territorio hostil o como espacio ajeno.

7. Se corresponde con el análisis que hacen Hiernaux y Lindón: “Aunque el suburbio es un fenómeno urbano lanzado y acelerado por procesos económicos, en América Latina –siguiendo el modelo estadounidense– va quedando envuelto por connotaciones culturales: el ideal de un modo de vida en contacto con la naturaleza, fuera de la inseguridad de los centros contaminados y poblados por una enorme diversidad de sujetos sociales, atraídos por la misma concentración territorial de actividades económicas” (2004: 409). En el caso específico de CUBA-Villa de Mayo y Bella Vista, son territorios constituidos como espacios para la socialización en espacios verdes, grandes terrenos, predios y clubes deportivos para los sectores privilegiados. Además, el postulado del “estilo de vida” hace a la manera en que los actores perciben su pertenencia de una posición de clase, o a un estamento, en términos weberianos. Ha sido un tópico recurrente en estudios de los últimos años sobre sectores medios altos y altos en Buenos Aires (Svampa, 2001; Tiramonti y Ziegler, 2008).

8. “Entiendo lo local como algo primariamente relacional y contextual, en vez de algo espacial o una mera cuestión de escala. Lo entiendo como una cualidad fenomenológica compleja, constituida por una serie de relaciones entre un sentido de la inmediatez social, las tecnologías de la interacción social y la relatividad de los contextos” (Appadurai, 2001: 187).

Lo local se constituye en esa trama de relaciones percibidas y construidas por zonas seguras e inseguras, por miedos y tranquilidades. El espacio urbano que media entre las zonas seguras es recorrido con temores y con costos económicos. La “clase social” es armada aquí, y en otros relatos, desde el esfuerzo. Cuesta vivir allí y, además, no se trata de gente “súper de clase alta”. Se reconoce el costo económico, y al mismo tiempo moral, por el esfuerzo, de sostener un estilo de vida. Estilo de vida elegido. Son discursos que ubican en cada momento la decisión, enfatizan las posibilidades y ratifican ese estilo de vida como algo por lo cual se optó. En este caso, la opción giraba en torno a dos barrios “tradicionales”: CUBA-Villa de Mayo y Bella Vista. El primero, un barrio cerrado; el segundo, una localidad residencial con casas quintas, que también cuenta con barrios cerrados en su interior.

Esta construcción de trayectos también debe ser analizada desde el punto de vista de las trayectorias biográficas. El tránsito de vivir en el barrio cerrado, o en la tradicional localidad de Bella Vista, a vivir “en el centro” –concretamente, en Belgrano, Palermo, Recoleta, sobre todo–, constituye una posibilidad concreta, entendible y asequible en el marco de la red familiar y de los puntos en la ciudad donde esas familias se ubican y distribuyen. Los espacios que se constituyen en estos desplazamientos no están carentes de valoraciones. Y éstas no se construyen exclusivamente a partir de la experiencia que cada uno de los actores despliega en sus lugares de pertenencia, sino que se encuentran socialmente disponibles. Los trayectos realizados son “elegidos” en función de la calificación que se aplica a las zonas: mejores o peores, más o menos inseguras, más o menos prestigiosas, entre otras. Realizar cada uno de esos trayectos en la ciudad y concebir determinados lugares como espacios de residencia están dados por condiciones de posibilidad materiales y simbólicas, que conforman ese territorio o mundo que zonifica y territorializa la distinción.

El sur también existe: una versión policial de la jerarquía espacial

Conversando con un subcomisario a cargo de una dependencia policial de un barrio del norte de la CABA, explicaba la manera en que los jóvenes se integran al trabajo en la Policía. Según él, lo que

se aprende como miembro de la fuerza está vinculado a los lugares en los que se trabaja, debido a que las tareas varían por las características de cada zona. Un ejemplo lo da su propia trayectoria –que organiza en el relato a partir de las valoraciones sobre distintos barrios y zonas–:

Hace 28 años que es oficial de la PFA y lo primero que destaca es que es de “zona sur”. Le pregunto “¿qué significa eso?”, y ofrece un largo relato acerca de su vida en Villa Lugano,⁹ donde actualmente reside en una casa que fuera de su abuelo, igual que en toda su infancia. Conoce “el ritmo” de esos barrios, sus problemas y las diferencias con su lugar de trabajo actual.

Aprile: Siempre trabajé en destinos de la zona sur,¹⁰ varios eran complicados. Estuve en Liniers, en Floresta, en Caballito, Once y Soldati. Porque hay una especie de criterio,¹¹ si estuviste en villas y sabés manejarte bien te dejan ahí, te rotan entre esos destinos. Hay otros que pueden hacer cursos en el FBI, viajar, capacitarse, pero si sos del sur aprendés en “la calle”.

Entrevistador: Y ahora que hace dos años que está acá, ¿cómo es trabajar en esta zona?

A: Mirá, este barrio, esta jurisdicción es así: ocupa 80 manzanas y tiene 40 mil habitantes, acá viven dos jueces de la Suprema Corte, muchos empresarios, militares condenados con presencia policial permanente. Hay muchas sucursales bancarias, dos asociaciones profesionales, 28 embajadas y consulados, estudios jurídicos y empresas. Si en Floresta [zona sur] se roban 4 autos por día, acá se roban una 4 x 4 al mes. Acá casi todo el trabajo son certificaciones de firma y domicilio. Se pagan entre \$2.000 y \$6.000 de expensas por cada departamento, todos tienen vigilancia privada, y tenés entre 4 y 5 custodios por cuadra, todo eso

9. Villa Lugano es un barrio del sur de la CABA, caracterizado por grandes complejos habitacionales construidos en las décadas de los 70 y los 80, que coexisten con casas bajas y algunos asentamientos.

10. Los barrios mencionados son, en su mayoría, antiguos distritos fabriles, comerciales o ferroviarios que vinculan la CABA con el conurbano bonaerense.

11. Entendemos que el criterio constituye una forma de saber-hacer que los policías adquieren y ponen en práctica en y para el desarrollo de su labor cotidiana. Para un análisis del criterio policial, ver Bover (2013).

lo hace muy seguro. Los vecinos y todos los que vienen acá quieren atención inmediata, preferencial y profesional.

A diferencia del sur, allá los vecinos vienen de las villas y son todos morochos, llegan haciendo quilombo y antes de tomar una denuncia hay que frenarlos y controlarlos. Acá los oficiales estudian, pero por el desafío que es tratar con profesionales. Yo no pude terminar derecho en una privada porque allá [en zona sur] me decían que se necesitaban más policías, no abogados, y no me daban los permisos. En 28 años hice dos cursos de ascenso, si sos del sur sos de la villa, de la cancha, eso no requiere capacitación. (Diario de campo, conversación con el subcomisario Aprile, 26 de mayo de 2011)

Aprile es un oficial al que le quedan pocos años para retirarse, y cuando le solicité que opinara sobre cómo la institución recibe a sus jóvenes oficiales en sus primeros destinos, reconstruyó con resignación su propia trayectoria profesional según las oportunidades de formación disponibles en la Policía, en contraposición con las que a él “le tocaron”. Su trayectoria laboral y los barrios en que desarrolló su trabajo se encuentran fuertemente imbricados en el relato. Según él, un policía es valorado institucionalmente de acuerdo con los saberes espacialmente situados que adquiere durante su trayectoria profesional y por su procedencia residencial. De allí se deduce qué es lo que puede haber aprendido, cuál es su utilidad para “la fuerza”, y qué apuesta se hace sobre él y su capacitación. Así, nos permite acceder a un sistema clasificatorio que establece una jerarquía de lugares de trabajo al interior de una carrera profesional.

Habitar y trabajar en ciertos puntos de la ciudad tiene cargas valorativas para Aprile, quien cualifica los espacios de trabajo según los interlocutores que se ponen en juego en cada sitio. Los desafíos y los disgustos habitan lugares concretos. Hacer carrera en el sur de la capital, o “ser del sur”, aparecen como constructores del “destino” menos deseado. Como si trabajar, o haber nacido en un determinado lugar, los dejaran marcados como un personaje más de esas geografías. El espacio, ya cargado moralmente, transfiere esa propiedad a los sujetos que trabajan en él. El sur aparece como el espacio degradado y desjerarquizado.

Sin embargo, su valoración de la zona sur está también imbricada con su experiencia personal; en esa zona nació y allí vive desde entonces, en esos barrios “tiene lugar” su vida, es ahí donde tomó forma su experiencia vital y profesional.

El espacio diferencial “zona norte/zona sur” posibilita una oportunidad de ascenso en la jerarquía simbólica, entre “lo lindo” y “lo feo”, “lo tranquilo” y “lo alborotado”, “la educación” y la “ignorancia”, los argentinos y los migrantes. ~~Par~~eciera que, según el sistema de clasificación policial del que da cuenta Aprile, los espacios urbanos con determinados sentidos sedimentados, por un lado, permiten transmitir la carga moral de la zona a la persona, y por otro lado, demandan otro tipo de habilidades y conocimientos policiales, por el “tipo de gente” con la que se comparte ese espacio. La demanda profesionalizada y personalizada de la zona norte se contrapone al “quilombo” de la zona sur. Si esas valoraciones diferentes impactan en la trayectoria profesional de los policías, en términos de que su desempeño en ellas condicione posiciones privilegiadas o poco prestigiosas al interior de la fuerza, tal vez esos espacios “zona norte/zona sur” puedan ser vecindarios que guardan un potencial para la reproducción social (Appadurai, 2001).

La capacidad de los territorios distinguidos jerárquicamente, de reproducir condiciones sociales, imaginarios sobre esas condiciones sociales y, sobre todo, relaciones entre sujetos ubicados en esos vecindarios, se visualiza aquí como la pregnancia con que la zona sur negativizada y la zona norte positivizada aparecen en la representación del policía y de su trayectoria profesional en la ciudad.

La territorialización y la diferencia moral: el espacio impregna a los cuerpos y los actores

En los espacios urbanos, las moralidades constituyen un eje que estructura las relaciones entre distintos actores sociales. En su trabajo sobre la relación entre locales y extranjeros en un pueblo inglés, Rapport analiza cómo el “absolutismo moral en común es un sentido/intención simbólica de los individuos de Wanet para continuar distinguiéndose a sí mismos de un mundo extranjero” (1997: 75). Los valores morales pueden ser un diacrítico para diferenciarse en la operación de identificación, pero también puede constituirse una diferenciación moral a partir de concebir al “otro” como un mundo o una cultura desprovista de valores. Y esas construcciones sobre sí y los otros estructuran relaciones en la ciudad. Al parecer, la ciudad en sí no es tanto lo que se construye moralmente, sino el lugar y los trayectos de los actores sociales en ella. Las valoraciones de los actores se

anclan en barrios, localidades, zonas, marcas con determinados sentidos, que pueden ser entendidos como un discurso y una clasificación moral: las cargas morales/espaciales portan estigmas o prestigios.

¿Ser de zona norte o de “URBA”? Puntos de referencia en la ciudad

CUBA es una asociación deportiva, social y cultural fundada por jóvenes antirreformistas en 1918, para sostener un espacio de sociabilidad paralelo al de la instrucción universitaria ya politizada por el proceso de la Reforma Universitaria.¹² A lo largo de su historia, fue ampliando su base societaria y sus propiedades. Una de ellas, como ya se dijo, es el barrio de Villa de Mayo, ubicado en la zona noroeste del AMBA. Fue loteado a fines de los 40, pero comenzó a poblarse recién en los 60. En el conjunto de clubes deportivos de Buenos Aires, es considerado un club “tradicional”, y los residentes de Villa de Mayo valoran la idea y la sensación de “comunidad” que los distingue, a su vez, de otros barrios cerrados.

El barrio de Bella Vista, del cual ya hablamos también en párrafos anteriores, se encuentra en la misma orientación noroeste del AMBA, pero en otro partido. En este caso, fue fundado por personal profesional que acompañaba la expansión del sistema ferroviario, y se fue poblando con inmigrantes de distintas nacionalidades europeas –franceses, irlandeses, entre otros–, que hicieron de esta localidad un lugar primero de descanso y luego de residencia. Se distingue por sus grandes lotes, arboledas, y la presencia de instituciones (clubes deportivos y escuelas) que han contribuido a configurar una identidad: una ciudad con tradición, con identidad de clase (media alta y alta), con la presencia de familias reconocidas por su catolicismo, y con gran presencia de funcionarios –que habilitan vínculos con el Estado–, profesionales “prestigiosos” e importantes comerciantes. Tanto Bella Vista como Villa de Mayo y otras localidades de estos dos distritos, y de distritos vecinos, han sido ya caracterizadas

por Svampa (2001) como zonas residenciales de clase media alta y alta, con particular y alta densidad de barrios cerrados y *countries*. Además, los estudios sobre segregación educativa han mostrado los vínculos de ésta con la segregación residencial (Svampa, 2001; Del Cueto, 2007; Tiramonti y Ziegler, 2008).

De la sistematización de los datos acerca de las instituciones y las experiencias educativas, residenciales, deportivas y religioso-católicas que recorren y relatan los y las jóvenes y sus familias, se desprenden y se repiten una serie de barrios, localidades y partidos específicos de una región del AMBA, la “zona norte”, que se constituye en el punto de referencia sobre el que se reconstruyen tanto los trayectos como las trayectorias de este sector de clase.

En observaciones realizadas en un colegio secundario privado católico de la localidad de Bella Vista, y en entrevistas con jóvenes y sus padres y sus madres, los nombres de los colegios indican un campo de sociabilidad bastante específico. Los estudiantes del último año del secundario pasan sus últimos meses yendo a las fiestas de distintos colegios católicos, por lo general, “renombrados”, con “tradición”, de la zona noroeste del AMBA y de la CABA. Es así como se oyen y se nombran colegios como el La Salle, Mallinckrot, Jesús María, Champagnat, del Salvador, Santos Padres, etc. Allí conocen a otros jóvenes, se vuelven a encontrar con amigos o conocidos, relaciones de sus familiares o del ámbito del rugby. El circuito religioso católico y el del rugby se emparentan con el circuito de los lazos familiares, y todos se espacializan en las localidades de Bella Vista, Villa de Mayo, Los Polvorines, Pilar, San Isidro, Vicente López y, en menor medida, Don Torcuato, San Fernando, Hurlingham, un poco Tigre y los barrios de la CABA que van del centro al norte: Recoleta, Palermo y Belgrano. Recorrer el barrio cerrado de CUBA en Villa de Mayo un día sábado implica esquivar la innumerable cantidad de autos de padres que traen a sus hijos al entrenamiento o al partido de rugby infantil que allí se disputa, provenientes de muchas de las localidades ya mencionadas.

Podemos reconstruir otra serie de prácticas territorializadas: celebrar la fiesta de casamiento en alguno de los salones que se encuentran en el interior de Campo de Mayo. Adolescentes que se juntan el sábado en el Unicenter –shopping ubicado junto al Acceso Norte, a la altura del partido de San Isidro–. Visitar a un familiar –tíos, abuelos– que viven en un country de Pilar. Jugar un partido de rugby en alguno de los clubes ubicados en esas localidades, o en

12. Movimiento universitario y social que involucró a los estudiantes de las universidades nacionales existentes en la época (Córdoba primero, luego Buenos Aires y La Plata), y que esgrimía entre sus banderas la modificación en el modo de gobierno de las universidades (la autonomía, los concursos docentes, etc.), así como la modernización de la enseñanza y la extensión universitaria.

otras, pero que tienen sus instalaciones deportivas en ellas. Celebrar el oficio religioso en alguna capilla o parroquia ubicada en ese mismo "corredor norte". Participar del retiro de "Pascua Joven" que organiza la Pastoral de Juventud de la diócesis de San Isidro, que reúne a jóvenes de colegios y parroquias de todos esos partidos. Finalmente, como Felicitas y Belén, tener un familiar, o un departamento familiar, en los barrios de Recoleta, Belgrano o Palermo es la otra gran posibilidad, que describe algo de las escenas y las experiencias posibles que conforman la trama de "ser de zona norte". Los espacios de sociabilidad (Aguilhon, 2009) se concretan en una serie de redes con nodos ubicados en los barrios y las localidades ya indicadas.

Salir al espacio público, en la trayectoria biográfica de los jóvenes de clase media alta, implica asumir algunos recorridos e instituciones que se comparten con otros sectores de clase: tomarse el tren o el charter¹³ bien temprano para llegar al "centro", o trasladarse y durante la semana residir en algún departamento o casa que la propia familia o algún familiar tiene en alguno de los barrios mencionados. Reunirse en el centro con amigos –los del secundario, los del club y los de la universidad–. Habitar un espacio que a veces se reconoce como diverso y a veces como homogéneo, o que se construye en función de "reconocerse". Ese punto o espacio de referencia es algo que se lleva, se porta y, aunque no se conozcan personalmente, se percibe y habilita una cierta pertenencia y grupalidad. Nuevamente Belén y Felicitas:

Entrevistador: Una de las últimas preguntas que tengo para hacerles: ¿Tiene algo, físicamente, de aspecto, un chico de CUBA, o una chica de CUBA, tiene algo distinto en relación con el resto de la sociedad, que ustedes lo vean? En general, digo, generalizando [...].

F: No, te das cuenta de que un chico es más o menos parecido a vos por cómo se ve, o sea, vos te das cuenta de que pertenece a tu mismo grupo social, sigue tu mismo..., qué se yo, no sé, vos te das cuenta, cuando en mi facultad [de Derecho], no tanto porque van todos vestidos de traje, igual hay una diferencia, vos tenés al pibe que va vestido de traje como que, no sé, a mí me parece más lindo porque estoy acostumbrado a un pibe que va con un traje medio pardo, qué se yo [risas].

13. Colectivo que sale directamente de la localidad, con algunas pocas paradas previas, y que va por autopista hasta el "centro" de la CABA, en menor tiempo que el que demoraría un colectivo de línea.

E: Se lo ve, digamos, es evidente.

F: Yo creo que sí, no con las mujeres tanto, bah, no sé si los pibes lo notan tanto... Igual con las minas también.

B: Yo qué más que nada de la diversidad que hay en mi facultad me doy cuenta fácil, digamos.

E: Te resulta...

B: Me doy cuenta fácil de las mujeres que, más o menos, son como yo, están en mi situación, que fueron a un colegio privado capaz, y que por ahí son miembros de un club y las que no...

E: Y no sé cómo hacer, porque es como llevar imagen a palabras, es traducir un lenguaje a otro, pero ¿qué cosas?, me doy cuenta del tipo de vestimenta que me parece lindo y feo digamos, o no tan linda, digamos...

B: Sí, el pelo largo en las mujeres

E: ¿El pelo largo?

B: Sí, parezco una hueca diciendo esto.

F: Sí, es que siempre tienen el pelo largo.

E: ¿Por qué te sentís una hueca?

[Risas].

B: Pero sí, generalmente la gente que...

E: ¡Ah, mirá el pelo largo!

F: ¿Qué más?

E: Por ahí, viendo los pibes, también los varones, porque yo estoy tratando de ver eso también, porque según me dicen ustedes son de CUBA no porque vivan en un barrio que tiene características particulares, son de CUBA también, o no sé si de CUBA, ampliaría el grupo digamos social, físicamente ustedes pueden distinguirse de otra gente...

F: Sí.

B: Sí, me parece que es muchísimo más amplio que CUBA... Es URBA.¹⁴

[Risas].

E: ¿Qué dijiste?

B: La URBA [risas].

F: La URBA dice la pelotuda.

E: Ah, URBA, claro.

B: ¡Es verdad!

F: ¡Qué profundo! [risas].

14. Unión de Rugby de Buenos Aires. Es la federación de clubes de rugby que reúne los primeros clubes creados en la Argentina; por ello la presencia de un club de la ciudad de Rosario, y clubes de la región AMBA y de algunas ciudades de la provincia de Buenos Aires.

B: No sé, ves un flaco y pasa que es un chico de Alumni,¹⁵ o que te parece, o es de CUBA, pero si es de CUBA lo conocés, y te das cuenta de que estás... [risas].

(Entrevista a Belén y Felicitas, CABA, 14 de junio de 2010)

Es interesante observar aquí la posibilidad de hacer del espacio público un espacio para reconocer al que forma parte del “nosotros”. Es un reconocimiento que se porta y que construye la percepción sobre sí y sobre los otros. Como dice Merleau-Ponty, el movimiento y la percepción se realizan a través y en diferentes coordenadas virtuales, que permiten ubicar y ubicarse y, en este caso, percibir corporalmente a aquel que forma parte del mismo espacio social, el que comparte el estilo de vida, el espacio de referencia que, a su vez, otorga pertenencia.

Es, además, en este caso, el reconocimiento de una vergüenza. Belén se da cuenta de que sus compañeras universitarias “son todas superficiales”, puesto que no tienen los mismos valores que ellas, valores que rescatan de su familia, del club y de la escuela católica. De allí la advertencia que hacen de sonar al hablar sobre cómo se reconocen y distinguen, por la superficie. Hablar del reconocimiento corporal-kinésico implicaría una superficialidad discursiva, que se salva con el análisis moral que se hace de los sujetos. Pasan de la diferencia física al comportamiento y la consideración moral. La “profundidad” de la persona y de sus vínculos se trasluce en el reconocimiento intersubjetivo según la percepción nativa. Como señalaba Merleau-Ponty (2002), ese reconocimiento también está dado por la habitualidad, por un sentido común donde los movimientos propios y de los otros son reconocibles de modo “natural”. Salir de esa naturalidad implica risas, incomodidad, la exposición a un discurso que parece ser políticamente incorrecto para la manera en la que ellas mismas conciben a la persona, y específicamente, a la persona que pertenecería corporal, institucional y espacialmente a su círculo social, a la zona norte, o a la “URBA”.

El relato de Belén continúa, situándose en el tren San Martín, que toman para ir y venir desde el centro hasta Villa de Mayo. Es ahí donde “te das cuenta en la manera de actuar de la gente que tiene diferente, eh, valores o apreciaciones respecto a la otra gente, no sé cómo explicarte” (entrevista a Belén y Felicitas, CABA, 14 de junio

de 2010). La percepción de la diferencia social se encarna en los cuerpos y se traduce, en su construcción, en los valores diferenciales.

Es que tanto el tren como la universidad implican para estas jóvenes el encuentro con lo diverso. Felicitas concibe la UBA como un espacio de encuentro y, a veces, de choque con “los que piensan distinto”, los estudiantes “abortistas” con los que ella discute, o los profesores que hablan todo el tiempo “de los derechos humanos”. Sin embargo, en ese espacio diverso, encuentra “gente como nosotras”, que son del mismo sector social, con los cuales, antes de conocerse personalmente, sabe que tienen “cosas en común”. Se reconocen como parte de un mismo grupo social desde su percepción corporal, y desde allí, se agrupan para defender sus ideas frente a espacios e instituciones públicas donde sus ideas o posiciones son cuestionadas.

Es interesante observar, por un lado, la cartografía institucional que se define de la sistematización de lugares: instituciones, barrios, localidades, partidos, todos ubicados y ubicables en una suerte de pedazo de la ciudad, donde están las posibles y actuales redes de sociabilidad. No se trata de toda la zona norte en términos de la geografía político-administrativa del territorio: la pertenencia terminaría cuando empieza la pobreza, no ignorada, por cierto, sino instituida como barrio pobre o carenciado a partir de las prácticas de solidaridad característica de estos grupos sociales (Fuentes, 2012).

Por otro lado, en el discurso, no es la explicitación de la ubicación geográfica la que traza lo que denominan el “círculo social”. En este caso, es la red de clubes de rugby lo que demarca un posible campo de sociabilidad en Buenos Aires. Hay allí, además de una asociación entre corporalidad, percepción y reconocimiento de un nosotros con un determinado estilo de vida, una fuerte ligazón con lo que hemos etnografiado en cuanto a la asociación entre rugby y clase social (alta) en Buenos Aires. Además, algo no menor, es el presupuesto de género el que define esa pertenencia, ya que se trata del rugby masculino. Y, nuevamente, si se ingresa en la variable territorial, se confirma la “zona norte”. Ni Felicitas ni Belén tienen amigos en Quilmes o en La Plata, por nombrar dos localidades ubicadas en la zona sur del AMBA y que cuentan con tradicionales equipo de rugby integrantes de la URBA. La asociación entre rugby, zona norte y distinción es un presupuesto de la conversación,¹⁶ que se comprende en una trama cultural más general donde cobra sentido el diálogo.

15. Club deportivo, importante también en el rugby masculino.

16. Fuentes ha analizado esta relación en otros trabajos (Fuentes, 2012).

Ser de zona sur o del oeste

La periferia de la CABA está constituida por populosos cordones que, en líneas generales, se van empobreciendo progresivamente hacia el sur y el oeste. Mientras, al salir de la capital en dirección norte, encontramos zonas que dan continuidad en el trazado urbano, al hacerlo en dirección sur y oeste pasamos a localidades y barrios donde el límite con la capital implica una ruptura tajante en el estilo de las edificaciones, la dotación de servicios y la disposición urbana, entre otros diacríticos observables a simple vista. Nos encontramos, por ejemplo, con antiguos barrios obreros, con casas construidas con los Planes Federales de Vivienda, con aglomerados urbanos que alguna vez estuvieron desconectados de la capital y hoy resultan accesibles por autopistas. Las villas y los *countrys*, las nuevas edificaciones y los barrios históricos, como los de los antiguos empleados ferroviarios, se disponen de manera contigua y discontinua, en un verdadero despliegue material de las desigualdades sociourbanas. A eso se suman, completando el paisaje, enormes galpones abandonados, que son monumentos al pasado industrial. Aunque no hace falta salir de la capital para encontrar fábricas de la antigua zona industrial, ya que en la zona sur de CABA se ubican polos industriales, abandonados cerca del puerto, y espacios que estaban pensados como "pulmón verde", y hoy están ocupados por los asentamientos y las villas más populosas de esta ciudad. Más allá, en "provincia", hacia el sur, este paisaje se acentúa, sumado a la progresiva falta de servicios públicos a medida que nos alejamos del centro y nos metemos en el segundo cordón del conurbano bonaerense.

Cuando se conversa con los instructores y los directivos de las escuelas de formación policial de la Policía Federal, se encuentra algo común en su caracterización de la población de ingreso. Resaltan que más del 50% de los aspirantes que entra cada año es del conurbano bonaerense, y que de éstos más del 90% son de las zonas sur y oeste. El resto se reparte entre aspirantes provenientes de la capital y del interior del país. Estos datos van siempre acompañados de otras dos características: una da cuenta de las trayectorias laborales de los aspirantes, y otra, de los estereotipos que existen en la institución sobre sus lugares de origen.

Una alta proporción de ingresantes tiene como última experiencia laboral haber sido empleados bajo relación de dependencia o trabajadores autónomos. Entre los primeros, se destacan aquellos

que trabajaron en comercios y, entre los segundos, en la construcción. Una proporción similar, al menos para los últimos tres ingresos, es la de trabajadores desocupados que ingresan a la fuerza sin experiencia laboral reciente, lo que los caracteriza como jóvenes y de débil inserción en el mercado laboral, experiencias de contratación precarias y ninguna relación previa con un empleo estatal.

A partir de estas condiciones y la información sobre sus barrios de origen, edifican los estereotipos mencionados. Se refuerza la idea según la cual los aspirantes provienen de los mismos barrios que los delincuentes y que transitan sus mismos circuitos. Ése es uno de los principales motivos invocados para generar una separación tajante entre esa vida civil y la vida policial que comienza con la etapa formativa.

Una de las formas en las que las escuelas ratifican una separación entre la vida civil previa, con sus hábitos, relaciones y espacialidad reales o supuestos, y la formación policial en curso, es el aislamiento, parcial o total. Para el caso de los cadetes que aspiran a formarse como oficiales de policía, deben cumplir con un año de régimen de internado de los tres con que completan la formación. En el caso de la escuela de suboficiales, si bien no hay régimen de internado, los aspirantes deben ingresar a primera hora de la mañana y retirarse a las 19. Los obstáculos que esto supone para muchos de los aspirantes es atravesar las distancias que separan las escuelas de formación y sus hogares en un horario en que el transporte público aún observa muy baja frecuencia de funcionamiento. A las diez u once horas diarias de permanencia en la escuela, se suman, en esos casos, otras cuatro horas de transporte que reafirman una distancia no sólo geográfica sino también simbólica. Distancia entre dos espacios radicalmente distintos por los que se transita pero de los cuales se espera, también, que se ejerza un pasaje que implique, de algún modo, una conversión entre formas de vida diferentes. Ésa es una de las formas en que la separación toma forma y puede ser leída como el modo en el cual se establece la diferenciación con los espacios de origen. Las distancias geográficas y sociales toman forma en los relatos y en las representaciones sobre la vida de los aspirantes, y constituyen buena parte de los estereotipos¹⁷ mencionados: en una

17. Según Hall, la estereotipificación es una práctica representacional que funciona esencializando, reduciendo, naturalizando y estableciendo oposiciones binarias, y opera en el juego del poder a través de la producción de hegemonía (Hall, 2010).

conversación con un instructor de la escuela de aspirantes –donde se acababa de recrear un ejercicio en el que se practicaban técnicas de detención de personas–, el instructor había quedado sorprendido por la actuación de uno de los aspirantes, a quien le correspondía hacer las veces de un delincuente. Al terminar, indicó que había imitado “a la perfección” los gestos y movimientos de un *pibe chorro*: “El problema es que vienen de los mismos barrios que los delincuentes”, concluyó. Según este instructor, el origen barrial de los ingresantes aparece como un problema para la Policía. Hay que solucionarlo, hay que igualarlos, se necesitan uniformes porque, de ese modo, cuando alguien dialoga con un policía, no lo hace con una persona sino con toda la institución. La individualidad es vista como un problema, más aun en personas que proceden de espacios residenciales y laborales “devaluados”; y la formación consiste en lograr que el agente público sostenga una imagen institucionalmente aceptable, que se exprese en el cuerpo, el lenguaje y el proceder. Es a partir de este diagnóstico como se generan los mecanismos para la separación entre el mundo cotidiano de los jóvenes civiles de barrios populares, vistos por la institución como jóvenes sin rumbo (“que se la pasan en la esquina”, un espacio de sociabilidad asociado al delito y “la vagancia”), y los espacios de formación policial, distantes espacial –y moralmente– de los primeros.

Aparecen asociados a este tránsito al menos tres dispositivos. El primero es el procesamiento y registro estadístico para conocer la población de estudiantes: de dónde vienen, qué han hecho antes y qué vínculos familiares tienen con miembros de la institución son los datos más significativos que se relevan. El segundo es la disciplina, pensada para generar una nueva forma de sociabilidad extrabarrial y la revisión de la propia vida “posconversión”. El tercer elemento es el aprendizaje de normas de urbanidad y cortesía que igualen, incluso hábitos que no parecen directamente vinculados con la tarea policial, como ser: comer la fruta con cubiertos, la limpieza de las servilletas, del uniforme, el vocabulario a utilizar y la presencia personal, entre otros. Son prácticas que involucran la motricidad y la gestualidad, en el intento de la producción de una corporalidad homogénea y autorregulada. Esto responde a lo que Mariana Sirimarco señala como existencia, en la formación policial, de una separación tajante entre la vida civil y la institución policial, a través del cual deben pasar los aspirantes a policía. Este pasaje se basaría, según la autora, en el ejercicio de la disciplina policial,

aprender del mando, transformar el cuerpo y los hábitos de la vida cotidiana (Sirimarco, 2009: 22).

Problematizar la propia historia y los espacios donde ésta ha transcurrido es una de las formas que adopta, en la incorporación a la Policía, el tránsito del barrio al trabajo. Al preguntarle a un aspirante sobre cómo su familia y sus amigos “tomaron” la idea de que se hiciera policía, respondió:

Y... [los amigos] no te entienden, pero está bien porque de última los que son verdaderos amigos se quedan y el resto no, acá te dicen eso, que a uno lo acompaña en esta vida la gente que realmente vale la pena. Pero el tema es que yo casi no estoy en mi casa y salvo los fines de semana que ya ni salgo, porque no se puede, vos por ahí salís y... y, qué sé yo, vas al boliche, salís a bailar y se arma quilombo y no podés hacer ninguna, porque vos sos funcionario público y si te metés en una pelea perdés el trabajo y si no te metés se pudre todo con tus amigos. (Entrevista a aspirante a suboficial, agosto de 2011)

Esta separación se produce a partir de una inmersión en los ritmos y los estilos de vida que supone el trabajo policial; este estilo de vida también puede ser leído (como en el caso de las hermanas de Barrio Norte) como parte de un deseo o una expectativa construida y reproducida en esa trama cultural. De este modo, las largas jornadas de permanencia en las escuelas están diagramadas para “imitar” los días laborales sin descanso que caracterizan los turnos de trabajo policial. El manejo del cansancio corporal, aprender a sostener la atención y a estar separado –geográfica y socialmente– de la vida familiar por largas horas son circunstancias que se recrean en las escuelas:

Entrevista a tres aspirantes. Cuando les pregunté por el tiempo de viaje, dos de ellas contestan que tienen tres horas para llegar a la escuela y otras tres horas para volver. La otra chica vive cerca de la escuela, sólo necesita media hora en el tren del ramal Sarmiento. Cuando les pregunté cómo administran el tiempo que les queda para estudiar, una de ellas dice: “Yo trato acá de estudiar apenas termino, de irme de acá libre, sinceramente no me llevo la mochila de acá porque salgo a la puerta y soy mamá y nada más que mamá, no agarro un papel en mi casa porque no, porque el

tiempo es para estar con mis hijos". [...] Les pregunto si no aprovechan el viaje para estudiar y me dicen que "salvo que sean hojas pasadas en borrador no vamos a andar con la ley orgánica porque no se puede. No, porque la ley orgánica dice PFA, tiene el escudo y hay que tener cuidado, así como de no salir vestidos ni peinados como aspirantes. (Escuela de suboficiales, septiembre de 2011)

En estos relatos, se puede leer, además de la distancia, el peligro de ser identificados como policías por otros que puedan sentirse amenazados a partir de esa presencia. Las estrategias para disimular esta pertenencia van desde cambiarse los lustrados zapatos a utilizar gorros para ocultar el corte de pelo obligatorio, usar bolsos deportivos no identificados con siglas policiales para trasladar el uniforme o esconder los apuntes en carpetas que tampoco estén identificadas. La intención de pasar inadvertidos hasta que puedan portar armas y, eventualmente, defenderse, aparece en las justificaciones sobre este hábito de intentar pasar desapercibidos en sus barrios.

Así, si bien los tránsitos entre el mundo barrial/familiar y el mundo policial son inevitables, la institución busca establecer una separación fuerte entre ambos, sustentada en una marcada distancia moral, muchas veces reforzada por las distancias físicas y los tiempos que éstas insumen.

Palabras de cierre

Existe un presupuesto dado por sentado en los dos "casos" analizados aquí: la situación educativa. No se trata de analizarla, puesto que no era un objetivo de este trabajo. Sin embargo, el análisis de las dimensiones espaciales y morales de los recorridos de estos jóvenes nos conduce a un punto de encuentro: el acceso a los estudios superiores (Universidad y Escuela de Policía). Se trata de dos tipos de instituciones y de estudios que gozan de desigual prestigio; así nos lo muestra el policía que se lamentaba por no haber podido estudiar abogacía y, con ello, jerarquizar su posición. Pero ambos casos tienen por lo menos dos rasgos en común. Por un lado, la cuestión de que el acceso a los estudios superiores da sentido al esfuerzo por transitar la ciudad. Se crean trayectos urbanos en el presente que apuntan a delinear trayectorias laborales futuras (y sus posiciones económicas y sociales asociadas). Por otro, la ciudad es el soporte de

posibles espacios de encuentro, no necesariamente generando relaciones interpersonales cuerpo a cuerpo, pero en ese convivir hay representaciones cruzadas, morales en tensión, y nodos entre circuitos diferentes y desiguales.

Producir un texto donde se registre la visión de actores sociales diversos sobre sus posiciones, sus percepciones y el espacio urbano nos ha llevado a comprender las lógicas de construcción de las relaciones sociales sobre el eje espacio y moral que, como hemos visto, atraviesa tanto a los jóvenes de zona norte como a los jóvenes ingre-santes a la Policía Federal desde el oeste y el sur. ¿Qué se comparte? El registro etnográfico muestra un modo de clasificar, usar y recorrer el espacio urbano por medio de taxonomías y sentimientos diferentes según el grupo. La marca que el espacio deja en los actores y la construcción espacial de la ciudad que hacen ambos grupos nos indican la pertinencia de considerar lo moral para el análisis de lo "común" o lo público. Si bien la distinción no se carga solamente en torno a la regionalización (zona norte), es en circuitos, instituciones, lenguajes, modos de moverse donde los tránsitos por los lugares en la ciudad cobran sentido y son valorados positiva o negativamente. Recuperamos aquí la idea de que los lugares son acumulaciones de significados (Hiernaux y Lindón, 2004). Los actores les otorgan a los espacios urbanos determinados sentidos que están en relación con sus trayectorias (profesionales, educativas, sociales), en torno ya sea a los espacios que recorren en sus trayectos cotidianos, ya sea a las zonas que forman parte del mismo espacio de referencia (pedaços), y que les brindan una gama limitada de opciones por las cuales circular y concebir sus espacios de residencia o de desarrollo profesional. Pero, además, los espacios también son moralizantes: se cargan sobre la trayectoria biográfica o profesional de los individuos, sobre los espacios a habitar o evitar, impregnan el reconocimiento intersubjetivo y corporal, y la necesidad de transformar, por medio del tiempo (antes/después), las clasificaciones morales sobre el espacio transferidas a los actores. Las clasificaciones morales y, por lo tanto, jerarquizadas en polos extremos –bueno/malo; seguro/inseguro; prestigio/estigma– son trasladadas de los espacios a los sujetos, como si se trasladara una relación social de un campo social a otro. Estos pares opuestos de los que estamos hablando, en términos de moralidades, pueden ser explicados según el mecanismo de emulación (Tilly, 2000), por el cual se trasladan jerarquías y relaciones de un espacio social desigual –en nuestro caso, zonas, manchas, regiones, barrios con mejor/

peor infraestructura, o con una calificación moral positiva/negativa—hacia los sujetos que viven en ellas, las recorren, trabajan, etc. La relación es, como escribimos al inicio del texto, dialéctica. Los espacios “cargan” moralmente a los sujetos, y los sujetos dan sentidos morales a los espacios que habitan y transitan.

Bibliografía

- AGULHON, M. (2009), *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- APPADURAI, A. (2001), *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, México, FCE.
- DEL CUETO, C. (2007), *Los únicos privilegiados. Estrategias educativas de familias residentes en countries y barrios cerrados*, Buenos Aires, Prometeo-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- FUENTES, S. (2012), “Solidaridad y misión. Análisis de las prácticas y discursos morales y religiosos en jóvenes de sectores medios altos y altos”, en R. Borobia (presidencia), *III Reunión Nacional de Investigadores en Juventudes de Argentina (RENIJA)*, llevado a cabo en la Universidad Nacional del Comahue, Viedma, Argentina.
- HALL, S. (2010), “El espectáculo del «Otro»”, en Stuart Hall, *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (1997), Popayán-Lima-Quito, Envión Editores-IEP-Instituto Pensar-Universidad Andina Simón Bolívar, pp. 419-446.
- HIERNAUX, D. y A. LINDÓN (2004), “La periferia: voz y sentidos en los estudios urbanos”, *Papeles de población*, año 10, N° 42, pp. 100-23.
- MAGNANI, J. (2002), “De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 17, N° 49, pp. 11-29.
- MERLEAU-PONTY, M. (2002), *Fenomenología de la percepción*, Madrid, Editora Nacional.
- RAPPORT, N. (1997), “The morality of locality: on the absolutism of landownership in an English village”, en S. Howell (ed.), *The Ethnography of Moralities*, Nueva York, Routledge, pp. 74-97.
- SIRIMARCO, M. (2009), *De civil a policía. Una etnografía del proceso de incorporación a la institución policial*, Buenos Aires, Teseo.
- SVAMPA, M. (2001), *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires, Biblos.

TILLY, C. (2000), *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial.

TIRAMONTI, G. y S. ZIEGLER (2008), “La dinámica de selección de los sectores de privilegio”, en G. Tiramonti y S. Ziegler (comps.), *La educación de las elites. De aspiraciones, estrategias y oportunidades*, Buenos Aires, Paidós.

¿Fuera de lugar? (In)visibilidades, conflictos y usos del espacio público

Carlos Galimberti y Ramiro Segura

Introducción

Esa noche [se refiere al 25 de julio de 2008, en plaza San Martín] nos estábamos yendo como a las diez y media, once, ya teníamos todo guardado. Habíamos lavado todo y de repente empezamos a escuchar gritos, corridas, y cuando nos dimos cuenta había un grupo de, no sé, quince personas que estaba corriendo a los chicos por la plaza. Fue..., fue como raro porque entre esa gente había un tipo gordo grandote que estaba con handy y hablaba con... A ver cómo te explico. Nosotros vimos al chabón este hablando por un handy y varios grupos de gente corriendo a los pibes por diferentes lados, que se bajaron de distintos autos que estaban estacionados alrededor de la plaza. Por lo menos cuatro autos, se bajaron tres o cuatro personas de cada uno de los autos. Y esas personas venían con cadenas, con cuchillos, con palos. Ese día le pegaron bastante a uno de los chicos, lo lastimaron en la boca. Después... nosotros automáticamente fuimos a ver qué pasaba, a defender. Y se nos acercó una mina que nos mostró un arma de fuego, nos dijo que era policía, que nos rayamos. Y no nos fuimos, nos quedamos ahí, le gritamos, agarramos a los que pudimos agarrar. Pero todos tenían armas blancas, cuchillos, palos, cadenas, había incluso un pibe que venía con un palo con un cuchillo atado con alambre en la punta, tipo lanza, corriendo a un pibe de 9 años. Uh... ese día fue una locura. (Entrevista a Agustín, integrante de Autoconvocados por los Derechos de los Pibes de la Calle, 21 de julio de 2010)

La ciudad de La Plata es la capital de la provincia de Buenos Aires y, debido a su particular historia urbana, se encuentra dividida

en dos grandes espacios contrastantes: su casco urbano y lo que se denomina el Gran La Plata. El casco urbano fundacional, producto de un proceso de planificación urbana, se caracteriza por la presencia de diagonales que atraviesan toda la cuadrícula y facilitan la circulación. Además, está compuesto por un conjunto de espacios verdes, plazas, parques y un bosque. Más allá del cuadrado fundacional, encontramos el Gran La Plata o, como se lo llama coloquialmente, las “afueras” de la ciudad. De un lado, se encuentran las localidades de Ensenada y Berisso, partidos autónomos que no dependen políticamente de la Municipalidad de La Plata. Por otro lado, hay un conjunto de barrios representados en centros comunales, como City Bell, Gonnet, Tolosa, Ringuelet, San Carlos, Los Hornos, Hernández, Gorina, Villa Elisa, Villa Elvira, Altos de San Lorenzo, entre otros. De esta manera, dentro de la ciudad, se identifican dos espacios urbanos: el centro y la periferia urbana.

La plaza San Martín es uno de los principales espacios públicos verdes del centro de La Plata y se encuentra rodeada de emblemáticos edificios públicos: la Casa de Gobierno y la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, y el Centro Cultural Municipal Pasaje Dardo Rocha. Allí, el 25 de julio de 2008 por la noche, un grupo de adultos atacaron con cadenas, fierros y armas blancas a un grupo de alrededor de veinte chicos y jóvenes de barrios de la periferia que habitualmente pasaban sus días –y en ese tiempo también sus noches– en ese lugar. La centralidad geográfica y simbólica de la plaza, y su cercanía con la sede central de la Policía de la Provincia de Buenos Aires,¹ levantó sospechas, entre los denunciantes del hecho y parte de la población, acerca de la participación policial en el acontecimiento. Algunos hablaron de “zona liberada” por la policía para que actúen los atacantes; otros sostuvieron la directa participación de policías vestidos de civil en la agresión.

En un contexto de discusión sobre la inseguridad urbana, la baja en la edad de imputabilidad, y la sanción y la implementación de un nuevo paradigma sobre la infancia anclado en la promoción de los derechos, la agresión dinamizó la discusión y el debate acerca de la juventud, la inseguridad y el derecho de acceso a la ciudad. En este capítulo, abordamos este acontecimiento como un espacio-tiempo singular, que permite reflexionar sobre las líneas de fuerza

que se articulan en los modos dominantes de regulación de los usos del espacio público urbano. Éstos se traducen, a su vez, en un acceso desigual al “derecho a la ciudad”, en particular por parte de jóvenes de sectores populares que residen en la periferia de La Plata.

Hemos podido captar algunos fragmentos de este proceso desde diversos lugares porque estábamos realizando trabajo de campo con sectores directamente vinculados al acontecimiento. Uno de nosotros² se encontraba realizando trabajo de campo en un barrio popular cuando ocurrió la agresión. Por esto, tuvo acceso directo a la perspectiva de los residentes del barrio sobre la situación de los jóvenes y al “durante” que el acontecimiento abrió: las formas en que circuló la noticia de la agresión en el barrio, el progresivo reconocimiento por parte de los vecinos de que algunos de los jóvenes agredidos vivían en el barrio, las posiciones y los dilemas de algunos militantes políticos y sociales del barrio con los reclamos posteriores, la participación de muchos residentes en las marchas que inmediatamente se sucedieron en el centro de la ciudad. El otro³ tomó como objeto de investigación la conformación como actor colectivo de los “Autoconvocados por los derechos de los pibes de la calle”, que meses más tarde se denominaría “Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez” (APDN), lo que supuso retrotraerse a los inicios de las prácticas de solidaridad de aquel grupo con los chicos y de las demandas al Estado. Fueron abordados los procesos de politización de aquellos integrantes y la problemática de los jóvenes que se encontraban en situación de calle.

La puesta en diálogo de nuestras investigaciones, a través de la articulación de registros diferentes y la relación de puntos de vista disímiles acerca de “un mismo” acontecimiento, nos permitió complejizar la comprensión del fenómeno, reponiendo la plurivocalidad y la multiplicidad constitutivas de las dinámicas urbanas. De esta manera, el diálogo y los disensos entre los puntos de vista de

1. La comisaría 1ª de La Plata se ubica en la avenida 53, entre las calles 8 y 9, a menos de doscientos metros de plaza San Martín.

2. Ramiro Segura estaba realizando trabajo de campo en Altos de San Lorenzo, en el marco de su investigación doctoral que culminó con la tesis “Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata” (2010).

3. Carlos Galimberti estaba realizando entrevistas a militantes que participaron de los orígenes y la conformación de la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez, en el marco del trabajo de investigación que culminó con la tesis de Licenciatura en Sociología “Politización, participación política y acción colectiva: la emergencia y conformación de la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez en la ciudad de La Plata en 2008” (2012).

los residentes de un barrio periférico de la ciudad de La Plata, de un grupo de militantes que realizaron acciones colectivas en el centro de la ciudad y de los medios de comunicación, nos permitieron captar las formas de regulación de los usos de los espacios públicos urbanos y el lugar de los jóvenes de sectores populares en dichas lógicas.

Un lugar complejo en el barrio

Puente de Fierro es un asentamiento ubicado en el Centro Comunal Altos de San Lorenzo, en la periferia urbana de la ciudad de La Plata. Establecido en 1994, se trata del asentamiento más antiguo de la zona. Cuenta con una vasta densidad organizacional en términos de presencia de organizaciones políticas, comedores comunitarios e instituciones públicas. Se encuentran al menos seis comedores, dos iglesias (una católica, otra evangélica), diversas organizaciones políticas pertenecientes al peronismo y la izquierda que militan activamente, y existen además sólidos vínculos con distintos programas y políticas sociales de la provincia de Buenos Aires y el municipio.

Durante el trabajo de campo, constatamos que algunos jóvenes del barrio constituían, para los demás habitantes de Puente de Fierro, una fuente de preocupación cotidiana. Un "problema" vinculado específicamente con la inseguridad que algunos generaban y el riesgo que representaban para otros chicos y para la vida cotidiana en el barrio. Zulma,⁴ una mujer de 50 años, procedente de Chaco y madre de siete hijos, exigía "que haya más seguridad para los chicos", a la vez que señalaba a otros jóvenes del barrio como fuente de peligro:

Yo a la noche no les dejo salir a hacer mandados, por que tengo miedo. Están todos tomando, drogándose, por ahí se pierde una chica, se la llevan por ahí, la violan, la matan, y una no sabe nada, una está confiada que la nena se fue a comprar, ése es el miedo que yo tengo.

En la misma dirección, Rufina, quien también llegó al barrio desde Chaco, junto a Zulma, reclamaba "que vengan los políticos a ver cómo hay chicos en la calle, no tenemos luz, es un peligro, corren acá los pibes con revólver, sin ir lejos anteanoche, los tiros, vos sabés los policías cómo corrían, y nosotros que estábamos acá cerquita, estamos con el corazón en la boca, es un peligro".

María, referente de un comedor, señalaba que "estos chicos" representan el "único problema", y contaba que "entran y te roban y en la noche tenés que... a veces dormís un rato, sentís un ruido y te tenés que quedar medio despierto". Anhelaba poder estar tranquila y decir "bueno, me voy y dejo mi casa, sé que voy a volver y encontrar todas mis cosas. Pero decís «me voy a cenar con un pariente y vuelvo», no podés, prácticamente ahora no se puede. Ellos te están vigilando si estás en tu casa, si hay movimiento o si no hay. Lo que más me gustaría que cambie es que sea más seguro".

De manera similar a lo descripto por Saraví (2004) para una zona sur del conurbano bonaerense, en Puente de Fierro muchos de los jóvenes del barrio no tenían lugar: se encontraban fuera de la escuela (los índices de deserción eran elevados), fuera de la casa (espacio de los adultos, generalmente de pequeñas dimensiones) y fuera del mercado laboral formal. De los cientocuatro chicos y chicas del barrio menores de 19 años que durante el 2008 participaron en un programa del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires, sólo el 47% asistía regularmente a la escuela, mientras que el 18% asistía irregularmente, el 9% no concurría desde hacía menos de un año, y el 26 % había abandonado. El 45% estaba o había estado vinculado a actividades delictivas, y el 47% permanecía en las esquinas o deambulando en el barrio la mayor parte del día.⁵ Desde nuestra perspectiva, la ocupación de esquinas y descampados, que tanto temor generaba en muchos residentes adultos, lejos de hablarnos de una apropiación y un dominio juvenil del espacio barrial, señalaba el repliegue hacia el único lugar y tiempo disponibles para ellos. Es precisamente este panorama cotidiano el que ayuda a comprender por qué, tanto desde las políticas estatales desarrolladas en el espacio barrial como desde las organizaciones barriales, se implementaban diversas actividades que los tenían

4. Con vistas a preservar el anonimato de nuestros informantes, en este trabajo los nombres de la totalidad de las personas y de ciertos lugares han sido cambiados.

5. Agradecemos a los responsables del aludido programa el habernos facilitado el acceso a los datos de su relevamiento.

como foco de acción: cursos de educación sexual, talleres de arte, capacitaciones laborales, entre otras.

Como se puede observar en lo descripto anteriormente, la problemática de los jóvenes estaba instalada en los espacios residenciales periféricos con anterioridad a la agresión perpetrada en el centro de la ciudad. Pedro contaba que jóvenes del barrio “se drogaban, le robaban la comida a los chicos [del comedor], no se podía estar más” y que fue en este contexto donde “se empezó a armar la mesa [la mesa técnica] el día lunes en la que se busca la manera [de tratar a los jóvenes]”.⁶ Una vez constituido el “problema”, en diversos espacios de interlocución barrial las discusiones pasaron por las formas de intervenir sobre esa realidad definida como “problemática”. Pedro señalaba que le “da bronca el tema de la asamblea [barrial],⁷ en las reuniones que hacemos, no avanzamos mucho”, y en la misma dirección María recordaba:

Cuando empezó la asamblea acá, que las maestras pedían por los chicos, los chicos chorros estos. Nos daban todo pero a largo plazo, una solución, nosotros necesitábamos lo más urgente posible en ese sentido, ellos nos daban todo a largo plazo... ¡A largo plazo es más fácil que viniera el 911!”

Las formas de intervenir en la situación y el lugar de la Policía en esas alternativas abrieron de manera recurrente una brecha entre los participantes. Mónica relataba que, junto con otros dieciséis

6. La “mesa técnica” surgió por la iniciativa de profesionales que trabajaban en Puente de Fierro y pertenecían a distintas dependencias públicas, como el Hospital de Niños, el Centro de Prevención de las Adicciones (CPA) dependiente del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires, diversos programas del Ministerio de Desarrollo Social, el Centro de Orientación Familiar (COF) de la Dirección General de Educación y Cultura de Provincia de Buenos Aires, entre otros. Se podría decir que la finalidad fue integrar “por abajo” un conjunto de agencias gubernamentales que intervenían en la dinámica local. Para esto, se articuló también con organizaciones sociales y políticas del barrio. La “mesa técnica” se reunía semanalmente en el comedor de una de las organizaciones barriales.

7. La “asamblea barrial” surgió a la luz de un reclamo colectivo para instalar guardería, jardín y escuela en Puente de Fierro. Con el tiempo, si bien nunca se abandonó este reclamo inicial, se fueron sumando demandas diversas. La “asamblea barrial” también funcionaba en el mismo comedor que la “mesa técnica”, y en ella participaban militantes de distintas organizaciones políticas, referentes de instituciones barriales y vecinos.

8. Número telefónico para llamar a la policía ante una emergencia.

vecinos, “hicimos la denuncia, todo tranquilo, todo bien, primero en la «cana»,⁹ en la octava.¹⁰ No nos quisieron tomar, nos fuimos a la departamental”,¹¹ y lograron vigilancia policial. Daniel reconoce que participó en la denuncia, aunque aclara:

Hicimos la denuncia no para que vengan y los caguen a tiros en la esquina, hicimos la denuncia dejando constataado que a estos chicos, cuando se los lleven presos, no los larguen a las dos horas, sino que busquen, porque yo creo que hay muchas instituciones, me dijeron a mí que hay muchas instituciones, que los deriven a instituciones que lo puedan ayudar al chico, porque no sirve de nada que lo tengan dos, tres horas y lo larguen de nuevo.

Para Mónica ésta fue una de las cuestiones que la enfrentaron con otros referentes barriales, como Juana, porque ella apaña a los chorros. Uno es el hijo de ella y ahí en la esquina, a la noche, se juntan por ahí, y ahí están, vos pasás el sábado tipo 9 o 10 de la noche y están apilados ahí afuera. Además, cuando ella se enteró que se hizo la denuncia, nos amenazó y nos dijo que nos iba a mandar los chicos de ella, los chicos chorros.

Yendo al centro...

Para los jóvenes de Puente de Fierro, tampoco era sencillo ir al centro de la ciudad, por el estigma territorial (Wacquant, 2007), que reducía sus posibilidades de accesibilidad y circulación por el espacio urbano. Los relatos de los jóvenes del barrio (y, muchas veces, de sus madres) sobre su experiencia urbana coincidían con el relato de la estigmatización “centrado en la vivencia continua de un estigma en el barrio, del hostigamiento y el maltrato de la policía y de los patovicas en los lugares de diversión” (Kessler, 2009: 121). Como relataba Esperanza, madre de tres hijos, “no pueden ir al centro porque los tienen identificados, la policía les pregunta dónde viven, los

9. Policía.

10. Se refiere a la comisaría 8ª de La Plata, dentro de cuya jurisdicción se encuentra el barrio.

11. Se refiere a la Jefatura Departamental de La Plata, instancia jerárquica superior que incluye las distintas comisarías de la ciudad.

levantan y los llevan", y en la misma dirección –y remarcando una diferencia de género– la maestra de una escuela cercana contaba que *"cuando les digo que vamos a ir al centro los chicos dicen que no, las chicas sí, pero los chicos directamente dicen que no"*. Sin embargo, más allá de estos obstáculos, a medida que se avanzaba en el trabajo de campo, pudimos observar que era frecuente que algunos pocos jóvenes del barrio pasaran algunas tardes y noches en plazas céntricas de la ciudad. Constanza y Martina, dos hermanas de 15 y 16 años, cuentan que frecuentaban la plaza para *"pedir plata o robar algo, para pasar el tiempo"*, y se encontraban con chicos y chicas de otros barrios periféricos de la ciudad.

Una tarde, durante un taller, nos quedamos charlando con Kika, Rocío, Rama, Malena y Joanna (chicos y chicas de entre 12 y 15 años) sobre la infancia.

Entrevistador: ¿Dónde pasaron la infancia?

Rocío: Acá.

Entrevistador: ¿Rama?

Rama: En el Chaco.

Entrevistador: ¿Y Kika?

Kika: Hasta los 8 años viví en Misiones, después me vine a vivir acá.

Entrevistador: ¿Cómo fue llegar a La Plata? ¿Qué se acuerdan?

Rama: Yo cuando llegué a La Plata vivía en la casa de mi hermana, que se llama Negra, ella fue la primera que llegó acá. Me gustaba ir al centro a pedir monedas porque me hacía 100 pesos por día [risas].

Entrevistador: ¿Sí? ¿Te daban muchas monedas?

Rama: Sí, me iba a las 8 de la mañana y a las 2 ya venía para acá.

Joana: Y... sí, también eso que dice ella pero... Me acuerdo la primera vez que me fui, ellas se hacían 70, 80, hasta 100 pesos por día, y yo me hice 15 centavos [risas].

Entrevistador: ¿Por qué?

Joana: Porque era re vergonzosa, y después mi hermano no me quiso llevar más porque decía que era muy vergonzosa y no pedía nada.

Fue en el marco de "incursiones" similares a éstas, de jóvenes de la periferia pobre al centro de la ciudad, donde se produjo la agresión en la plaza San Martín.

¿Fuera de lugar? Dinámica de (in)visibilidades

A la luz de lo sucedido la noche del 25 de julio, ciertos hechos previos adquirieron una relevancia retrospectiva.¹² Existen indicios de que la presencia de las chicas y los chicos de la periferia en un espacio céntrico de la ciudad generaba malestar desde tiempo antes de la agresión, así como que la agresión no fue un hecho aislado, aleatorio o espontáneo. En definitiva, estas chicas y estos chicos fueron en primer lugar vistos, es decir, recortados como distintos y peculiares en el marco de un espacio intensamente transitado. Recién después de esta operación de visibilización, de los apoyos que se generaron en torno a ellos y de diversos intentos de expulsión, es que fueron agredidos.

El primer registro de la temprana visibilidad que tomaron en el espacio público corresponde a una nota del diario local *El Día*,¹³ del 18 de abril de 2008, varios meses antes de la agresión. En ella, se asocia la "ola delictiva", que causa preocupación en "los vecinos", con la presencia de un grupo de jóvenes que pasan muchas horas del día en la plaza San Martín, grupo que será bautizado por el diario como "La banda de la frazada", por el método que, según fuentes policiales, utilizaban para robar. Así, a través de un juego de representaciones que vincula a los jóvenes con el delito, la frazada y cierta forma de "extranjería" (puesto que no son "vecinos"), el artículo periodístico nos muestra que la presencia de estas chicas y estos chicos de la periferia en un espacio público central de la ciudad no había pasado desapercibida ni para la Policía ni para los medios. Tempranamente –¿por sus modales y sus formas?, ¿por sus vestimentas?, ¿por sus procedencias?–, llamaron la atención de la prensa local. Y, como veremos, no sólo de ella: otros usuarios habituales de la plaza y comerciantes cercanos empezaron a cuestionar su presencia.

El conocimiento de lo ocurrido la noche del 25 de julio también colocó en el ojo de la tormenta otro evento previo: la decisión, por parte de las autoridades de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, de impedir que los chicos durmieran en el *hall* semicubierto que se encuentra a la entrada de su edificio. Ubicado a escasas cuerdas de la plaza, se

12. Algunas de estas cuestiones fueron abordadas en un artículo anterior (ver Segura, 2012a).

13. El diario *El Día* es uno de los principales periódicos locales, el de mayor tirada y el más antiguo de la ciudad.

habían recibido denuncias de “perturbaciones cotidianas” en el trabajo, “agresiones” a algunos estudiantes y “la destrucción de unos vidrios de la biblioteca” de la Facultad. Lo supieran o no los jóvenes, un edificio de jurisdicción nacional es un área vedada para la policía provincial (sospechada de haber participado de la agresión).

Al mismo tiempo que eran expulsados de ciertos espacios y perseguidos de manera sistemática, arbitraria e ilegal por parte de la Policía –dato que se desprende de la cantidad de detenciones que las mismas fuentes policiales dieron a conocer a la prensa–, los chicos fueron generando “solidaridades” y “apoyos” por parte de militantes políticos y sociales. Esto se tradujo inicialmente en la organización de ollas populares por la noche en la plaza, cuyos organizadores finalmente constituyeron la agrupación Autoconvocados por los Derechos de los Pibes de la Calle. Éstos se autodefinían como un grupo:

Conformado por un conjunto de vecinos, personas, organizaciones sociales, culturales, gremiales, políticas y de derechos humanos que venimos abordando la problemática de los chicos en situación de calle y exigiendo al Estado la puesta en funcionamiento de un plan integral de atención y un hogar de día y de noche. (Comunicado de Autoconvocados por los Derechos de los Pibes de la Calle, Argentina Indymedia, 26 de julio de 2008)

En este grupo, convergieron diversos actores y organizaciones sociales y políticas. En su surgimiento, fueron fundamentales tres jóvenes “egresados” del Hogar del Padre Cajade,¹⁴ organización social que trabaja con chicos en situación de pobreza, para la inclusión social. Participaron, además, cuatro estudiantes de la Facultad de Trabajo Social que en ese momento estaban haciendo sus “prácticas”¹⁵ como

14. El nombre completo es “Hogar de la Madre Tres Veces Admirable-Obra del Padre Cajade”. Se trata de una institución que realiza, desde hace más de 25 años, trabajo de convivencia junto a un grupo de chicos de la calle en condiciones de extrema pobreza. En él se realizan emprendimientos sociales y productivos. Mientras los primeros brindan abrigo, alimento, atención médica y social a los chicos, los segundos buscan que el hogar se sostenga económicamente, y que los chicos se capaciten laboral y socialmente. Con el término “egresados”, nos referimos a jóvenes que habían transitado parte de su infancia y adolescencia en dicha institución.

15. En la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata, la Licenciatura en Trabajo Social cuenta en su currícula con un sistema de “prácticas preprofesionales” obligatorias de complejidad creciente durante los cinco años de la carrera. Cada una de las prácticas depende de

operadoras de calle por medio de unas pasantías en la Municipalidad de La Plata. En lo que respecta a organizaciones sociales y políticas, participaron activamente la Agrupación María Claudia Falcone, que realizaba un trabajo de carácter “territorial” en distintos barrios de la ciudad de La Plata (entre ellos, Puente de Fierro) y provenía del “peronismo revolucionario”, y el Ateneo Libertario, agrupación que tenía como principal lugar de reunión la Facultad de Trabajo Social, y cuya línea ideológica era el anarquismo. De las denominadas organizaciones de derechos humanos, participaron integrantes del Centro Cultural por los Derechos Humanos Hermanos Zaragoza, organización que está ubicada a dos cuadras de la plaza San Martín, que es un “espacio de reunión de diferentes sectores, donde se realizan actividades culturales y políticas, y tiene como objetivo la defensa de los espacios de expresión alternativos contra la «elitización del arte»”.¹⁶ Y, por último, en el grupo también participaron personas que se acercaban a colaborar con la causa. Si bien no eran los que motorizaban y organizaban las ollas, algunos “vecinos” de los alrededores de la plaza se acercaban para aportar algún alimento o simplemente para dar su apoyo a la iniciativa (Galimberti, 2012).

Santiago, uno de los promotores y referente de “las ollas”, recuerda el descubrimiento de los chicos y sus primeras reacciones.

En un momento yo me tomé el micro ahí, yo vivía en 1 y 40, me tomé el micro ahí en 7, y bueno, los vi ahí, que sé yo, y pasé. Y los vi y no sé, me saludé con uno porque conocido de no sé qué conocido era... Estaba pasado, dado vuelta, y me quedé mal. Venía en el micro para mi casa pensando “che, no, no puede ser. No, pero qué voy a hacer yo si yo soy un pendejo, no puedo hacer nada”, que se yo. Y agarro y le traslado la preocupación que yo tenía a mis compañeros [...]. Yo trabajaba en la Secretaría de Derechos Humanos de la provincia, yo era empleado de ahí. Bueno “vamos a hacer una olla popular”, les digo, “vamos a hacer una olla”. Busquemos una excusa para vincularnos con ellos, nosotros no los conocemos. ¿Cómo mierda nos acercamos?, viste. El “morfi” es una necesidad concreta. Y propusimos lo de la olla.

una de las cinco materias troncales de la carrera (Trabajo Social I, II, III, IV, V) y se realiza en alguna institución u organización social.

16. <http://www.facebook.com/centro.hermanoszaragoza> (fecha de consulta: 10 de noviembre de 2011).

De este modo, comenzaron a vincularse con los jóvenes de la plaza desde mediados del mes de julio, y a partir del 20 de julio realizaron “una olla popular todas las noches, garantizando la cena y la contención de los pibes, y exigiendo al Estado provincial y municipal que se haga cargo de esta problemática”.¹⁷ Sabrina, una de las primeras participantes, recuerda:

Arrancamos con la olla popular ahí en la glorieta [...]. Nos empezamos a conocer con los chicos, medio que tenían reticencia porque tampoco nos conocían. Nosotros tampoco, teníamos ciertos miedos, porque estaba todo el..., viste, el imaginario de la banda de la frazada.

Como relató uno de sus integrantes, estas prácticas estuvieron motivadas porque los chicos de la plaza estaban estigmatizados y señalados de una manera tan perversa que “salimos a protegerlos de la manera que podíamos, con los recursos que teníamos: una olla popular para darles de comer y visibilizar que detrás de esa «Banda de la Frazada» había un montón de problemas familiares, de violencia, de alcohol, de exclusión” (ver <http://www.apdn-laplata.blogspot.com>).

De esta manera, en el curso de unos pocos meses, la visibilidad creciente de este grupo y las intervenciones contrastantes sobre ellos, por parte de una diversidad de agentes, nos lleva a caracterizar la situación como la pérdida progresiva de lo que Delgado (2007) denominó el “derecho al anonimato”. En efecto, uno de los presupuestos fuertes de la noción de espacio público es la igualdad en la accesibilidad a él y en la movilidad a través de él. Cuando esto sucede, la actitud habitual hacia los demás en el espacio público se caracteriza por lo que Goffman (1974) denominó “desatención cortés”, es decir, una forma de sociabilidad, un modo de organizar la copresencia de

extraños entre sí en los espacios públicos, que consiste en “tener bien presente la presencia de aquellos a quienes se ignora” (Delgado, 2007: 137-138). Nos encontramos ante personas que, en sus tránsitos por el espacio público, ya sea ~~para~~ circular, ya sea para permanecer en él, han conquistado el “derecho al anonimato”, lo que les permite transitar por la ciudad sin dar explicaciones. Por el contrario, a los chicos de la plaza se les negó el derecho al distanciamiento y a la reserva; dejaron de resultar desconocidos que no despiertan ningún interés, para pasar a ser detectados y localizados como individuos cuya presencia suscita situaciones de malestar, inquietud o temor (Delgado, 2007: 139). Perdieron, entonces, la posibilidad de pasar desapercibidos, el derecho de no dar explicaciones (Delgado, 1999).

Lo ocurrido nos recuerda que la visibilización/invisibilización consiste en un proceso ciertamente paradójico. Como muestran los estudios feministas del espacio urbano (Wilson, 1992; Tonkiss, 2005), no se trata de optar entre visibilidad e invisibilidad, sino de precisar cómo, con qué sentidos y en qué contextos un determinado colectivo es visibilizado o invisibilizado. En nuestro caso, no hay dudas de que la visibilización es el resultado de un supuesto implícito –“estos jóvenes no pueden estar acá”– que la propia presencia de los jóvenes cuestionaba. Simultáneamente –y de manera ciertamente paradójica–, la “pérdida del derecho al anonimato” de estos jóvenes fue la punta de lanza para la consolidación de organizaciones y acciones que buscaron visibilizar en el espacio público cuestiones relativas a la experiencia cotidiana de estas personas: la situación de los jóvenes de sectores populares en la ciudad, las políticas represivas que sistemáticamente recaen sobre ellos, y la ineficacia y la inacción de un conjunto de legislaciones y dispositivos que tienen por finalidad asegurar sus derechos.

La presencia, la persistencia y las solidaridades como un desafío

La práctica de chicas y chicos de barrios periféricos de ocupar una plaza central de la ciudad “llamó la atención” de la Policía, de la prensa, de los comerciantes cercanos, de algunos “vecinos”, de organizaciones sociales y políticas, precisamente porque su presencia y sus prácticas contradecían la –hasta ese momento implícita– “estructura de interacción” (Barth, 1977). Esta estructura dominante

17. Ver <http://www.argentina.indymedia.org> (fecha de consulta: 17 de mayo de 2012). En 2008, comenzó a implementarse la nueva reglamentación penal juvenil, cuyo cuerpo jurídico desplaza el andamiaje que desde hacía un siglo regulaba las relaciones entre los niños, los adultos y las instituciones (López, 2010, 2013). Junto con ello, “este desplazamiento supuso la incorporación de los más jóvenes dentro de la categoría jurídica de sujeto de derechos, espacio de nominación técnica que hasta entonces le era rehusado a este grupo poblacional-etario” (López, 2010: 13). Es decir, este nuevo modelo de “Protección Integral” supone el reconocimiento de un conjunto de derechos a los niños, quienes pasan de ser considerados “objetos de protección” a “sujetos de derechos”. Es así como los niños, en tanto grupo subalterno, atraviesan un nuevo proceso histórico-jurídico de traducción de sus particularidades en clave de derechos humanos específicos (López, 2010).

y naturalizada en la ciudad estipula tránsitos básicamente instrumentales para los residentes de la periferia pobre de la ciudad hacia el centro (Segura, 2012b).¹⁸ Su presencia “fuera de lugar” supuso su visibilización creciente, la consecuente pérdida de su “derecho al anonimato” y el verse interpelados constantemente a dar explicaciones sobre sí mismos y sobre lo que hacían ese lugar. A la vez, tenemos como hipótesis que, para algunos sectores poderosos de la sociedad, no se trataba sólo de una presencia “fuera de lugar”. Su persistencia en el lugar, a pesar de las amenazas y el hostigamiento policial, así como las solidaridades y los apoyos construidos fueron vistos como un desafío a la autoridad; más precisamente, como una provocación política en uno de los lugares destinados a legitimar el poder.

Manuel, participante en las primeras ollas, señala que lo que hizo que el movimiento sumara apoyos y visibilidad pública fue lo siguiente:

Era un momento que había un grupo de gente muy copada... Unos con experiencia de laburo con pibes, otros no, pero que en ese momento tenían tiempo y muchas ganas de laburar con lo que era la problemática de los pibes, en un momento en que había una explosión muy grande de pibes de la calle.

Agustín, también participante en los inicios de las ollas, recuerda que, luego de las primeras, “los mismos pibes les iban avisando a los demás pibes que dormían en otras plazas o en otros lugares que podían venir a comer, así que ya éramos..., eran bastante los chicos, eran como quince chicos que estaban comiendo ya”. Si, como relata Agustín, “desde el primer momento en que nosotros pusimos la olla, ya fue un conflicto con los policías, que encima los conocían a los pibes que estaban durmiendo en la glorieta, los habían echado varias

18. Decíamos que la relación que establecen los sectores populares de la periferia con “la ciudad” es instrumental. No significa, entonces, que no vayan al centro de la ciudad, sino de ciertos rasgos específicos relativos a la calidad en la cual lo hacen, la duración de las visitas y los modos de estar. De esta manera, mientras los varones adultos realizan predominantemente “itinerarios lineales” (casa-trabajo-casa), las mujeres adultas se caracterizan por “itinerarios múltiples” (casa-comedor-escuela-trabajo-escuela-casa). En ambos, el centro es un lugar de pasaje, al que se va en calidad de trabajadores y (menos frecuentemente) consumidores. Estos jóvenes, por el contrario, no sólo iban al centro, sino que estaban y vivían en el centro, invirtiendo la lógica de la circulación y otorgándole un máximo de tiempo a un mínimo de espacio.

veces, les habían quemado los colchones”, la situación se complejizó aun más cuando, en poco tiempo, se juntaron nuevos apoyos, así como se incrementaba noche a noche el número de chicos que participaban. Interpretamos que fue en el marco de un conflicto por el uso y la permanencia en un espacio público central como, la noche del 25 de julio, los chicos fueron violentamente agredidos y expulsados de la plaza. La intensidad que fue ganando el conflicto con el correr del tiempo y la retórica mediática que recurrió sistemáticamente a las poderosas metáforas de “la frazada”, “el peligro” y “la olla” instalaron las condiciones sociales para “el castigo”.¹⁹

Las ollas se realizaron durante cinco días, hasta que el quinto se produjo la agresión. En palabras de Agustín:

La noche de la represión fue bastante rara, porque durante toda la semana tuvimos muchos policías, desde las siete y media, ocho, que nos juntábamos a cocinar, hasta las diez, once, de la noche que nos íbamos con las cosas. Después, el viernes, cuando ya estábamos comiendo, la Policía se fue, desapareció, y como que nos sorprendimos un poco, porque haber estado toda la semana haciendo ollas con la Policía..., de ahí que se haya ido nos llamó la atención.

La realización de ollas populares en la plaza San Martín constituyeron acciones colectivas que fueron interpretadas como un desafío al poder político municipal y provincial, tanto como al poder policial. En definitiva, para entender la agresión, no alcanza con la presencia de los chicos en la plaza. No se trataba exclusivamente de una presencia “molesta”, “fuera de lugar”, en fin, “contaminante” (Douglas, 1973), ideas que se desprenden de los medios de comunicación locales. Fundamentalmente, esa presencia y esa persistencia, además, generaron vínculos, provocaron solidaridades, fueron el punto de partida de formas de organización social y política que no eran deseadas por otros sectores sociales. Nuestra hipótesis es que la agresión es el

19. Recientemente, el Colectivo de Investigación y Acción Jurídica (CIAJ, 2012) presentó una denuncia ante el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) contra el diario *El Día*, de la ciudad de La Plata, por la forma discriminatoria en la que, en dicho matutino, se abordan las noticias relativas a los “asentamientos” y las “tomas de tierra” en la “periferia” de la ciudad; forma caracterizada por un relato estigmatizador de los conflictos por el acceso a la ciudad.

resultado de interpretar esas presencias, esas persistencias y esas prácticas como un desafío político.

La agresión y los sentidos en pugna

Por la circulación mediante volantes, folletos y cadenas de mails de la noticia de la agresión, y su repercusión creciente en diversos ámbitos, se abrió un “espacio intermedio”. En efecto, como sugiere Reguillo (1999), todo acontecimiento “genera su propio marco espacio-temporal”, espacio intermedio que no es ni un “estado” ni un “momento”, sino un “proceso” en el cual entran en conflicto, tensión, diálogo y negociación las categorías con las cuales pensar el mundo. El foco se coloca aquí, más que en un “antes” y un “después” del acontecimiento, en ese “durante” (Reguillo, 1999: 45-46), proceso abierto, indeterminado y de lucha en el que participan diversos y desiguales actores sociales, se involucran distintas esferas y escalas de la vida social, y nos permite conocer los supuestos habitualmente implícitos que regulan los usos de la ciudad.

Nos detendremos aquí en ese “durante” que se extiende desde los días posteriores a la agresión hasta fines de diciembre de 2008. Tras meses de referencias sistemáticas a la cuestión, con picos de visibilidad pública y fuertes debates en diversos ámbitos, que incluyeron a la prensa nacional, el acontecimiento comienza progresivamente a perder centralidad, para terminar en un pequeño apartado del principal diario de La Plata, con una última –y escueta– referencia a “la banda” de la plaza. Durante estos casi seis meses, el drama se desarrolló en distintos ámbitos, que incluyeron las calles de la ciudad, con el despliegue de marchas y de contramarchas organizadas por diversas organizaciones sociales; la discusión de distintas posiciones sobre la seguridad y la ciudad en los medios masivos (en particular, los modos de seguir los acontecimientos por parte de la prensa gráfica), y la esfera de la justicia, con un intrincado juego de solicitudes de amparos, presentaciones de demandas y de apelaciones.

La agresión y sus inmediatas repercusiones colocaron a la “banda de la frazada” como “problema” al que referían diversos agentes sociales: la prensa gráfica local, la Policía, los comerciantes, las intervenciones sociales del Estado, los vecinos y los movimientos sociales. Las referencias mediáticas a “la banda de la plaza San Martín” volvieron a los pocos días de conocerse la agresión por otras vías

de comunicación. El 28 de julio de 2008, el diario *El Día* volvió a ocuparse del tema, al resaltar la persistencia del “problema” anunciado meses atrás e insistir en el “temor” que este grupo genera “en las personas que diariamente deben recorrer ese tradicional paseo público de nuestra ciudad” (*El Día*, 28 de julio de 2008), a la vez que se introducía explícitamente la cuestión de “la edad” de esos chicos como obstáculo para la resolución del “problema”. También fue en esos mismos días cuando se sucedieron las primeras manifestaciones públicas por parte de distintos sectores de la sociedad sobre “la banda”. Entre ellas, se destacan las quejas y las denuncias de los comerciantes del centro de la ciudad y la manifestación convocada por la organización “Autoconvocados por los derechos de los pibes de la calle”, quienes marcharon hasta la comisaría 1ª de la ciudad de La Plata, cercana a la plaza San Martín, señalada como responsable directa de la agresión (*El Día*, 29 de julio de 2008). De manera simultánea, desde la Subsecretaría de Niñez y Adolescencia de la provincia, dependiente en aquel momento del Ministerio de Desarrollo Social, y con el aval de la Municipalidad de La Plata, el Estado comenzó a intervenir:

“Estamos albergando a estos chicos para tener un trabajo de fondo con la familia. Algunos tienen muchas entradas en las comisarías por cuestiones de orden asistencial; otras son verdaderamente delitos. Hay que trabajar con cada uno de ellos, hay que protegerlos, darles un lugar y asistirlos”, sostuvo la psicóloga Martha Arriola.²⁰ (*El Día*, 29 de julio de 2008)²¹

De esta manera, dentro del Estado provincial, es posible identificar diferentes lógicas de intervención sobre un mismo “problema”, en un arco que se extiende desde la sistemática persecución y criminalización hasta intervenciones que buscan diferenciar entre cuestiones de orden asistencial y otras de índole delictual.

20. Subsecretaría de Niñez y Adolescencia de la provincia de Buenos Aires, en ese momento.

21. Vale resaltar que la negación del derecho al anonimato se articula con el habitual funcionamiento “selectivo” del sistema penal sobre sectores específicos de la sociedad. Mientras los delitos son cometidos por miembros de todas las clases sociales, hay una ampliamente tematizada práctica selectiva y criminalizante del sistema penal sobre sectores pobres/empobrecidos.

“La banda” se consolidó como “problema” involucrando diversas instancias gubernamentales con propuestas diferenciales en cuanto a la intervención adecuada, y dividiendo a la opinión pública –división que iría en aumento–, entre quienes la veían como victimarios, una fuente de peligro, temor e inseguridad, y quienes la veían como víctimas de un sistema económico y social. En este sentido, fue la plural y conflictiva mirada exterior la que construyó a una grupalidad fluctuante e inestable de chicas y chicos, que tenían en la plaza un punto urbano de referencia para sus trayectorias cotidianas, en “una banda” que expresaba un “problema social”, sobre el cual hubo posiciones contrapuestas en cuanto a las formas de intervención social necesaria y adecuada.

En este contexto, el 14 de agosto de 2008, “Autoconvocados por los pibes en situación de calle” organizó una “Jornada cultural y de acción popular” en la glorieta de la plaza San Martín, con la instalación de una radio abierta, la presencia de murgas, espectáculo de malabares, intervenciones artísticas y performances. El lema principal de la convocatoria que podía leerse en el volante era: “Las plazas son para jugar, no para que nos maten (ni de hambre, ni a palos)”. Proponían, de este modo, una narrativa opuesta a la dominante hasta ese momento en el espacio público. En efecto, la narrativa desplazaba el foco del problema de “los pibes” a los procesos sociales de producción de desigualdades y a los mecanismos de estigmatización social hacia los sectores sociales desfavorecidos. Anclaban su reclamo en una frase de fuerte carga emotiva que, aludiendo al sentido común acerca de los usos de la ciudad (“las plazas son para jugar”), resaltaba el derecho negado a las chicas y los chicos de la periferia, quienes no tienen plazas cerca de sus casas, y a quienes no se les permite acceder a las plazas existentes en (el centro de) la ciudad.

Llego a la plaza, es un día soleado. Me encuentro con Pedro, coordinador del comedor “Los chicos del Puente”, que está parado cerca de la glorieta de la plaza, donde unos chicos realizan dibujos en el piso, mientras algunos jóvenes prueban sonido, que luego usarán bandas de rock. Nos quedamos charlando sobre la asamblea de Puente de Fierro del día anterior. Luego, comienza a hablar de “la gente del barrio”. “¿Viste la diferencia entre la gente del barrio y los demás?”, me pregunta. Contesto que no, aunque con anterioridad a su pregunta había identificado a un grupo de cerca de 20 personas (predominantemente, mujeres y niños)

quienes, desde mi perspectiva, eran del barrio. La vestimenta, el cuerpo y la actitud los diferenciaban del resto. Estaban en grupo, sentadas casi formando un círculo sobre un cantero lateral de la plaza, un tanto alejadas del resto de los presentes, en su gran mayoría jóvenes (varones y mujeres) universitarios, que ocupaban el camino principal de la plaza, se movían, bailaban, tomaban mate, hablaban entre ellos. “¿Cuál es la diferencia?”, le pregunto. “Siempre a un costado, callados”, me dijo, y comenzó a hablar de los obstáculos para la participación en el barrio, de las dificultades que existen para juntarse y para salir del barrio a participar.

Me despedí de Pedro y me acerqué al grupo del barrio. Saludé a María y a Adolfo, quienes me presentaron como un investigador de la universidad a varias de las personas del grupo; me senté en el piso y comencé a charlar con ellos. Estaba frente a una chica joven, de unos 25 años, con quien me quedé charlando largo rato. Se llama María Azucena y me cuenta que estaba interesada en seguir estudiando. A ella le interesan “los astros y la naturaleza”, y tenía dudas si iba a poder comenzar sus estudios, por cuestiones de tiempo (tiene dos hijas chicas) y porque hace mucho tiempo que no estudia (terminó la secundaria hace siete años, se casó y nunca más volvió a estudiar). A pesar de vivir en La Plata desde muy chica, y de encontrarse en ese momento a escasas cuadras del Rectorado, la Universidad era para ella una gran incógnita: desconocía la modalidad de funcionamiento, las facultades, las carreras, los tiempos y los requerimientos. No sabía qué estudiar. Botánica, zoología o ecología (los nombres se los di yo) estaban entre sus posibles opciones en base a lo que me contaba eran sus intereses. “¿Hay que pagar ahí?”, me preguntó. Quedé en conseguirle los programas. (Ramiro Segura, nota de campo, 14 de agosto de 2008)

De este modo, se entabló el diálogo por primera vez con María Azucena, con quien luego el investigador compartiría mucho tiempo en el barrio y en el comedor, y que en reiteradas oportunidades le relataría acerca de lo mucho que le gustaba participar en las marchas, porque era una forma de salir del barrio (y de la casa), “para pasear y despejarse”, como lo llamó ella. Ese día, su relato, sus preguntas, las propias observaciones y las de Pedro, acerca de las diferencias de la “gente del barrio”, llevaron a comprender que las brechas no se limitaban a las fracturas socioeconómicas que separan centro y periferia, ni tampoco a las matrices socioculturales que se condensan en

el espacio público en dos narrativas enfrentadas acerca de la ciudad y sus usos, y sobre las causas y los modos de intervención necesarios con los “chicos de la calle”. Se lograban ver, “en acto”, las brechas sociales y simbólicas que atravesaban un mismo colectivo que se encontraba en la plaza para repudiar un acontecimiento violento, exigir su esclarecimiento y reclamar por un acceso igualitario a la ciudad. De estas brechas se desprendían dos cuestiones relevantes. Por un lado, en la plaza se ponía de manifiesto el hecho de que, más allá de las desigualdades sociales y territoriales, los actores presentes pudieron coincidir política y espacio-temporalmente en el reclamo. Esta cuestión nos recuerda que las matrices culturales no se correlacionan de modo unívoco con las posiciones sociales y territoriales, y es un indicador del trabajo conjunto realizado por múltiples y diversas formas de organización social y política para tender puentes que permitan minimizar esas desigualdades y actuar colectivamente. Por el otro, y en sentido opuesto, en la plaza se evidenciaba el hecho de que, en un mismo colectivo –que forma parte de una matriz cultural acerca de la ciudad–, existen brechas relativas a esas posiciones sociales y espaciales desiguales, que se traducen, a su vez, en modos diferentes de vivir y usufructuar la ciudad, y construyen agendas y temporalidades distintas en torno a demandas similares.

Una evidencia de estas brechas son las valoraciones y las significaciones que el conflicto tuvo para los distintos actores sociales. Por parte de los militantes, el acontecimiento del 25 de julio se constituyó en un punto de inflexión que posibilitó un salto cualitativo a nivel organizativo, habilitando la puesta en marcha de otras formas de acción colectiva y la participación de nuevos actores que se sumaban a la solidaridad con los chicos. Es el momento que comienzan a realizarse las asambleas que serán el repertorio organizativo que tomará para constituirse la APDN. Representantes de distintas organizaciones se acercan, entonces, no sólo como reacción a lo sucedido, sino también debido a la trascendencia que cobra el acontecimiento. Es la violencia policial la causa por la cual un conjunto de organizaciones sociales, políticas, gremiales y de derechos humanos de la ciudad se acercan a repudiar la agresión a los chicos²² y a pensar alternativas para garantizar sus derechos.

22. A partir de ese día, dejan de realizarse las ollas en la plaza, para no seguir “exponiendo a los chicos” a posibles situaciones de violencia como las ocurridas. La siguiente olla popular se realiza varios meses después, a partir de un reclamo que se realiza frente a la Municipalidad, en el mes de

En Puente de Fierro, por el contrario, el tema de los jóvenes del barrio era, desde mucho antes de la agresión, uno de los temas principales de deliberación y acción, tanto por las distintas instancias institucionales cotidianas (comedores, guarderías y refugios, organizaciones políticas, programas provinciales y municipales vinculados con la salud, la educación y el trabajo, entre otros), como por las propuestas surgidas colectivamente en el marco de la “asamblea”. Aquello que los residentes del barrio sostenían “no se veía” en “el centro” era una preocupación recurrente en la periferia. A la vez, y de manera paradójica, la problemática tuvo que hacerse presente en el centro de la ciudad para obtener visibilidad pública. Es precisamente esta temporalidad (y urgencia) diferencial sobre la temática entre “casco” y “barrio” la que persistió, al menos desde el punto de vista de las personas de la periferia, incluso después de la agresión y de las actividades conjuntas que se generaron. Unos días después de la jornada de protesta, durante una reunión de la asamblea del barrio Puente de Fierro, uno de nosotros anotó lo siguiente en el diario de campo:

Se discute sobre el destino de unos subsidios del gobierno. Ninguna de las organizaciones que conforman la asamblea ha sido beneficiaria de ellos y al parecer una sola organización del PJ²³ los ha acaparado y no se sabe qué se ha hecho con el dinero ni cuáles son los criterios establecidos para su acceso y distribución. Como es habitual, la discusión tiene como preocupación fundamental la situación de los chicos y los jóvenes del barrio. Es en ese momento cuando Manuel cuenta lo que sucedió en las últimas reuniones de la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez, a las que asistió en representación de la asamblea del barrio. Sostiene que no está muy convencido del futuro de las acciones. Desde su perspectiva, las personas que participan en dicha asamblea tienen buenas intenciones pero no son muy operativas y no pueden cumplir con el objetivo: lograr continuidad en el trabajo con los pibes, tener un plan a largo plazo. Le parece que no saben mucho lo que ocurre fuera del casco y agrega, irónico, “son militantes del casco urbano”. A lo que

enero de 2009. Con motivo de celebrar el aniversario de la APDN y continuar repudiando la agresión del 25 de julio de 2008, todos los 25 de julio de cada año posterior a 2008, se realizan actividades en la glorieta de la plaza San Martín y, junto con ello, se hace una olla popular.

23. Partido Justicialista.

todos los presentes responden con una sonrisa. (Ramiro Segura, nota de campo, 21 de agosto de 2008)

En los dos meses que siguieron a la jornada de protesta, el tema se consolidó en la esfera pública local: la existencia de alrededor de 200 chicas y chicos que vivían en las calles de la ciudad de La Plata se instaló como problema. El grupo de autoconvocados continuó con sus prácticas de protesta y solidaridad, presentó amparos ante la justicia, entre otras actividades; a partir de esta experiencia, se conformó la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez. Las chicas y los chicos de “la banda de la plaza” comenzaron a ser atendidos conjuntamente por profesionales de los servicios locales del municipio y del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia. Para este momento, tanto para la prensa como para la Policía, la “banda de la plaza” se había convertido en la primera –y única– hipótesis a la hora de encontrar responsables para los delitos producidos en las cercanías a la plaza, muchos de los cuales eran rápidamente atribuidos a “la banda de la plaza”, entre ellos el asesinato de un chico de 12 años que vendía flores en la vía pública (*El Día*, 17 de octubre de 2008 y 18 de octubre de 2008).

La prensa (re)producía cierta geografía simbólica sobre los usos de la ciudad:

Cuesta entender cómo un grupo de chicos, de 12 a 20 años, pueda vivir en un espacio público, ubicado en pleno centro de La Plata, y desde allí salir a delinquir por toda la zona, sembrando sólo miedo y terror a su paso. (*El Día*, 19 de octubre de 2008)

Sin encontrar respuestas en las autoridades, pese a que “vecinos y comerciantes de La Plata manifestaron en diversas oportunidades su indignación por los distintos hechos de violencia en el corazón de nuestra ciudad y a plena luz del día” (*El Día*, 20 de octubre de 2008). Lo que causaba indignación y motivaba el reclamo era menos lo que ocurría (personas sin hogar, delitos y miedo), que el lugar y la hora donde eso sucedía (en un “tradicional paseo de la ciudad” y “a plena luz del día”), lo que, como venimos explicando, deja ver los supuestos sobre quiénes pueden acceder (y quiénes no) a la ciudad. En respuesta a estas demandas, y por orden de la Jefatura Departamental de La Plata, la Policía bonaerense estableció un operativo policial por tiempo indeterminado durante las

24 horas del día, con el fin de “prevenir hechos ilícitos y desalentar la instalación en ese espacio público de personas mayores o menores que atenten contra la tranquilidad de los vecinos y ocasionales transeúntes” (*El Día*, 22 de octubre de 2008). De esta manera, el dispositivo policial se enfocaba en esas presencias extrañas e inhabituales que, independientemente de que cometieran delitos, intranquilizaban y atemorizaban a vecinos y transeúntes.

El debate de escala nacional y provincial se yuxtapuso con la dinámica local, potenciando las demandas por seguridad y diluyendo progresivamente su anclaje específico en torno a “la banda”, a partir de un caso producido en la localidad de San Isidro. El 21 de octubre, el asesinato de un ingeniero, aparentemente a manos de un menor (*Clarín*, 22 de octubre de 2008), tuvo una inmediata repercusión política y mediática. El gobernador de la provincia de Buenos Aires, Daniel Scioli, declaró que “llegó el momento de debatir una baja en la imputabilidad de los menores” (*Clarín*, 23 de octubre de 2008). De esta manera, el 27 de octubre de 2008 se realizó una marcha en la plaza San Martín, en reclamo de mayor seguridad a las autoridades provinciales. A la manifestación concurren alrededor de 4 mil personas, y se leyó un documento al que adherían centros comerciales, entidades barriales, cámaras empresariales, organizaciones culturales y distintos espacios políticos (incluyendo al intendente municipal y a representantes de las fuerzas de oposición), donde se solicitaba “la necesidad de declarar a la capital bonaerense y la región capital en estado de emergencia por la inseguridad” (*Diario Hoy*, 28 de octubre de 2008).

A los pocos días de esta marcha y de las declaraciones de Scioli, el juez Luis Federico Arias²⁴ dio lugar a un hábeas corpus presentado a partir de la agresión de plaza San Martín y dispuso la inconstitucionalidad de la habitual práctica policial de detener a las y los menores por averiguación de identidad o antecedentes (*Diario Hoy*, 31 de octubre de 2008). Aunque la medida no fue bien recibida por diversos sectores, instaló en el espacio público una narrativa opuesta a la movilizadora en las marchas por la seguridad. Así, “el número de entradas a la comisaría”, dato habitualmente utilizado para argumentar acerca de la peligrosidad de las y los jóvenes en general, y de “la banda de la plaza San Martín” en particular, encontraba en esta disposición judicial una explicación alternativa. En lugar de hablar de la peligrosidad

24. Juzgado en la Contencioso Administrativo N° 1 de La Plata.

del detenido, refería a una práctica naturalizada e inconstitucional de la Policía que, reproduciendo los estereotipos y actualizando una cartografía de los usos legítimos de la ciudad, detenía sistemáticamente a quienes estaban en el lugar y el momento “equivocados”. En la misma dirección, la APDN realizó una marcha en plaza San Martín, el 31 de octubre, bajo la consigna “Ningún pibe nace chorro. La ausencia del Estado los genera”, en la que exigían “la seguridad de todos nuestros pibes” y proponían otra clave de lectura: “La inseguridad es morir de hambre y no tener futuro”. La marcha contó con la presencia de organizaciones universitarias, organismos de derechos humanos, gremios y entidades civiles que se concentraron en la plaza Moreno, frente a la Municipalidad de La Plata, pasaron luego frente a las instalaciones del diario *El Día*, donde hicieron un “escrache” por la cobertura dada a “la banda de la plaza”, y por último se dirigieron a la plaza San Martín, para manifestar ante la casa de gobierno provincial, en repudio a la propuesta del gobernador de bajar la edad de imputabilidad.

Nos encontramos con que dos matrices culturales opuestas disputan en torno al sentido de un significante socialmente compartido, punto de encuentro y frontera entre narrativas simétricas e inversas en disputa por la definición del significante “inseguridad”. Es lo que González ha llamado un “frente cultural urbano” (1994). Luego de la expulsión de las y los jóvenes de sectores populares de un conjunto de espacios céntricos, que pasaron a estar controlados y vigilados las veinticuatro horas del día por la policía, “la banda de la plaza” se diluyó como problema mediático y político, al mismo tiempo que el debate en torno a minoridad y delito alcanzaba visibilidad pública a nivel nacional. Desde luego, la pérdida de visibilidad de “la banda de la frazada” no significa que la situación se haya resuelto: no se conocieron los agresores de la noche del 25 de julio, no se resolvieron cuestiones relativas a la atención social de las y los jóvenes, y varios de los delitos que mediática (y policialmente) se le endilgaban a algunos de sus miembros no fueron esclarecidos. En el momento de escribir estas páginas, el debate político y mediático en torno a la (in)seguridad es un proceso abierto, y se calcula que son más de doscientos las y los jóvenes que viven en las calles de la ciudad de La Plata. Eso sí, ya no es frecuente que pasen sus días en la plaza.

Conclusión

En este capítulo, indagamos en las intersecciones entre jóvenes, periferia urbana y espacio público a partir de un acontecimiento traumático, y de las distintas posiciones y acciones en –y sobre– dicho acontecimiento. Es habitual oír a residentes de la periferia de La Plata quejarse de que los jóvenes de esos barrios únicamente van al centro de la ciudad el 19 de noviembre, día de fundación de la ciudad, cuando la Municipalidad organiza una conmemoración con multitudinarios festivales de música gratuitos en la plaza Moreno, centro geográfico del trazado fundacional. “¿Y vos de dónde pensás que sale toda esa gente que llena la plaza?”, pregunta Manuel con ironía. “Es cierto –confirmaba Ester–, todos los chicos van a la plaza ese día, como pueden. Algunos van y vienen caminando.” El señalamiento de esta regular excepcionalidad habla de un modo de vivir los vínculos entre “el centro” y “el barrio”. De hecho, constituye un indicio de la estructura de interacción dominante que regula las prácticas espaciales en la ciudad, y que supone que los residentes de los barrios periféricos únicamente van a “la ciudad” (al centro de la ciudad) por motivos instrumentales: trabajo, trámites burocráticos, ir al hospital, entre otros.

Sostenemos que, precisamente por estas regulaciones, en las lógicas de sus desplazamientos desde la periferia hacia el centro (su andar), en el tipo de espacio apropiado y en los modos de apropiarse de éste (su estar), los jóvenes cuestionaban, quizá sin saberlo, un conjunto de límites sociales y simbólicos acerca de los usos de la ciudad. Al hacerlo, fueron “vistos”, se tornaron visibles precisamente por estar “fuera de lugar”. Como mostramos en este texto, las (re)acciones y los sentimientos ante dicha presencia fueron variados, cuando no antagónicos: temor y rechazo por parte de algunos comerciantes y “vecinos”, persistente estigmatización mediática, solidaridad de un grupo heterogéneo de actores, represión policial y parapolicial,²⁵ y repudio de ésta por parte de un amplio espectro

25. En el primer comunicado que publica Autoconvocados, se acusa a las personas que realizaron la agresión de ser un “grupo organizado” y se pone de manifiesto un supuesto vínculo de complicidad con los policías que estaban en la plaza hasta poco tiempo antes de ocurrir la golpiza. El comunicado exigía el esclarecimiento de la agresión que, señala uno de los abogados que participó de las asambleas, “trae fuertes reminiscencias y recuerdos a los grupos de tarea presentes en la Argentina hasta hace unos años, y del mismo modo, a los «Escuadrones de la Muerte», que azotan varios países

de actores sociales. Fueron precisamente las reacciones y los sentimientos que se generaron en las autoridades, en la Policía, en los medios, en los comerciantes de la zona y en algunos "vecinos" los que nos dejaron ver y analizar los límites sobre la ciudad y sus usos, y sobre el lugar –o la ausencia de lugar– en la ciudad para los jóvenes de la periferia pobre.

Bibliografía

BARTH, F. (1977), *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, FCE.

CIAJ (2012), "La construcción del relato en conflictos por el acceso al suelo urbano. Informe sobre el caso San Carlos", *El Día*. Disponible en: <http://www.cedib.org> (fecha de consulta: 18 de noviembre de 2012).

DE CERTAU, M. (2000), *La invención de lo cotidiano I*, México, ITESO.

DELGADO, M. (1999), *El animal público*, Barcelona, Anagrama.

– (2007), *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona, Anagrama.

DOUGLAS, M. (1973), *Pureza y peligro*, Barcelona, Siglo XXI.

GALIMBERTI, C. (2012), "Politicidad y acción colectiva en los orígenes de la Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez de la ciudad de La Plata", VII Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

GOFFMAN, E. (1974), *Relaciones en público. Microestudios de orden público*, Madrid, Alianza.

GONZALEZ, J. (1994), *Más (+) culturas. Ensayos sobre realidades plurales*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

KESSLER, G. (2009), *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Buenos Aires, Siglo XXI.

LÓPEZ, A. (2010), "Proceso de reforma legal e institucional del Sistema Penal Juvenil en la Provincia de Buenos Aires (2000-2009)". Tesis

de Latinoamérica". En estas palabras se establece una relación entre la violencia policial o, más precisamente, "parapolicial", y la última dictadura cívico-militar en Argentina. Es así como los reclamos y las demandas por los derechos de los chicos de la glorieta comenzaron a enmarcarse dentro del problema de la impunidad y la violencia policial, y de la lucha por los derechos humanos.

de maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales-UBA.

– (2013), "Proceso de reforma legal e institucional en materia de infancia: una historia de tensiones entramadas", en M. Chaves y E. Fidalgo, *Políticas de infancia y juventud. Producir sujetos y construir Estado*, Buenos Aires, Espacio Editorial.

REGUILLO, R. (1999), *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, México, ITESO.

SARAVI, G. (2004), "Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en contexto de pobreza estructural", *Revista de la CEPAL*, N° 83, pp. 33-48.

SEGURA, R. (2010), "Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata", tesis de doctorado, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento-Instituto de Desarrollo Económico y Social.

– (2012a), "La ciudad y el acontecimiento. Juventud, clase social y acceso al espacio público en la ciudad de La Plata", *Revista Question*, vol. 1, N° 35, pp. 188-200.

– (2012b), "Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socio-económica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en el periferia de La Plata", *Quid 16*, N° 2, pp. 106-132.

TOKKISS, F. (2005), *Space, the City and the Social Theory: Social Relations and Urban Forms*, Cambridge, Polity Press.

WACQUANT, L. (2007), *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*, Buenos Aires, Siglo XXI.

WILSON, E. (1992), "The Invisible Flâneur", *New Left Review*, N° 191, pp. 90-110.

Fuentes

Argentina Indymedia (<http://www.argentina.indymedia.org>).

Asamblea Permanente por los Derechos de la Niñez (<http://www.apdn-laplata.blogspot.com>).

Clarín (<http://www.clarin.com>).

El Día (<http://www.eldia.com.ar>).

Hoy (<http://diariohoy.net>).

Revista La Pulseada (<http://www.lapulseada.com.ar>).

Barrio, territorio y movimientos sociales: la construcción juvenil en el Frente Popular Darío Santillán

Florencia Fajardo y Daniel Giorgetti

Introducción

En este capítulo, se ponen en diálogo dos investigaciones que se ocuparon de jóvenes en la misma organización política, el Frente Popular Darío Santillán (de aquí en más, FPDS). Las dos etnografías fueron realizadas en barrios populares de los municipios de Lanús (Monte Chingolo y Barrio La Fe) y Berisso (Villa Progreso, Nueva York, Villa Nueva).¹ En ambos casos, los barrios reflejan el impacto de los procesos históricos recientes, entre ellos, la destrucción de un modelo de bienestar y la reclusión al espacio barrial, en el que se concentran la actividad y la organización, que será nombrado por el movimiento en términos de “territorio”.

El FPDS es un movimiento social que surgió en 2004 a partir de los movimientos de trabajadores desocupados, con una importante presencia en barrios populares urbanos, donde lleva adelante diversas formas de intervención. Entre ellas, hace foco en lo juvenil, interpelando a las juventudes barriales e intentando incorporarlas como “protagonistas” en su proyecto de transformación social. El objetivo de este texto es analizar cómo el FPDS construye y produce el territorio, y cómo la juventud participa y es interpelada por el movimiento en este escenario. Es decir, nos interesa ver el cruce entre la producción de territorio y de la juventud. En primer lugar, consideraremos las características de la organización; en segundo lugar, seguiremos con los barrios analizados y la cuestión territorial.

1. Ambos son partidos de la zona metropolitana de Buenos Aires. Lanús es un partido de 459 mil habitantes (según censo 2010) y está ubicado en el sur del Gran Buenos Aires. Monte Chingolo es uno de sus municipios. Berisso tiene 88.470 habitantes y está ubicado en el Gran La Plata.

Por último, analizaremos las características de las y los jóvenes de estos barrios, y en qué medida el FPDS ha conseguido interpelarlos. En este sentido, prestaremos especial atención a las relaciones entre territorio y juventud, a través de las acciones del FPDS.

El Frente Popular Darío Santillán

El FPDS es un movimiento social que toma el nombre de Darío Santillán, militante del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús (MTDL), asesinado por la Policía bonaerense durante las protestas del 26 de junio de 2002 junto a su compañero Maximiliano Kosteki. Si bien tiene una presencia mayor en la zona del Gran Buenos Aires y el Gran La Plata, también lo integran organizaciones del resto de la provincia de Buenos Aires, Río Negro, Neuquén, Córdoba, Santa Fe, Tucumán, Formosa, Chaco, Jujuy y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA).²

Se trata de un movimiento “piquetero”³ originado en las protestas sociales surgidas a fines de los 90 e incrementadas después de 2001. El proceso de organización popular del Gran Buenos Aires se articuló con la experiencia de los piquetes y los cortes de ruta implementados en la zona de Neuquén y Salta en la segunda mitad de los 90, que marcaron el inicio de los piqueteros como actor social. Al mismo tiempo, la identidad de los piqueteros está vinculada a la identidad barrial, que es la base social desde la que reclaman y negocian, considerando el barrio como un lugar de construcción social y política, y utilizando el término “territorio” para acentuar este aspecto. Explica Merklen que “el piquete está organizado en base a una identidad territorial” y concluye que “las personas se movilizan, en gran medida, sobre la base de barrios organizados” (2004: 1).

En el contexto de los 90 y de los primeros años después de la crisis de 2001-2002, se constituirán el MTD de Lanús y el MTD Berisso,

en estas dos zonas delimitadas, construcciones políticas de base que constituyeron, junto con otras, el FPDS en 2004. Estos movimientos formaban el campo de las organizaciones autónomas que rechazaban los procesos electorales, reivindicaban el trabajo territorial-local, y la asamblea como lugar desde donde gestar la política y tomar decisiones.⁴ Se trata de un campo que atravesó diferentes rupturas, disputas políticas, recomposiciones y debates acerca de los desafíos y los objetivos de las organizaciones autónomas. Esto se dio, en primer lugar, en las discusiones sobre las políticas institucionales y electorales, sobre la necesidad de crear un instrumento político o nueva herramienta, así como también en la necesidad de profundizar la vinculación entre lo político y lo social (Fajardo, 2013). El FPDS se considera a sí mismo parte de la nueva izquierda argentina (Mazzeo, 2010).

El FPDS manifiesta una concepción de “poder popular” que ya venían esbozando algunos MTD, en tanto buscaban proyectar el movimiento en la lucha política, acumulando fuerzas y construyendo organización desde la clase trabajadora y el pueblo en su conjunto. Entre sus definiciones, el FPDS asume ser una organización de carácter multisectorial, porque reconoce que trabaja con “un sujeto social que es plural o multisectorial [...] denominado pueblo trabajador, oprimidos, o los de abajo” (FPDS, 2011: 2). Esta definición de lo popular refiere al sujeto de las luchas sociales, que excede al obrero ocupado formalmente para incluir a los sectores perjudicados por el capitalismo, que se encuentran en varios sectores sociales.⁵ Para abarcar a distintos sujetos sociales, el FPDS identifica “sectores” en su composición: sector rural (vinculado al desarrollo de trabajo agrario y la soberanía alimentaria), sector estudiantil (mayoritariamente desarrollado en las universidades nacionales), sector de trabajadores asalariados (en la organización gremial de fábricas, escuelas, hospitales) y sector territorial (la organización que se da en los barrios populares). En este capítulo, prestaremos atención al denominado sector territorial.

2. Cabe señalar que, en el momento de publicar este artículo, el FPDS ha sufrido una división entre el FPDS y el FPDS Corriente Nacional; las zonas de nuestras etnografías localizadas ya se encuentran en diferentes organizaciones.

3. Denominación surgida a partir de las protestas de trabajadores desocupados que emplean, como método de reclamo y lucha, el corte de rutas y calles denominado “piquete”.

4. Estos movimientos constituyen una variable “autonomista” dentro de los movimientos piqueteros, que también adoptaron otras dos variables: la matriz sindical (como la Federación de Tierra y Vivienda, que forma parte de la Central de Trabajadores Argentinos, CTA) y las insertas en partidos políticos (como el Polo Obrero, en el Partido Obrero, y el Movimiento Territorial de Liberación, en el Partido Comunista).

5. Se puede consultar en FPDS (2011) y Cieza (2006).

Los barrios como territorios

Indicamos al principio que los procesos socioeconómicos de exclusión iniciados en la última dictadura militar y profundizados en los 90 dieron como resultado un “pasaje de la fábrica al barrio” (Svampa, 2005), lo que significó que las organizaciones barriales asumieran funciones que históricamente había asumido el Estado, a través de las instituciones educativas y otros servicios sociales. En este sentido, Merklen (2000) plantea que el barrio comenzó a funcionar:

Como una comunidad que muchas veces es capaz de conducir a la socialización junto a la familia. Barrio y familia complementan los huecos dejados libres por las instituciones que en otros ámbitos sociales construyen los lazos sociales y conducen a los jóvenes, principalmente la escuela y el empleo. (2000: 104)

En este contexto, surgieron múltiples organizaciones ancladas en los barrios populares, convirtiendo a éstos en espacio de resistencia y de organización política, que retomaron experiencias anteriores de organización popular, como las identificadas en las tomas de tierras en los 80 (Vommaro y Vázquez, 2008).

Las citas de nuestras notas de campo relacionan la realidad observada con los procesos históricos que vivió Argentina en las últimas décadas. Presentaremos primero el caso de Berisso, y a continuación, la situación investigada en Lanús. En ambos casos, el FPDS se plantea producir “territorio” en estos barrios en los que se inserta.

La ciudad de Berisso nació a partir de la producción económica de la zona, favorecida por la proximidad con el Río de la Plata. Entre las diversas actividades económicas que le dieron fisonomía y afianzaron su crecimiento, se destacan el puerto y varias industrias, especialmente frigoríficos.

La Nueva York es una de las más famosas calles de la ciudad de Berisso. Empedrada por adoquines, limitada por casas viejas, de paredes altas, persianas oxidadas, en su mayoría cerradas o semicerradas, con veredas con agua y levantadas, que alternan con partes secas a veces atravesadas a intervalos regulares por las raíces de los plátanos. Es una calle que tiene hoy en día mucho tráfico. Es una Nueva York que difiere mucho de la Nueva York del 2002, donde

los relatos abundaban en “esto no es lo que era antes cuando había pleno empleo”, haciendo referencia al pleno empleo vivido hasta 1976. Esta vez no escuché esta frase, pero aunque los locales no están abiertos como en los 70 o aun antes, hoy veo en la calle Nueva York otro dinamismo. A las 18 horas más o menos hay un gran movimiento en el barrio, porque están saliendo los laburantes de la UOCRA⁶ del fondo de la Nueva York donde se está construyendo el Puerto La Plata. Muchos trabajadores que salen, saludan a los que se están tomando una cerveza, salen caminando, en autos o en motos, bicicletas. (Florencia Fajardo, nota de campo, Berisso, abril de 2012)

Más allá del valor simbólico, la nota de campo que presentamos inserta los proyectos productivos del naciente Movimiento de Trabajadores Desocupados dentro de un recorrido por los avatares de la Argentina en unas pocas cuadras que permiten ver el pasaje entre el pleno empleo de la Argentina industrial, el cierre de fábricas y la desocupación de los 90,⁷ como también los rasgos del proceso de reactivación económica registrado a partir de 2003. Esto se ve evidenciado en la actualidad con la construcción de la terminal portuaria que alojará miles de contenedores, una “megaobra” llevada a cabo entre el gobierno municipal, el provincial y el nacional.⁸

Tanto el Gran Buenos Aires como el Gran La Plata, que habían crecido a partir de la política de sustitución de importaciones y las migraciones internas de las décadas de 1930 y 1940, vivieron la constitución de una clase obrera con importantes niveles de integración en la sociedad y un movimiento obrero consolidado. Sin embargo, los sucesivos modelos económicos que se implementaron en Argentina desde los 70 modificaron las características de la zona, que vivió procesos de desocupación y exclusión social, nuevas migraciones internas y de países limítrofes, y el crecimiento desordenado

6. Unión de Obreros de la Construcción de la República Argentina, tradicional sindicato de la construcción.

7. Entre la bibliografía que puede ampliar al lector el análisis de los procesos económicos de la historia argentina reciente, sugerimos Torre (2002), James (1990) y Rapaport (2010).

8. Se trata de un proyecto de grandes dimensiones que incluye construcción de instalaciones portuarias con tecnología actualizada mediante inversores extranjeros.

de las periferias urbanas. Esto derivó, también, en reiterados conflictos por el acceso a la tierra y la vivienda.

Limitando la refinería de YPF, se fueron ocupando tierras inundables. La ocupación de la que hablo es aquella de Berisso, entre el barrio Villa Argüello y Villa Nueva. Aproximadamente desde la calle 131 hasta la 143 y a lo largo de la 8, calle de tierra sobre la que se estructuran casas precarias. "Pocada" hasta el exceso, principal vía de circulación por donde transitan los vecinos y las vecinas que habitan las ocupaciones más recientes de la periferia oeste de Berisso. Motos, bicis, personas a pie o en auto es la imagen más regular en un paisaje marcado por bañados, basura, perros flacos, y los inmensos tanques de la refinería. En esta región, el 70% de los vecinos y las vecinas tienen problemas respiratorios, como consecuencia de los problemas ambientales que enfrenta la región de La Plata, Berisso y Ensenada, relacionados con las emisiones de gases contaminantes del Polo Petroquímico, la falta de tratamiento de líquidos cloacales, la deforestación del monte ribereño, entre otros. Desde hace dos años, al menos, hay veredas construidas por cooperativistas en el programa Argentina Trabaja. En esta misma zona, el 100% de quienes viven no tienen títulos de propiedad, ni agua potable, ni luz legal, ni luminarias, ni un colectivo medianamente cerca, ni cloacas. Servicios que a quienes vivimos en barrios de clase media nos parecen obvios. Estas tierras ocupadas en los últimos 10 años no son reconocidas por el intendente y llegan incluso a propiciar comentarios racistas en los medios de comunicación. (Florencia Fajardo, nota de campo, Berisso, mayo 2012)

La realidad estudiada en Berisso, como se advierte en lo que acabamos de expresar, reproduce lo que sucede con otras zonas del país y, particularmente, del conurbano bonaerense. Con circunstancias locales diferentes, encontramos similitudes en otro de los barrios donde hicimos etnografía y donde desarrolla actividades el FPDS, en el municipio de Lanús.

Monte Chingolo es una localidad del partido de Lanús, como se mencionó al inicio. Al aproximarse desde la CABA, se atraviesa un sector con deterioro habitacional, de calles irregulares, viviendas precarias y abundancia de pozos que configuran un terreno hostil para quien no está familiarizado. Una de las vías de acceso

principales es el Camino General Belgrano, alrededor del cual se observan algunos comercios y una zona industrial, que en algún momento mostró prosperidad, pero hoy reúne fábricas vacías y desiertas. Más alejados del Camino, ~~se~~ encuentran prostíbulos, una zona abandonada e inundable, viviendas muy pobres, junto a paredes pintadas por partidos políticos, generalmente del justicialismo. Al llegar a Camino General Belgrano y Méndez, aparece "Roca Negra".

Un portal, como una gran entrada, en el medio, sin puertas, habilitaba el acceso. Arriba, a modo de frontispicio, había un cartel grande que tenía una imagen estilizada (formada con láminas de metal repujadas) en la que se identificaba la imagen más difundida de Maximiliano Kosteki y de Darío Santillán. Abajo, con letras grandes, la inscripción "poder popular". Las paredes estaban decoradas con dibujos y murales. En uno de los salones, el mural mostraba a un grupo de jóvenes con remeras coloridas que referían "EZLN". En las paredes externas, los murales eran mayores y más trabajados, había una imagen impactante y grande de Maxi y Darío liderando una marcha. En algunas paredes había carteles. En las paredes internas se podía leer "Bachillerato popular Roca Negra", "Estación Darío y Maxi", "Tierra, trabajo y dignidad". (Daniel Giorgetti, nota de campo, Lanús, Centro Roca Negra, diciembre de 2010)

Roca Negra es un predio que fue ocupado progresivamente y se volvió centro de actividades barriales, proyectos productivos y "construcción de organización popular", al decir de los entrevistados. Era una fábrica metalúrgica abandonada, donde se instaló un mercado frutihortícola. Se trata de un terreno amplio, enmarcado entre la ruta y viejos edificios de fábricas. Actualmente, uno de los edificios se está reconstruyendo y es un centro de puertas abiertas con espacios para múltiples actividades: reuniones, asamblea, cooperativa de trabajo, bachillerato popular, el programa educativo "Envión",⁹ formación de oficios, comedor, biblioteca, herrería, taller de serigrafía y una bloquera.

9. El Programa de Responsabilidad Social Compartida Enviñón es una actividad promovida por el Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Buenos Aires en 2010, destinado a chicos y chicas de entre 12 y 21 años en situación de vulnerabilidad social, que pretende brindarles contención, enseñarles e integrarlos al sistema educativo.

El MTD surgirá allí (en Roca Negra) a fines de los 90, en los barrios linderos, en la zona de Monte Chingolo. Primero en el barrio La Fe, donde ocuparán un predio abandonado. Luego vendría la ocupación de unas tierras cercanas. A estas restituciones se sumará el proceso de recuperación de las calles, plazas y rutas ocupadas por movilizaciones y piquetes. (Pacheco y Hernández, 2009: 2)

Los aspectos mencionados dan indicios de la actividad del FPDS en la producción de territorio: organización en los barrios, desarrollo de proyectos económicos y educativos, organización a través de formas asamblearias que contemplan la solución de los problemas cotidianos, pero que también implican la construcción política.

El sector territorial del FPDS, como describimos más arriba, es aquel que posee amplia presencia en los barrios donde se inserta la organización. Los relatos de sus militantes dejan traslucir la idea de que, con el tiempo, cuando se comenzaron a crear emprendimientos productivos, trabajo autogestivo y cooperativas de trabajo, comenzaron a ver que ya no eran desocupados, sino que realmente eran ocupados, sólo que carecían de un empleo formal. Por otro lado, la identidad que años atrás se había construido en torno a "ser piquetero", esa dignidad rebelde que reformulaba la pasividad del desocupado, comenzó a verse cuestionada a partir del 2003. Ese giro lingüístico permite disputar otra representación sobre los trabajos que desarrollan en los barrios. El sector territorial del FPDS comenzó a dimensionar que, si la organización:

Tenía una vocación revolucionaria y de transformación de la sociedad, no podía quedarse enquistada en los comedores, viendo los problemas de un grupo de vecinos, sino que había que salir a convidar el proyecto político, socializar nuestras herramientas de organización a más personas. (Florencia Fajardo, nota de campo, Berisso, junio de 2011)

De esta posición, surge la voluntad de relacionarse con las escuelas, los clubes de barrio, y entender el barrio como algo más completo y más amplio, evitando tener lecturas fragmentadas de una misma realidad,¹⁰ considerándolo un territorio donde:

10. Este cambio de percepción no puede entenderse descontextualizado de la dimensión latinoamericana. El FPDS mantiene desde sus inicios la iniciativa de hacer pasantías, viajes e intercambios con movimientos populares del continente. Queremos expresar con esto que muchos de los

Lo local se ha erigido en el espacio de cuestionamiento concreto y directo al modelo de dominación política y social, superando la falsedad de la dualidad sociedad civil-Estado. El territorio es el espacio en el que se define la unidad política de los trabajadores y el punto de articulación con otros sectores. (Mazzeo, 2004: 106)

Este proceso de producción del territorio en sentido amplio muestra ciertas dificultades en la práctica:

Desde hace tiempo nos proponemos pensar al territorio de otra forma, pensarlo de otra manera, pero aún cuesta salir del comedor para dialogar con más vecinos o con otras instituciones. Lxs [sic] que más nos aportan ahí son los estudiantes de trabajo social que tienen una formación que apenas ponen un pie en el territorio mapean quiénes están en la zona. Tenemos experiencias piolas, como la radio La Charlatana que comenzó a trabajar articuladamente con la escuela, llevó varios años, no sólo por nosotros sino porque a la escuela también le cuesta vincularse con otros por fuera de la institución. (MTD Berisso, 2013)

El FPDS promueve actividades que parten de necesidades concretas (trabajo, alimentación, educación, derechos básicos, política de género) que son articuladas en un proceso de organización territorial que se traducen en iniciativas y gestiones en las que se disputa un espacio político con el Estado. En algunas ocasiones, la prensa local recoge estos procesos:

Voceros de las alrededor de cien familias organizadas en el marco del Movimiento expusieron que el pedido ante las autoridades comunales será el de cumplimiento de antiguas promesas. En la audiencia solicitada, se plantearía al Intendente la necesidad de mejoras en calles, veredas, luminarias, cloacas y relleno de terrenos, exponiendo que el reciente temporal mostró falencias de infraestructura en diferentes zonas de la ciudad. "Presentamos una carta

debates que se dan en el movimiento están atravesados, por ejemplo, con las experiencias de construcción de las comunas y de poder popular en la Venezuela bolivariana. Además, el FPDS impulsa, junto al Movimiento Nacional Campesino Indígena, Marea Popular, Pañuelos en Rebeldía, GEAL (Grupo de Estudios de América Latina) y otras organizaciones el capítulo argentino del Alba de los movimientos sociales. Para más información, ver <http://www.albamovimientos.org>.

con todas estas demandas al Municipio. Esta vez queremos hablar con el Intendente. No queremos que nos sigan dando vueltas y negando los derechos que tenemos de tener una mejor calidad de vida", subrayaron los integrantes del MTD. (*El Mundo de Berisso*, 13 de marzo de 2008)

Esta experiencia da muestras de lo que enuncia el FPDS al constituir al barrio en "territorio", en espacio de construcción económica y política, en disputa con otros proyectos y actores. Además del Estado, se debe mencionar a las Iglesias, las organizaciones de la sociedad civil, las empresas y otros movimientos que luchan por hegemonizar determinada forma de construcción. En las expresiones de los representantes del FPDS entrevistados, también se remite a un lugar de lucha, en tanto "un espacio transformado por el trabajo y, por lo tanto, una producción humana, por lo tanto, espacio de lucha de clases o fracciones de clase siendo, en consecuencia, el lugar de la lucha cotidiana de la sociedad para su devenir" (Barrera y Stratta, 2009: 24).

Describiremos a continuación las formas de intervenir que propone el FPDS en relación con estos territorios y, en particular, cómo interpela y produce a las juventudes en esos escenarios.

El FPDS produce juventud

Partiremos aquí caracterizando a los y las jóvenes que están relacionados con el FPDS, es decir que participan de actividades que el movimiento propone en los barrios etnografiados. Los y las jóvenes que describimos habitan en barrios ubicados en las periferias urbanas, donde se vive un acceso desigual a la ciudad (Rodríguez, Relli y Apella, 2008), evidenciado cuando tienen que faltar a la escuela porque las inundaciones les impiden la llegada; cuando no existen salas de salud cercanas a sus barrios y tienen que desplazarse hasta hospitales lejanos y colapsados; cuando tienen que organizar el viaje al centro de la ciudad para regresar en un horario en que los colectivos sigan pasando (ya que las frecuencias disminuyen de noche); cuando los "transas" (traficantes de drogas) se articulan con la policía que los protege y "ponen en jaque" al barrio (privatizan el uso de algunas calles, impiden el libre camino de los

vecinos y reclutan jóvenes o, en algunos casos, los asesinan).¹¹ Las organizaciones sociales, en particular el FPDS, resultan interpeladas por este escenario. Según su proyecto político, para "construir otro proyecto de país", que ~~resulte~~ transformador de esta realidad, necesitan prefigurar nuevos modos de vivir en el presente, lo que implica aportar herramientas de organización a los vecinos y las vecinas ("el pueblo trabajador"), para mejorar sus condiciones de vida.

Los miembros del FPDS entrevistados hablan de jóvenes en un sentido de uso coloquial, referido principalmente a los y las adolescentes: "Son hijos de compañeros del movimiento que arrastran una realidad bastante dura. Son muy luchadores, me sorprenden" (entrevista a Juan, coordinador del taller de herrería, La Plata, 8 de septiembre de 2009). Estos jóvenes, además, son reconocidos dentro del FPDS como estudiantes, amigos, compañeros, vecinos y trabajadores, que aportan a la economía familiar en la forma en que pueden, ya sea atendiendo el almacén muchas veces ubicado en las mismas casas que viven, trabajando de ayudante en la construcción, juntando cartones para vender o tomando algún curso y recibiendo un plan social. También participan del FPDS jóvenes que no son hijos de los cooperativistas, sino amigos o familiares de algún otro joven que ya participaba o incluso que no tienen vinculación alguna y simplemente se acercaron.

En el trabajo etnográfico realizado, se hace explícita la presencia de miembros hijos de migrantes, tanto internos como externos, de primera o segunda generación, o son ellos mismos migrantes. Aparecen mencionados bolivianos, peruanos y paraguayos, formosños y chaqueños. Quizá esta pregunta de uno de los jóvenes de los talleres expresa la cuestión étnica en los barrios: "¿De qué tribu son?"; aludiendo a jóvenes del barrio Malvinas-La Plata, donde se encuentra una gran migración de tobas.

Muchos de sus padres participan en cooperativas de trabajo en sus distintas modalidades (Argentina Trabaja o Programa de

11. El 1 de enero de 2012, fueron acribillados "por equivocación" tres jóvenes del barrio Moreno, periferia de Rosario, provincia de Santa Fe, que formaban parte del espacio de jóvenes del FPDS. Este caso es un reflejo de la creciente violencia que se vive en las barriadas populares de Latinoamérica, así como la creciente vinculación entre hinchadas de fútbol, drogas y policía. Sus nombres eran Jeremías, Patón y Mono.

Trabajo Autogestivo,¹² entre otros) o cobrando algún subsidio. Estas economías son complementadas con trabajos en la construcción para el caso de los padres, en tanto se registró que algunas madres realizan servicios como la limpieza y el cuidado de enfermos, ancianos o niños. Por lo tanto, al ser sus padres y madres trabajadores precarizados, muchos de los propios jóvenes son beneficiarios de la Asignación Universal por Hijo.¹³

Esto nos da otro elemento sociopoblacional: los jóvenes acuden a escuelas (con distintos grados de permanencia), que generalmente quedan fuera de sus barrios de origen, a las que acuden a pie, en colectivo o en bicicleta. Estas escuelas son públicas, las “escuelas medias” recientemente transformadas en “secundarias” (cuando se revirtió la reforma educativa de los 90) para el caso que tomamos de referencia, la zona sur de Buenos Aires y La Plata-Berisso-Ensenada. El espacio escolar refleja las precariedades a las que están sometidas las periferias urbanas. Existe también el caso de jóvenes, pocos, que concurren a escuelas nacionales dependientes de las universidades (en el caso de la región del Gran La Plata) o privadas.

Estos jóvenes, además de las actividades escolares curriculares, participan de actividades por fuera de la escuela, como fútbol para los varones (conocimos pocos casos de jóvenes mujeres que tengan esta práctica deportiva, aunque existen, y por eso corresponde que se las nombre), volley, danzas tradicionales, karate y boxeo. En el caso de Berisso, hemos registrado mayores ofertas de actividades gratuitas para niñas y niños que para el caso de jóvenes. En el caso de la participación en el FPDS, es variable: algunos participan en talleres de oficios (costura, carpintería, electricidad, herrería), culturales (murales, batucadas, teatro), campamentos, intervenciones callejeras, marchas (a veces por motivos propios, a veces porque “no queda otra” que acompañar a los padres), programas en radios (a cargo de los mismos jóvenes), bandas de música, comedor barrial, copa de leche, y actividades recreativas promovidas por la organización. Además, se constató un caso (barrio la Nueva York, en Berisso)

donde se dio un proceso de articulación entre la escuela a la que asisten los y las jóvenes del FPDS y la radio de la organización.

El FPDS, según lo relevado, les propone enmarcar estas participaciones puntuales en una *propuesta* más amplia, que incluye las asambleas, el diálogo, la toma de decisiones y la reflexión sobre el proceso político que se vive. Una característica que puede considerarse transversal a todas las propuestas es el carácter formativo con que el movimiento las planifica internamente: cada actividad está pensada con un sentido formativo y político que se hace explícito, desde los proyectos productivos, los talleres y las marchas, hasta los espacios de aprendizaje específicos (Giorgetti, 2011).

Pero, como se mencionó en el punto anterior, en todas las acciones el FPDS comparte sus prácticas con otras organizaciones y actores del espacio barrial. De este modo, en un mismo barrio encontramos la organización Un Techo para mi País,¹⁴ agrupaciones religiosas como testigos de Jehová, evangelistas o mormones, jóvenes universitarios de sectores medios que, a partir de las agrupaciones estudiantiles del FPDS, “tienden puentes con los barrios”,¹⁵ promoviendo la participación de diversas actividades con los niños y las niñas, prácticas de extensión, de militancia y asambleas. Un resultado de las investigaciones es que niños, niñas y jóvenes participan de las actividades que se hacen en el barrio, más allá de quién las organice. Por ejemplo, jóvenes que participan de la radio del FPDS y que, a su vez, forman parte de la batucada promovida por el club Estrella de Berisso; otros que, en los fines de semana, después del taller de costura del FPDS, se van a las actividades promovidas por los scouts del barrio, vinculados a la parroquia. En el barrio, se cruzan las actividades, las organizaciones y las pertenencias.

Observamos una serie de procedimientos que desarrolla el FPDS, orientados específicamente a jóvenes, y también analizamos cómo se acercan las y los jóvenes a participar en las organizaciones de base que forman parte del FPDS. Advertimos que en éste conviven militantes con diferentes experiencias: quienes venían

12. Argentina Trabaja es un programa de trabajo a través de cooperativas implementado desde fines de 2009. Aunque se propuso como “nacional”, en realidad no se extendió fuera del conurbano bonaerense.

13. La Asignación Universal por Hijo (AUH) es un plan de subsidios implementado desde 2009, que brinda una suma de dinero a hijos e hijas menores de 18 años de trabajadoras y trabajadores sin ocupación o con empleo informal e ingresos bajos.

14. Un Techo para mi País es una organización de la sociedad civil integrada principalmente por sectores medios y altos, que construye viviendas en barrios populares. En la actualidad, esta organización ha cambiado su nombre. Ver <http://www.techo.org>.

15. Es la metáfora que propone el programa “Tendiendo Puentes”, de la Universidad de La Plata. Más información en <http://www.tendiendopuentes.unlp.edu.ar>.

militando desde antes de la conformación de los MTD, quienes transitan su primera experiencia en el marco del FPDS, quienes proceden de las universidades, quienes tuvieron militancia universitaria y quienes no.¹⁶ En la visita a distintos espacios de la organización, se advierte una composición heterogénea en cuanto al tiempo que destinan a las actividades del FPDS, a su participación en el centro de referencia y al compromiso: algunos militantes tienen alta exposición pública, otros participan en eventos puntuales y asambleas; se percibe la diferencia entre quienes están más involucrados en el lugar (por la forma de hablar, tomar decisiones, moverse en los espacios físicos) y quienes recién están acercándose. En una visita al predio Roca Negra, se pudieron observar varios elementos en este sentido:

En primer lugar, el silencio y las risas nerviosas de un grupo de jóvenes entre quienes no había experiencia asamblearia; en segundo lugar, y en contraste con lo mencionado, una reunión posterior de un grupo de mujeres, donde quien coordinaba, con visible experiencia barrial, integraba y hacía bromas con el resto de los participantes. En este segundo caso, por otro lado, el uso del silencio y el uso de la palabra marcaban la distancia entre quienes se sentían familiarizados con el mecanismo de quienes no lo estaban, y distinguía su aporte a la asamblea en general. (Daniel Giorgetti, nota de campo, Lanús, Centro Roca Negra, diciembre de 2010)

La aproximación al FPDS se puede describir en dos vías. Una es la que siguen chicos y chicas que comienzan a participar políticamente en el territorio donde se desarrolla la organización, pero que no habitan allí. Se trata generalmente de un perfil socioeconómico de estratos medios o medios bajos, que se acercan a colaborar en una organización específica a través de un amigo, o que deciden un compromiso social desde su experiencia universitaria o terciaria. Otra vía la constituye la experiencia de jóvenes que viven en el territorio en sí, que se acercan al FPDS a través de una actividad específica: un proyecto productivo, un taller, una beca, al comedor o a un bachillerato popular.

En estas actividades, quienes participan se van integrando y van asumiendo responsabilidades dentro de sus grupos. Hablan en la asamblea y, llegado el momento de un evento exterior (un campamento de jóvenes a nivel latinoamericano o una asamblea barrial), asumen representación. Es en ese momento, en la mirada de los entrevistados, cuando estos jóvenes comienzan a actuar como parte de la organización. En un trabajo anterior, se ha considerado que las trayectorias de los jóvenes del FPDS implican que, al integrarse plenamente y desarrollar diversas actividades, dejen de ser considerados en función de su condición juvenil y pasen a ser militantes, como si la condición juvenil resultara un camino para acceder a la militancia plena (Giorgetti, 2011).

Se va dando ahora más con los pibes de las cooperativas, pibes de 20, 22 años, que ya venían participando del MTD. Pero con los jóvenes es un proceso bastante más lento... Algunos pibes vienen desde que eran chiquitos al MTD y lo tienen identificado... Pero con los de ahora es más de a poco, porque había algunos que venían de antes y otros nuevos, que no saben cómo funciona el espacio. (Entrevista a Inés, militante del MTD Lanús, 20 de octubre de 2009)

¿Qué hace que unos se sumen y otros no? En las entrevistas mantenidas con anterioridad, se advierte que las vivencias compartidas en los proyectos, los reclamos y las demás actividades van entrelazando las experiencias barriales con la de los jóvenes que se acercan a la organización desde el exterior del territorio. Algunos llegan luego de participar en agrupaciones universitarias y otros se acercan a través de amigos que militan en el FPDS. Algunos relatos de las historias personales que llevaron a la militancia permiten aproximarse a este tipo de trayectoria que estamos considerando. En los casos de jóvenes militantes, se advierte una predisposición para el compromiso social, marcada desde circunstancias personales o familiares, donde la sensibilidad ante cuestiones sociales y la faceta artística han cumplido un papel importante. En todos los casos, el acercamiento al FPDS se da a través de una actividad puntual que funciona como entrada. La participación sistemática en uno de los espacios se diversifica luego con otras actividades y, en el discurso de las entrevistadas, se advierte una clara conciencia de pertenencia. La posibilidad de asumir actividades de organización

16. Para profundizar sobre distintas generaciones de jóvenes al interior de un MTD y sobre las carreras militantes, ver Vázquez (2010) y Giorgetti (2011).

y representación consolida la identidad política, la pertenencia a un “nosotros” del FPDS.

En el proceso que revela la investigación, se observan trayectorias personales que llevan a los y las jóvenes a sumarse como militantes al movimiento, un proceso que se identificó como “trayectorias convergentes” en un trabajo anterior (Giorgetti, 2011). Estas trayectorias se identifican en los pasos que fueron dando los jóvenes militantes al integrarse y asumir responsabilidades en el FPDS. También resulta significativo el proceso de cuestionamiento personal y social en la etapa de la escuela secundaria y la universidad, el peso de tradiciones de lucha en la familia y el entorno, la búsqueda del espacio organizacional en el que se pudieran encontrar una acción concreta, un modo de integrar la expresión y el deseo de justicia social, una perspectiva de construcción política. Las experiencias barriales de organización anteriores probaron ser una referencia mencionada frecuentemente. La pertenencia de los y las jóvenes al FPDS es señalada por los entrevistados a partir del momento en que se comparte la identidad de la organización, y se asumen responsabilidades y representaciones.

También se observaron trayectorias personales que alejaron a estas personas del FPDS. Los y las jóvenes militantes manifiestan dificultades (que hemos mencionado) para lograr que los participantes de los talleres, o los del mencionado proyecto Envión, asuman el lugar de actividades como propio, cuiden las elementos materiales y se sientan parte de los proyectos. De modo aun más claro, se dificultaba la identificación con el MTD o el FPDS. Podemos considerar los obstáculos y los “caminos divergentes” (Giorgetti, 2011) a partir del reflejo de los jóvenes entrevistados, de las visitas y los materiales analizados, pero no se realizó una investigación de los militantes que abandonaron el FPDS. Entre los obstáculos y los caminos divergentes que fueron mencionados por los miembros del FPDS en la investigación, se pueden identificar la insuficiencia de las propuestas para acercar e integrar a jóvenes, la necesidad temprana de buscar salidas laborales y las condiciones propias de socialización, que propone otras alternativas en el espacio barrial y presenta dificultades o desintereses para sumarse a un proyecto político y social. El proceso de producción de juventud que desarrolla el FPDS, y que figura como un elemento central de su proyecto político, encuentra casos en los que se logra la inserción como militantes y la participación, pero también muestra numerosas dificultades para que

adolescentes y jóvenes, en los barrios investigados, se sumen efectivamente y sean los “jóvenes del Frente” que el FPDS manifiesta necesitar.

Comentarios finales

En el período en que estudiamos al FPDS, hallamos una estrategia de construcción de “territorio” que responde a la politización de ciertas problemáticas de los barrios donde se inserta la organización que manifiestan en un acceso desigual a la ciudad. De este modo, intentamos reflejar cómo determinados ejes, como el arreglo de calles, la luz eléctrica, la frecuencia de micros y sus recorridos, se convierten en factores que posibilitan la articulación con otras instituciones y experiencias organizativas para exigirle al Estado. Además de articular, también se disputa el control de territorio de manera más o menos efectiva con la Policía, los transas, las Iglesias, entre otros actores con quienes no se comparte un proyecto estratégico común. En este proceso, el FPDS construye desde la propia realidad social y la base organizacional, con un horizonte de producción alternativa al sistema capitalista; intenta recrear las relaciones sociales con una lógica igualitaria, y promueve la discusión política y la participación.

La participación de jóvenes resulta un elemento importante en el discurso del FPDS y excede la simple continuidad del movimiento y su consolidación, dado que es presentada como una opción por dotar de un protagonismo central a la juventud. Para lograrlo, el recurso no es simplemente sumar jóvenes a las actividades sino volverlos parte del FPDS, en un camino de integración que pasa de los eventos puntuales a la capacidad de representar y participar activamente. En este camino, las y los jóvenes del FPDS dejan de estar circunscriptos a la actividad que les abrió espacio de participación, para abocarse a otras tareas y convertirse en militantes.

Para lograrlo, el FPDS apela a la condición juvenil a través de diversas actividades focalizadas en jóvenes y adolescentes. La asistencia inicial se logra sin mayores dificultades, aunque adolescentes y jóvenes asisten por igual a las actividades de otras organizaciones y, por lo tanto, resulta más firme la propuesta cuando se ha construido territorio de forma más hegemónica (como es el caso de Roca Negra), y las ofertas de otras organizaciones están reducidas. Pero donde se advierten más obstáculos es en la consolidación de

la participación, es decir: los y las jóvenes y adolescentes parecen integrarse de manera circunstancial y responder limitadamente a la convocatoria del FPDS.

Una cuestión que surge en el análisis es la forma en que las organizaciones territoriales incluyen a los jóvenes entre sus ejes nodales. Como señalamos, la caracterización de lo juvenil aparecía reservada a espacios de específicos ("proyecto adolescente" o "espacio de jóvenes", por ejemplo), pese a ser un movimiento compuesto en gran proporción por jóvenes. Y muchos de ellas y ellos parecen no sentirse convocados en torno a la identidad juvenil. Cuando aparecen nombrados en las asambleas de la organización en el territorio, generalmente se vincula con los programas de financiamiento o con circunstancias emergentes, como abusos policiales, consumo de sustancias prohibidas, la "esquina" o la delincuencia. En este sentido, se reproducen barreras de estereotipos que transmite la cultura hegemónica respecto de los jóvenes en general. En muchos casos, quienes participan de las actividades "de jóvenes" no se sienten parte de la organización, y en muchas ocasiones siguen trayectorias que los conducen fuera del FPDS, sin identificarse ni conseguir una participación plena. Esta dificultad se enlaza con la necesidad que se advierte en el FPDS respecto de pensar una política territorial que exceda las actividades, como el comedor y el trabajo autogestionado, que piense una construcción de poder en relación con otros sujetos sociales que comparten los territorios y defina un proyecto concreto de inserción juvenil.

Por último, en términos de las investigaciones realizadas, se advierte la necesidad de profundizar el trabajo de campo con los sectores juveniles de barrios como los considerados. El análisis de la vida barrial, de los movimientos sociales, de la construcción de territorio y de la participación (especialmente la participación juvenil) requiere un conocimiento más completo de esta realidad. Esto implica revisar las vías de llegada a las y los jóvenes de barrios populares, especialmente el sector que resulta menos accesible para las propuestas tanto del FPDS como del Estado y de otras organizaciones, revisando elementos metodológicos y desarrollando un acercamiento que permita conocer sus características, perspectivas y formas de expresión.

Bibliografía

- BARRERA, M. y F. STRATTA (2009), *El tizón encendido, protesta social, conflicto y territorio en la Argentina de la posdictadura*, Lanús, El Colectivo.
- CAMPIONE, D. y B. RAJLAND (2006), "Piqueteros y trabajadores ocupados en Argentina de 2001 en adelante. Novedades y continuidades en su participación y organización en los conflictos", en G. Cateano (coord.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- CERRUTTI, M. y A. GRIMSON (2005), *Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares*, Buenos Aires, IDES.
- CIEZA, G.H. (2006), *Borradores sobre la lucha popular y la organización*, Avellaneda, Manuel Suárez Editor.
- FAJARDO, M.F. (2013), "Gestiones entre el Estado y un movimiento social, peleando por lo público de las políticas", *Revista Aurora*, vol. 6, N° 2 (disponible en: <http://www2.marilia.unesp.br/revistas/index.php/aurora/article/viewArticle/3042>).
- FPDS (2011), *Cartilla de presentación "Nuestra política y nuestro trabajo"*, La Plata, Frente Popular Darío Santillán.
- GALASSI, G. (2011), "Los nuevos pobres en Argentina con la crisis de 2001: criterios de cuantificación y comparación de su perfil con los pobres estructurales", *XI Jornadas Argentinas de Estudios de Población*, Neuquén, septiembre. Disponible en: <https://docs.google.com/open?id=0B8GXE-y8m4MtZGc3Qy16Z3BpcWc> (fecha de consulta: 15 de marzo de 2013).
- GIORGETTI, D. (2011), "Participación juvenil en movimientos sociales urbanos de Argentina contemporánea", tesis de doctorado, Buenos Aires, UBA.
- HIERNAUX, D. y A. LINDON (dirs.) (2006), *Tratado de geografía humana*, Barcelona, Anthropos-UAM-I.
- JAMES, D. (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.
- MAZZEO, M. (2004), *Piqueteros. Notas para una tipología*, Buenos Aires, FISYP.
- (2010), "La izquierda por venir y la nueva generación intelectual argentina", *Revista Herramienta*, N° 5, mayo. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-web/herramienta-web-5>, fecha de consulta: 10 de julio de 2010.

- MERKLEN, D. (2000), "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90", en M. Svampa (ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos-UNGS.
- (2004), "Sobre la base territorial de la movilización popular y sobre sus huellas en la acción", *Laboratorio Online*, año IV, N° 16, Buenos Aires, UBA. Disponible en: http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo/textos/16_2.htm, fecha de consulta: 15 de agosto de 2010).
- MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (2011), *Socialmente Enredados*, N° 2, La Plata.
- MTD BERISSO-MOVIMIENTO DE TRABAJADORES DESOCUPADOS DE BERISSO (2013), *Movimiento que no crece, perece. Memoria del taller de formación. Febrero 2013*, Berisso.
- PACHECO, M. (2004), "Del Piquete al Movimiento. De los orígenes al 20 de Diciembre de 2001", *Cuadernos de la FISYP*, enero, Buenos Aires, Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas.
- PACHECO, M. y D. HERNANDEZ (2009), "El porvenir de una utopía. El bachillerato popular Roca Negra. Frente Popular Darío Santillán: un estudio de caso", Buenos Aires, Frente Popular Darío Santillán. Disponible en: <http://www.prensadefrente.org/pdfb2/index.php/new/2009/04/20/p4520>, fecha de consulta 13 de mayo de 2009.
- PINASSI, M.O. y M.F. FAJARDO (2012), "Juventude e movimentos sociais: o caso da Frente Popular Darío Santillán, Argentina", *III Congresso Internacional do Núcleo de Estudo das Américas*, Río de Janeiro. Disponible en: <http://www.congressonucleas.com.br/trabalhos/Maria%20Orlanda%20Pinassi%20e%20Flornencia%20Fajardo.pdf> (fecha de consulta: 15 de marzo de 2013).
- RAPAPORT, M. (2010), *Las políticas económicas de la Argentina. Una breve historia*, Buenos Aires, Booket.
- RODRIGUEZ, E., M. RELLI, y G. APELLA (2008), *El derecho a tener derechos. Manual de derechos humanos para organizaciones sociales*, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social-UNLP, Colectivo de Investigación y Acción Jurídica y Galpón Sur.
- SACK, R.D. (1986), *Human Territoriality: Its Theory and History*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SCHACHTER, S. (2011), "El ocaso metropolitano, archipiélagos, desmesura y exclusión", *Revista Herramienta*, N° 48, Buenos Aires. Disponible en: <http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-48/el-ocaso-metropolitano-archipelagos-desmesura-y-exclusion> (fecha de consulta: 15 de marzo de 2013).
- SCHNEIDER, S. y I. PEYRE TARTARUGA (2006), "Territorio y enfoque territorial: de las referencias cognitivas a los aportes aplicados a los análisis de los procesos sociales rurales", en M. Manzanal, G. Neiman y M. Lattuada (orgs.), *Desarrollo rural. Organizaciones, instituciones y territorio*, Buenos Aires, Ciccus.
- SCHUSTER, F. (2008), "Argentina. Izquierda política y movimientos sociales en la era kirchnerista", en D. Chávez, C. Rodríguez Garavito y P. Barret (eds.), *La nueva izquierda en América Latina*, Madrid, Catarata.
- SVAMPA, M. (2005), "Tres ejes para una discusión: modelos de dominación, tradiciones ideológicas y figuras de la militancia", Charla en panel sobre movimientos sociales organizado por IEF-CTA en septiembre. Disponible en: <http://www.maristellavampa.net/archivos/ensayo15.pdf> (fecha de consulta: 20 de enero de 2010).
- y S. PEREYRA (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.
- TORRE, J.C. (2002), *Nueva historia argentina*, tomo VIII: *El peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- VAZQUEZ, M. (2010), *Socialización política y activismo. Carreras de militancia política de jóvenes referentes de un Movimiento de Trabajadores Desocupados*, tesis de doctorado, Buenos Aires, UBA.
- VOMMARO, P. y M. VAZQUEZ (2008), *La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos de la Argentina. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)*. Disponible en: <http://es.scribd.com/doc/177248379/La-participacion-juvenil-en-los-movimientos-sociales-Revista-CINDE-Vommaro> (fecha de consulta: 18 de septiembre de 2011).

Fuentes digitales

- Alba de los movimientos sociales (<http://www.albamovimientos.org>).
- Coordinadora de Organizaciones Populares de Argentina (COMPA) (<http://www.compa.org.ar>).
- El Mundo de Berisso-Barrio UDOCBA, *La larga espera*, N° 1.074, del 7 al 13 de marzo de 2008 (http://www.semanarioelmundo.com.ar/archivo_2008/1074/politica_1074/politica_1074_05.htm).
- Frente Popular Darío Santillán (<http://www.frentedariosantillan.org>).
- Ministerio de Desarrollo Social (<http://www.desarrollosocial.gba.gov.ar/index.php>).

Pañuelos en rebeldía. Equipo de Educación Popular (<http://panuelosen-rebeldia.com.ar>).

Programa Envión (<http://www.envion.gba.gov.ar/wordpress>).

Roca Negra (<http://proyectorocanegra.wordpress.com/>).

TECHO (<http://www.techo.org>).

Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes

María Celeste Hernández, Josefina Cingolani y Mariana Chaves

Introducción

Un objetivo de nuestros estudios es interpretar los modos de ver, hacer y sentir la ciudad desde el punto de vista de niños, niñas, adolescentes y jóvenes.¹ En trabajos previos, hemos identificado que, en contextos de periferia urbana, el barrio ocupa un lugar central en la organización de la vida cotidiana, donde transcurren tiempos y espacios en un constante ver y ser visto (Chaves, 2009, 2010; Hernández y otros, 2010). Considerando estos resultados, optamos por referirnos al barrio como un espacio denso, que intensifica las relaciones entre las personas que lo habitan, y cuya densidad es mayor aun si consideramos que a muchas de ellas les alcanzan los dedos de las manos para contar las veces que “salieron del barrio” o fueron “al centro”.

Para este capítulo, hemos decidido poner en diálogo datos contruidos en las experiencias individuales de investigación en un mismo barrio de la ciudad de La Plata, que se ubica en la zona sur del partido, por fuera del Casco fundacional. La discusión se organiza en dos ejes: la espacialidad de nuestros actores desde la intersección clase, edad, género y territorio, y la construcción de las edades a través de la regulación del uso del tiempo, el espacio y el cuerpo. Para ello, desarrollamos una mirada etnográfica *de cerca y de dentro* (Magnani, 2002), problematizando los modos de habitar y enfocada en la dimensión etaria. El trabajo de campo estuvo centrado sólo en los niños, los jóvenes y las familias que viven en condiciones de pobreza en el barrio.

El texto se organiza en cinco secciones, además de esta introducción. En la primera, se describe con más detalle el barrio,

1. Para abreviar, se utilizará la sigla NNAyJ.

discutiendo desde la experiencia etnográfica el carácter homogéneo que suele adscribirse a la periferia y ciertas imágenes sobre las formas espaciales de la pobreza. En la segunda, se profundiza en la cotidianidad de niños, niñas y jóvenes para comprender los tiempos, los espacios y los circuitos que usan y construyen. Desde su perspectiva, se erige también la tercera parte del capítulo, donde analizamos regulaciones del espacio al interior de la casa. Necesariamente atentos a la interseccionalidad que ubica socialmente a las personas, en el apartado se reflexiona sobre las relaciones entre los clivajes de edad, género y clase social que moldean la espacialidad de las personas y, con ella, las prácticas y las relaciones que el espacio propicia y limita. La cuarta sección está enfocada en los permisos y las transgresiones para estudiar dos maneras en que el tiempo y el espacio participan en la construcción de la alteridad etaria. Cerrando el capítulo, en la quinta sección, se trabaja sobre las formas de socialización que el espacio con edades habilita, y las relaciones que se forjan en este proceso donde infancias y juventudes pueden ser negociadas.

Espacios heterogéneos

En 2010, un investigador francés vino a un congreso en la ciudad de Buenos Aires; nos habíamos conocido en un viaje anterior, y ahora quería visitar La Plata. Deseaba conocer el lugar de nuestras investigaciones, del que le habíamos hablado como espacio de nuestro trabajo de campo con niños, adolescentes y jóvenes en condiciones de pobreza. Lo buscamos en la terminal de ómnibus local –él venía de Buenos Aires–, y fuimos en auto hasta el barrio. En el trayecto, dejamos atrás la simetría que ordena la cuadrícula fundacional de la ciudad para ir entrando en zonas donde el proceso de suburbanización no se ajustó a los parámetros higienistas de sus planificadores. Esta diferencia pone en evidencia la estructuración desigual de la ciudad señalada en muchas ocasiones por los habitantes como “el adentro” o “el afuera” de la ciudad (Segura, 2010).

Llegamos al barrio y empezamos a caminar. Hacía mucho calor. “No es como me lo imaginaba”, dijo.² “No es un barrio pobre”,

2. Adoptamos como formato de estilo las comillas para palabras textuales de entrevistados o conversaciones de campo, y las cursivas para términos de referencia científica que queremos resaltar.

agregó cuando íbamos por la tercera cuadra andando por la calle sin veredas. “¿Qué imaginabas?”, le preguntamos. “Una villa”, dijo, dejando a la vista una *estereotipación* común sobre la pobreza en Latinoamérica (Hall, 1997); y comenzó a enumerar las características que construyen esa representación: “casas apiñadas, pasillos, madera, chapas, superpoblación, hacinamiento”. “En este barrio hay pobres, pero no es una villa. No todos los pobres viven en villas o asentamientos”, le explicábamos para cuestionar la *tipificación estereotipada* que de la pobreza en Argentina tienen en otros lugares –y, a veces, también acá–, mientras seguíamos avanzando por las calles de tierra bordeadas de zanjas con agua estancada.

Si el espacio físico se superpone de manera *turbia* (Bourdieu, 1999) con el espacio social, el barrio ejemplifica este carácter cada vez que las distancias sociales no se corresponden con estar lejos físicamente. La trama urbana encontrada ha permitido poner en duda el lugar de los estereotipos clasificadores de la pobreza que producen otredades absolutas y geografías homogéneas; por ejemplo, la villa (Hall, 1997). Que el espacio físico y el social no se articulen de manera plena y transparente en términos de homogeneidad habilita los calificativos heterogéneo y desigual para describir el barrio desde una perspectiva sociourbana. Un ejemplo es la diversidad en términos de construcción y habitabilidad que pueden observarse en una misma cuadra (diferencia en los tipos de materiales utilizados, en la disponibilidad y la calidad de servicios, entre otros elementos).

El barrio forma parte de la delegación municipal Villa Elvira, una de las 18 que conforman el partido de La Plata. Luego del Casco, Villa Elvira es el Centro Comunal que aloja la mayor cantidad de habitantes según el Censo Nacional de Población y Vivienda, que para 2001 contaba 59.476 habitantes.³ Esta delegación es uno de los casos que permite ver la expansión paulatina de la urbanización por

3. Datos elaborados por la Dirección de Estadística y Evaluación de Programas Especiales. Municipalidad de La Plata. A partir del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda 2001 (<http://www.estadistica.laplata.gov.ar/paginas/PUBLICACIONES/CONSORCIO.pdf>) (fecha de consulta: 7 de noviembre de 2012). A la fecha de escritura del capítulo, siguen sin estar disponibles los datos del censo 2010 desagregados por delegación municipal, que permitirán actualizar y contrastar tal información. Si se encuentran disponibles los datos generales por partido, que muestran a nivel municipio un incremento de población del 2001 en 574.369 a 2010 en 654.324 habitantes (Ministerio de Economía de la provincia de Buenos Aires: <http://www.ec.gba.gov.ar/Estadistica/pobvibob2.html>, fecha de consulta: 7 de noviembre de 2012).

fuera del Casco fundacional hacia el sudeste, por avance sobre zonas rurales. Los índices socioeconómicos para el conjunto del centro comunal muestran un panorama de peores condiciones que el del Casco fundacional, y por debajo del promedio del partido. Si consideramos como indicador las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI),⁴ en Villa Elvira, de los 16.418 hogares, 13.955 no presentan NBI, mientras que sí aparecen en 2.464. En términos porcentuales, hay necesidades insatisfechas en el 17,1% de su población, cifra que se encuentra por encima del promedio del partido (12,8%), y que en el Casco desciende a 2,1%. Cuando se mide la pobreza por el índice de Privación Material de los Hogares, el 63,9% no presenta privación, y el 36,1% restante presenta distintos tipos.⁵ Completando esta imagen generalizadora, podemos agregar que un 32,36 % de la población figuraba como ocupada en 2001, de la cual el 40,8% se desempeñaba como obrero o empleado del sector privado, un 36,8% lo hacía en el sector público, y el resto principalmente como trabajadores por cuenta propia. Por último, en cuanto a las estadísticas educativas, el panorama de aquel momento daba cuenta de que el 34,5% de sus habitantes asistían a establecimientos educativos, mientras que la población que no asistía se dividía en dos: por un lado, el porcentaje de habitantes que concurrían a la escuela y habían dejado de hacerlo (61,2%), y por otro, aquellos que nunca habían asistido (4,3%).

La inclusión de estos datos puede colaborar para construir un panorama general, siempre y cuando tengamos presentes los parámetros para la comparación. Para nuestro interés, el problema de esta información es que su lectura no permite ahondar en las

4. Los hogares con Necesidades Básicas Insatisfechas son aquellos que presentan al menos uno de los siguientes indicadores de privación: a. hacinamiento (hogares que tuvieran más de tres personas por cuarto); b. hogares en una vivienda de tipo inconveniente (pieza de inquilinato, vivienda precaria u otro tipo, lo que excluye casa, departamento y rancho); c. hogares que no tuvieran ningún tipo de retrete; d. hogares que tuvieran algún niño en edad escolar (6 a 12 años) que no asistiera a la escuela; e. hogares que tuvieran cuatro o más personas por miembro ocupado y, además, cuyo jefe no haya completado tercer grado de escolaridad primaria. Según metodología utilizada en "La pobreza en la Argentina" (Serie Estudios INDEC, N° 1, Buenos Aires, 1984).

5. Distribuidos en 16,1% de recursos corrientes (se asocia con la insuficiencia del flujo monetario que sirve para cubrir necesidades de consumo inmediato; como aproximación, se utiliza la capacidad económica de los hogares); 10,1% patrimonial (se asocia con la imposibilidad de acumular capital físico o humano; como aproximación, se utilizan las condiciones habitacionales), y 9,9% convergente (la simultaneidad de las anteriores en un mismo hogar).

características propias del barrio en estudio. No sólo porque no hay desagregación por barrio dentro de las cifras por delegación, sino además porque estos números homogeneizan las diferencias y las desigualdades internas de la delegación municipal a partir de la construcción de promedios entre habitantes con vidas disímiles. No se han construido datos estadísticos para el barrio, no lo hemos hecho en nuestra investigación, y localmente, como dijimos, las estadísticas sólo se desagregan hasta la escala de delegación. De todos modos, creemos que algunos datos, como decíamos, si bien no son específicos, son útiles para caracterizar Villa Elvira en comparación con el contexto de la región y dar cuenta de las desigualdades que se presentan en el partido.

Para observar de qué manera se distribuyen los datos al interior de la zona, se hace necesario *andar por el barrio*. En ese andar, transitaremos calles de asfalto y de tierra que se entrecruzan, y veremos algunos predios baldíos –cada vez menos–, lo que pone en evidencia que el espacio construido no está totalmente consolidado. Como indicamos previamente, en una misma cuadra podemos encontrar consecutivamente viviendas de materiales costosos con paredes de mampostería y techos de chapas, con otras más inestables: construcciones de madera sin baldosas en los pisos y con cubierta de cartón o zinc ("casillas"). Casas de una sola pieza junto a chalets de tres habitaciones. Unas con baño completo adentro de la vivienda, otras con solo un retrete, y varias con el baño fuera de la casa. La infraestructura de servicios se distribuye sin planificación previa desde las empresas o el Estado, generando una imagen de aleatoriedad en su disponibilidad. El tipo de acceso puede estar determinado por el pago o no, y la calidad de los servicios puede ser diferencial si se trata de conexiones registradas o no registradas (agua, electricidad, televisión por cable).

Andar por el barrio nos permitió identificar distribuciones de posiciones desiguales y ubicar a las personas en el espacio social. La reflexión sobre aquellas manzanas donde, separadas sólo por algunos metros, se ubican familias socialmente distantes se ilumina con los planteos de Gutiérrez (2007), quien, desde una perspectiva relacional para el análisis de la pobreza, reconoce que el valor que adquieren los capitales en cada caso, lejos de tomarse como esencia, existen y deben considerarse desde su importancia en un contexto estructural determinado. Retomando su propuesta, indagamos sobre los habitantes del barrio en relación con los capitales que poseen (sociales,

económicos, culturales y simbólicos). Por ejemplo, en relación con la escolaridad (capital cultural), algunos jóvenes y adultos tienen estudios universitarios, mientras otros sólo cursaron algunos años en la escuela primaria. Hay familias que pertenecen a sectores medios, o son el resultado de procesos de descenso social, hoy empobrecidos respecto del pasado familiar, y otras que han mejorado su calidad de vida porque antes la pobreza era mayor. Las trayectorias de vida familiares, así como las relaciones sociales que establecen sus miembros por trabajar, pasar por determinadas instituciones, mantener relaciones de amistad o de parentesco, moldean el capital social.⁶ La posición social de los grupos familiares y las personas con que trabajamos debe pensarse también en relación con otros clivajes que emergieron con relevancia, como el género, la edad y la nacionalidad.

El capital económico de los habitantes se relaciona con sus puestos de trabajo, que en algunos casos son registrados y permanentes, mientras que en otros se trata de trabajos irregulares y, en general, del tipo no registrado. Hay casos en que los habitantes son propietarios de los terrenos y viviendas mientras que en otros no, y se encuentran en condición de inquilinos, ocupantes o a préstamo, tanto del terreno como de la casa. La disponibilidad de terrenos, y la posibilidad de adquirir o alquilar viviendas a bajo costo, han propiciado el traslado de personas vinculadas entre sí por lazos de parentesco o lugar de origen, haciendo que los vecinos sean, además –en muchos casos–, integrantes de un mismo grupo familiar o provenientes de una misma región.

“Somos pobres, pobres, así que no tenemos ni un peso”, explicó Juliana (16 años),⁷ una de las chicas del barrio. Ésta es una percepción de la ubicación del sujeto en un sistema que arma posiciones diferenciales según el dinero que se posee. La autopercepción de la condición de pobreza y el lugar donde se ubican en relación con otros se habilita por la experiencia de la desigualdad, de la diferencia

conocida de cómo es la vida de otros y de cómo fue/es/podría ser la vida propia si se tuviera, por ejemplo, más dinero.

El desencuentro entre la percepción espacial de la pobreza del colega francés con la nuestra y la de Juliana nos sirve como ejemplo para mostrar que las representaciones sobre las posiciones sociales suelen incluir una imagen de determinada forma espacial. En el caso de la pobreza en la Argentina, se estereotipa, por ejemplo, en las unidades residenciales del tipo villa. En este estereotipo, la condición de pobreza es acompañada por una determinada *espacialidad*,⁸ es decir, se asocia con una serie de suposiciones sobre la organización del espacio, los usos y los *modos de habitarlo*.⁹ No desconocemos las condiciones materiales de los lugares de residencia, pero el intento analítico es poner en diálogo ese conocimiento, generalmente definido desde “fuera” del barrio, con un punto de vista nativo. Esto implica tener en cuenta las miradas, los deseos y los pesares de las personas que allí viven, así como su definición de las condiciones de vida y su espacialidad.

Andar por el barrio

Reunidos en la esquina, frente a la escuela, nos mira un grupo de chicos conocidos. Desde la verdulería, saluda la tía de Rocío, y luego nos cruzamos con dos de sus hijos que llevan una jarra de plástico en dirección a su casa. Llegando a la entrada del pasillo, sorteando las chapas ubicadas sobre el suelo embarrado por las lluvias de los últimos días, una de nosotras entra con intención de visitar a una de las familias con las que hacemos trabajo etnográfico. Nos encontramos con Rocío (10 años), que había ido a la escuela a la mañana, y ahora salía apurada a buscar a su hermano menor. La jornada en la “casa de los bebés”,¹⁰ donde el pequeño asiste diariamente, ya

6. Según Gutiérrez, “de la gama de recursos posibles, el capital social aparece como uno de los más importantes a la hora de analizar situaciones de pobreza” (2007: 21).

7. Se coloca la edad biológico-cronológica como dato que pueda servir para un ejercicio comparativo con las concepciones hegemónicas sobre los grados de edad que pueda atravesar al lector. No hay correspondencia universal entre este dato de paso del tiempo y la biología, con las experiencias de la edad o el procesamiento social de la edad. Un abordaje antropológico, por lo tanto, requiere problematizar estos datos para ahondar en el carácter socialmente construido de la niñez y la juventud (James, Jenks y Prout, 1998).

8. Trabajaremos con la noción de espacialidad en el sentido en que la utilizan Alicia Lindón (2005, 2006) y Sherry Ortner (2005).

9. Como categoría analítica, *modos de habitar* está retomada del trabajo de Michel de Certeau (2000).

10. En lo que se conoce como Barrio Aeropuerto (B.A.), se ubican tres emprendimientos sociales de una organización social que trabaja con niños, adolescentes y jóvenes desde hace más de 25 años, contribuyendo a achicar la brecha en la efectivización de derechos de los chicos y las chicas, y así mejorar las condiciones de vida de ellos y sus familias, según su fundamentación. La organización se compone de un hogar convivencial,

había finalizado y a Rocío, por mirar televisión, se le había hecho tarde para ir a retirarlo. Iba preocupada pensando que su mamá la retaría si volvía de trabajar y se enteraba de que se había demorado tanto en buscarlo. Ofrecimos acompañarla y salimos hacia la calle, esquivando nuevamente los charcos de agua del pasillo.

Sentada sobre un banco en la vereda de la casa de adelante, estaba Diana (11 años), con su hermano bebé en la falda. Junto a ella, jugaban a las bolitas dos de sus hermanos y otros niños que viven del otro lado de la calle. Al vernos, preguntaron dónde íbamos, y tras la respuesta de Rocío, seguimos ligero nuestro camino. En la esquina, nos encontramos con Romina (11 años), que venía caminando en el sentido opuesto, ya había cumplido con la tarea asignada, y regresaba a su casa con su hermana pequeña de la mano. Después, Rocío saludó a una señora mayor que tomaba mate junto al cerco de su vivienda: "Le dicen la abuela, a veces nos regala cosas cuando le hacemos los mandados", explicó. Al llegar a la "casita", entró a buscar a su hermano. Leandro (2 años) salió descalzo con las zapatillas en una mano y un pedazo de pan en la otra; la mujer que cuidaba la puerta nos hizo un comentario, la saludamos y nos fuimos.

Leandro caminaba unos pasos detrás de nosotros, observando todo lo que pasaba a su alrededor. Se distrajo viendo a un grupo de hombres que volvían a sus casas con ropa de trabajo y, si no fuera por la advertencia de su hermana, que no dejaba de mirarlo, casi se cae

un centro de día y cuatro emprendimientos productivos ubicados en otros barrios, y tres centros de día en el barrio en el que estamos trabajando. Todos estos emprendimientos forman parte del sistema de promoción y protección de derechos de niños, niñas y adolescentes que articula la Subsecretaría de Niñez y Adolescencia del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires, en la implementación de la ley provincial 13.298. Se trata de un sistema donde el Estado terceriza –para decirlo de algún modo– la atención de los chicos en organizaciones sociales o fundaciones, financiando parcialmente el funcionamiento y monitoreando el trabajo. Los centros de día nombrados en este trabajo están ubicados a unas cuadras uno de otro, como ya dijimos, en el mismo barrio. Uno es conocido como "la casa de los bebés", y está destinado a niños desde su nacimiento hasta los 5 años de edad. El otro es "la casita" o "la casa de los niños", donde van los que tienen entre 5 y 12 años. Y finalmente, "la casa joven", donde participan adolescentes y jóvenes a partir de los 13 y hasta los 18 años. A los tres centros, se asiste algunas horas diarias, realizando actividades de recreación y educativas; reciben alimentación y asistencia para la resolución de vínculos con el Estado (trámites, juicios, documentación, salud, entre otras). Los espacios institucionales poseen uno o dos coordinadores y adultos educadores (término empleado por los integrantes de la organización para referirse a los adultos que trabajan con los chicos; posee para ellos un vínculo de sentido con la noción de educador popular).

en una de las zanjias. Permaneció un momento en una montaña de tierra y basura, conversando con algunos hombres. Rocío lo esperó sin prestar mucha atención y, cuando terminó su charla, seguimos caminando. Al llegar al pasillo, nos encontramos con Darío (8 años), otro de los hermanos, que volvía de "la copa de leche",¹¹ haciendo equilibrio con una pesada olla. Al vernos, saludó preguntando si ese día iríamos a la plaza.

En la cuadra donde viven Rocío y sus hermanos, viven muchos niños, pero los vínculos más estrechos los establecen con quienes van a su misma escuela primaria, "la del barrio"; con ellos caminan juntos a los centros de día¹² y se acompañan a buscar la merienda. También son ellos con quienes comparten los espacios públicos cercanos a sus casas, o con quienes entran y salen de ellas. En la misma cuadra, viven más niños, pero su infancia transcurre en espacios diferentes de los de Rocío: no van a las escuelas del barrio, no se aprovisionan de comida en organizaciones, quizá realicen trabajo doméstico, pero no quedan a cargo de sus hermanos, y cuando están en el barrio permanecen dentro de sus casas. "Tienen más plata", explica Juliana, en el marco de aquella conversación sobre los que vivían en el barrio.

"El barrio" puede tener diferentes significados según la posición que el enunciador tiene en la estructura etaria.¹³ Por ejemplo, el barrio como lugar practicado por los niños y las niñas con los que trabajamos es equivalente a "la cuadra"¹⁴ en la escala espacial de los adolescentes y los jóvenes. El "afuera" de la casa se construye como la misma frontera para ambos grupos de edad, pero el "afuera" del barrio es muy distinto, porque –como dijimos– el tamaño y la forma del "barrio" son diferentes para cada grupo. Al mismo tiempo, el "barrio" no denota sólo espacio material, lugares y metros de distancia,

11. Se nombran de este modo acciones colectivas organizadas en los sectores populares que ofrecen alimento en un territorio. Mayormente, están lideradas por mujeres; muchas funcionan en sus propias casas, algunas tienen locales sólo para eso o usan edificios de otras instituciones del barrio (clubes, iglesias). Brindan cualquiera de las comidas del día, en general sólo una, y en los últimos tiempos en modalidad de vianda para llevar a la casa.

12. Ver nota 10 sobre centros de día.

13. Tenemos como referencia las conceptualizaciones de Evans-Pritchard (1977) sobre la relación entre espacio y sociedad, y de Merklen (2005) sobre los múltiples significados que puede adoptar el "barrio".

14. El barrio se organiza, en su mayoría, en cuadrículas de 100 metros aproximadamente cada cuadra.

sino que también nombra un espacio social de pertenencia demarcado por las relaciones que suceden en él: "el barrio es el lugar donde están mis amigos", "es el lugar del que soy y al que defiendo", "es mi familia", "donde juego", y donde puedo ser y estar.

En una vivienda con muchos integrantes, las tareas domésticas son varias; es frecuente que los chicos, y mayormente las chicas, colaboren en la limpieza y se ocupen del cuidado de los más pequeños. El uso del tiempo y del espacio de quienes tienen a su cuidado a los más chicos se debate entre responsabilidades y deseos, y da lugar a tensiones que los cuidadores resuelven, en muchos casos, incorporando a los pequeños a sus actividades. Así, por ejemplo, Carina (8 años) conoce una de las plazas más distantes en la zona porque allí se reúnen sus hermanos adolescentes con sus amigos y, como ella suele quedar a su cuidado, la llevan a donde vayan. La niña contaba que, al llegar, se va a los juegos y se queda ahí con otros chicos, mientras sus hermanos juegan al fútbol o conversan con los demás. Luciano (10 años), en varias oportunidades, fue al centro de la ciudad con su hermano, en el marco de salidas de varones más grandes que a veces se pelean, cosa que él recordaba con orgullo porque participó defendiendo a los del barrio. Estos son ejemplos donde se amplía el espacio de circulación para los niños en compañía de alguien mayor. Esta experiencia del espacio junto a otros puede involucrar a padres y madres, pero en múltiples ocasiones son los hermanos o los primos mayores los que hacen posible el andar por un "barrio" que se va haciendo, a medida que se crece, cada vez más extenso.

El hecho de pasar buena parte del día en el espacio público caracteriza a la infancia y la juventud de los sectores más pobres del barrio. Lo habitan en ese andar, conociendo lugares y conociéndose. En ese transitar, también se hacen cuerpo las distancias sociales, cuando la atención de los niños se dirige a las casas de mayor porte, con portones eléctricos, o cuando la mirada, tanto de ellos como de los adolescentes, se dirige a motos o autos nuevos, a los cuales –o junto a los cuales– se toman fotografías. Los espacios de vida se amplían caminando con otros, pero en el mismo proceso no sólo se recorren distancias mayores, sino que también se abren nuevos espacios de sociabilidad.

Conocer el barrio de dentro y de cerca, desde la perspectiva de sus niños y jóvenes, implicó compartir cotidianidad. Las conceptualizaciones de Ulf Hannerz (1993) nos permitieron avanzar sobre la comprensión del uso y la construcción de los tiempos, los espacios y los circuitos, construyendo una tipología de los distintos papeles

que las personas desempeñan.¹⁵ Teniendo en cuenta, por un lado, los espacios por los que los niños y los jóvenes del barrio transitan cotidianamente, y por otro, las actividades que allí realizan, esbozamos nuestra clasificación distinguiendo cinco ámbitos. En cada uno de ellos, incluimos una serie de lugares y actividades realizadas por los niños y los jóvenes del barrio:

1. Ámbito institucional: las escuelas, la "casita", copas de leche, comedores, iglesia y templo.
2. Ámbito doméstico o de parentesco: casa propia y de familiares.
3. Ámbito de aprovisionamiento: casas o comercios donde van a pedir alimentos o trabajar (cuidar niños, limpiar, cortar pasto, cuidar caballos), la casa propia o de familiares o amigos, y las copas de leche o comedores.
4. Ámbito de recreación: las propias casas, la de amigos o familiares; espacios públicos como la plaza, las veredas y las esquinas; instituciones, espacios donde juegan, escuchan música, andan en bicicleta, pescan o cazan palomas entre otras actividades. En algunas oportunidades, con mayor frecuencia en la adolescencia y la juventud, van a la playa del Río de La Plata o al centro de la ciudad.
5. Ámbito de vecindad: se desarrolla entre la cuadra y zonas más o menos distantes de la casa propia, dependiendo de la edad, y configura gran parte de la vida en el barrio.

Esta clasificación nos permitió mapear los espacios, las acciones y el tiempo en que se desarrollan. Esto posibilita, a su vez, identificar la multiplicidad de prácticas que se realizan, los diferentes actores y marcos regulatorios con que interaccionan, y registrar los límites en los accesos, los desplazamientos y los saberes sobre el barrio y la ciudad. En el cruce entre prácticas de investigación y

15. El autor formula las nociones de "repertorio de papeles", para dar cuenta de los tipos de participaciones situacionales e intencionadas que realizan las personas durante su vida, e "inventario de papeles", para referir a la totalidad de tipos de participaciones que se presentan entre miembros de una comunidad o una sociedad. Ambos conceptos le permitieron realizar, para el caso de la ciudad occidental moderna, una distinción entre cinco dominios o ámbitos, cada uno de los cuales contiene numerosos papeles: 1) doméstico y de parentesco; 2) de aprovisionamiento; 3) de recreación; 4) de vecindad, y 5) de tránsito.

de participación en una organización social,¹⁶ construimos los datos que permitieron formular la anterior clasificación y desde la cual nos situamos para conocer.

Para los adolescentes, en el cruzarse con otras personas, parecería que se juega el lugar que cada uno tiene en el barrio. Lugar en términos de posiciones, fama, prestigio y reconocimiento. Hay una diferencia de género marcada en algunas formas de transitar la calle entre mujeres y varones adolescentes y jóvenes. En los varones, cabría una interpretación en términos de construcción de masculinidad a partir de territorios de dominación. El cuerpo adopta un tono de alerta, la postura es erguida, se eleva el volumen de la voz, y se va por la calle ocupando un amplio espacio, en el intento de que sean los vehículos los que se corran y no el peatón. Pueden ir arrojando piedras a distintas cosas, o golpeándose entre ellos en un juego de manos y patadas que los hace reír, insultar y avanzar con complicidad. Si se cruzan con chicas, les silban o dicen cosas, en general con comentarios inscriptos en seducciones que incluyen frases sexuales explícitas o palabras que nombran la posesión que se quiere hacer sobre la mujer, en un imaginario de expresión de los deseos que ellos suponen ellas tienen, y también sobre diacríticos de belleza por ellos valorados. Cuando no son de su agrado, se los hacen saber. Por su parte, las

16. En el caso de la colega que trabaja con jóvenes, Mariana Chaves, había sido miembro de "la casa de los niños", coordinadora de una actividad artística recreativa durante tres años, pero no hacía investigación en ese territorio. Fue con posterioridad, en 2010, cuando, al iniciar como acción político-social el emprendimiento "Casa joven B.A.", decide trasladar su referente empírico a este mismo territorio, en coincidencia con el estudio de jóvenes en condiciones de pobreza que había iniciado un año antes. Uniendo de esta manera el territorio de intervención con el de investigación, y proponiendo, además de la etnografía y las entrevistas, estrategias de construcción de datos en espacios colectivos con las y los adolescentes y jóvenes. En el caso de Celeste Hernández, su incorporación al espacio de biblioteca de "la casa de los niños" se realizó en paralelo al inicio de su investigación (fines de 2008), pensando desde el principio en la doble tarea de ingresar al barrio y contactar a los niños desde este lugar, y al mismo tiempo realizar trabajo comunitario como forma participar en procesos de restitución de derechos. La tercera autora de este capítulo, Josefina Congolani, es miembro del equipo de investigación, pero no ha participado de las tareas en las organizaciones que aquí se describen. Nuestro doble papel de investigadoras y activistas construyó un formato de antropólogas "voluntarias" o, según desde donde se nos nombre, militantes sociales con mirada etnográfica. Esto ha posibilitado aportes recíprocos entre una y otra tarea, que sólo podemos escindir analíticamente y que nos ha llevado a algunas reflexiones político-científicas y metodológicas (Bover *et al.*, 2011; Chaves *et al.*, 2011). En la nota al pie que sigue, se explican las "casas" de bebés, niños y joven.

chicas los ven venir y parecen prepararse para escuchar, sin saber si será a favor o en contra de su imagen femenina. Su tono muscular se tensa, pero creando algunas veces una representación de timidez: bajan la cabeza, los miran de reojo. En otros casos, miran a alguno en particular, sonríen o se mantienen altivas, pasando a su lado como si ellos no estuvieran ahí. Las prácticas de cortejo están llenas de vericuetos comunicacionales, desencuentros de señales o concordancias. Los cruces son múltiples en el espacio barrial, se continúan en las escuelas –porque van a la misma o porque van a las puertas de otra para verse–, en las "jodas"¹⁷ que hacen en las casas, o en las salidas a bailes o bares.

El atardecer le imprime otra dinámica al barrio. Al bajar el sol, los más chicos comienzan a preocuparse por regresar a casa: "se está haciendo de noche", repiten mientras apuran el paso. Varias tardes en su casa, Darío (8 años) nos señalaba la ventana para indicar que anochecía y, por lo tanto, que tendríamos que regresar a nuestras viviendas. Los temores asociados a la oscuridad, que se profundizan en las zonas en que el alumbrado público está ausente, limitan el uso del espacio, que va quedando gradualmente vacío. Hacia la hora de la cena, los niños y los adolescentes tienen que estar en su casa. Ese mismo anochecer, que para ellos significa meterse adentro, para otros habitantes del barrio marca el inicio del estar afuera: da comienzo al tiempo de la ocupación de la esquina por varones jóvenes más grandes que los que participan de nuestra investigación (en general, mayores de 18 años). Ese lugar, cruzando la calle de la casa de Darío, es donde se juntan "los pibes de la esquina", y son foco de atención de quienes conviven cotidianamente con ellos. Permanecen hasta la noche conversando, observando el movimiento de la calle, fumando o consumiendo alcohol. Sus prácticas son centro de atención de quienes viven en las proximidades, y se generan interacciones que son tematizadas en los relatos. Los adultos, como los niños y otros jóvenes, los conocen por sus nombres, muchos de ellos "nacieron en el barrio" y, al igual que para otras personas, muchos de los vecinos pueden contarnos la red de parentesco en la que se inscriben, conocen sus lugares de residencia y están al tanto de sus acciones. En una combinación de miedo y respeto, la mayoría

17. Joda: en Argentina y Uruguay, significa diversión. En el caso de los y las jóvenes, se circunscribe, según este contexto de enunciación, a juntarse en una casa con amigos, escuchar música, beber y bailar.

evita intercambiar con ellos palabras o miradas, pero su presencia no pasa inadvertida.

El discurso de la seguridad emerge en relación con estos jóvenes de la esquina en dos formatos: como protección y como peligro. Para este último caso, Mirta (31 años), mamá de 7 hijos, relata su deseo en relación con “la seguridad de los muchachos que se juntan en la esquina, eso me gustaría que el día de mañana cambiara”; alega que “no es buen ejemplo para los chicos chiquitos”, y argumenta que “uno tiene que estar explicándole a los hijos qué hacen, qué no están haciendo, que por qué, si está bien o está mal, tenés que estar vigilando”. Su comentario se amplió con el relato de una serie de robos a viviendas vecinas en ausencia de sus propietarios, y el cuidado que debían tener para evitar que sus casas quedaran solas, bajo la hipótesis de que habían participado “los de la esquina”. Otro vecino contó las peleas por los robos y las amenazas que continuaban vigentes sobre los jóvenes, de parte de hombres adultos cuyos hogares habían sido violentados supuestamente por ellos. Por otro lado, el formato de la protección se torna visible en el discurso de otra mamá, Griselda (28 años), quien afirma que, a pesar de que “son juntas malas” para sus hijos, “los pibes esos que paran en la esquina los hacen respetar a los chicos. Ponele, las nenas, que nadie les venga de otro lado a decirles nada, que nadie se pase porque ellos enseguida lo ubican al que se pasó”. En esta forma de utilizar el espacio público, también vislumbramos la cuestión de la dominación territorial masculina, que se menciona para otra situación en párrafos anteriores.

La presencia de “jóvenes grandes” en la esquina, a diferencia de otras situaciones en que personas pertenecientes a diferentes grupos etarios comparten un mismo lugar, pone en evidencia un conjunto de representaciones y valores para los que todos tienen una narración elaborada: sobre el uso del tiempo, la comercialización y el consumo de drogas y alcohol, el trabajo, las relaciones de género y la productividad de los sujetos. Muchos adultos lo hacen colocando a estos jóvenes en un tiempo-espacio-acción alejado de las proyecciones para sus hijos: es el lugar al que no hay que ir, en el que no hay que estar, y mucho menos “terminar ahí”. Para algunos jóvenes más chicos, estos “viejos” representan lo que no se quiere hacer mañana, si es que se reconocen prácticas delictivas en ellos; pero, si no, se los asocia a una proyección de futuro que será salir de trabajar, volver al barrio, tomarse una cerveza con los amigos, fumar unos cigarros, charlar, “joder un rato” y luego ir a dormir para “laburar” de nuevo al otro día.

Los límites de la casa

Cierta gramática del espacio separa simbólicamente la casa y la calle como si fuesen dos dominios de sentidos opuestos de intimidad, afectos y relaciones personales, por un lado, y por otro, aquéllos ordenados por los decretos, las leyes y las relaciones impersonales. Varios autores han discutido sobre este par categorial (Da Matta, 1997; Magnani, 1998; Da Silva Mello y Vogel, 2007), pero sobre todo han mostrado que se trata de términos relacionales, y su definición es contextual. Agregaremos que, además, resultan insuficientes en tanto no alcanzan para nombrar algunas dinámicas de la construcción de los límites de “la casa” observadas en nuestro estudio.

Las dimensiones de la vivienda en contexto de pobreza son menores, comparadas con las casas del modelo de familia de clase media y alta, símbolo sinonímico de la pertenencia a la modernidad capitalista. No hay un espacio dormitorio para cada integrante, o para separarlos por grupos de edades o género, como propone la cartografía hogareña de la moral hegemónica. Como tampoco, en general, hay un espacio de comedor, cocina y living separados, como sí los hay en las imágenes televisivas y publicitarias. La vida cotidiana, puertas adentro de la casa suburbana en la pobreza, transcurre en un intenso estar juntos, en un verse y rozarse permanente, donde la *intimidad* se construye con marcas materiales diferentes de las de viviendas de otros sectores sociales. Los lugares donde el otro no puede entrar, no puede tocar o no puede mirar pueden estar señalados por lo que hay dentro de un cajón o una caja, o un límite construido por una cortina, por un ropero o por la disposición misma de los muebles. Esto lleva a que, si sólo reconocemos las paredes como fronteras espaciales, no distinguiremos las diferencias, y cometeremos el error de estar parados en lugares equivocados; por ejemplo, los que corresponden, o no, a las visitas.

Un análisis etario de las regulaciones del espacio al interior de la casa indica que las personas con una jerarquía menor en la organización familiar, por ejemplo, los hijos, y entre hermanos, los más chicos, deben principalmente acatar la distribución del espacio (y el tiempo) que se les ofrece. Algunas veces, esto es causa de conflictividad, por la resistencia a través de distintos mecanismos de protesta o transgresión, con los cuales se disputan los límites espaciales y temporales, y en ello, los límites del gobierno del otro.

Actividades como limpiar la vajilla, lavar y colgar la ropa, hacer las tareas escolares, jugar, o sentarse con las visitas a conversar y

tomar mate, se realizan muchas veces –si el clima lo permite– en los espacios *por fuera* de las paredes de la vivienda, pero se sigue *dentro de la casa*. El uso de este espacio *intermedio* entre casa y calle, junto a la cercanía entre las viviendas, habilita a que, mientras se vive la *intimidad* del hogar, sea posible observar, escuchar y conocer la vida de algunos vecinos, del mismo modo que se es observado y escuchado. Esta misma dinámica es la que ocurre adentro de las paredes, si el punto de vista lo colocamos en las relaciones entre edades y géneros. Al crecer, se intentará una ocupación del espacio, una toma de decisiones sobre el tiempo y un uso del propio cuerpo y las acciones que se realizan, cada vez más autónomos. Para ese proceso, se vuelve generalmente atractivo estar “afuera” (no es de todos modos posible homogeneizar), jugar en las veredas, la calle, reunirse en una esquina, ir a la plaza y salir de la casa. O quedarse dentro, pero en lo posible solo.

Un rasgo sobresaliente de la espacialidad de los niños, diferente de la de adolescentes y jóvenes, es el lugar central que ocupa la cuadra donde se ubica su vivienda y la de sus pares. Si bien gran parte de su tiempo transcurre en el espacio público, las casas son lugares de referencia, cuyos límites parecen redibujarse a partir de su continuo entrar y salir, poniendo en tensión la dicotomía casa/calle (Thomassim, 2007). El espacio de la calle es donde se encuentran con sus amigos y con la posibilidad de entretenerse fuera de la mirada de sus cuidadores (aquí sí hay coincidencia entre los más chicos y los más grandes).

En el corrimiento de los límites, según sea la situación, la casa no se desdibuja para todos ni todo el tiempo. El ingreso está socialmente regulado. Los límites simbólicos de la vivienda señalan a quienes están habilitados o no a pasar de la calle a la casa. La posibilidad de atravesar la puerta de ingreso, el alambrado, el cerco o el borde dependerá de las confianzas, las redes de relaciones y los conflictos que eventualmente puedan existir entre los residentes y sus visitantes. Para niños, adolescentes y jóvenes, también rigen tales pautas, pero se flexibilizan, sobre todo para los más chicos. En ocasiones, las relaciones entre adultos pueden influir en las viviendas que son visitadas por los NNyJ, pero también éstos se vinculan entre ellos según su propio criterio. Esto se acentúa de forma conflictiva para los adolescentes y los jóvenes que no cumplen con los imperativos que se les indican sobre el tipo de persona con el cual estar (la famosa “mala junta” declarada por los padres).

Pareciera que, al crecer, no sólo se amplía la superficie del espacio material de la experiencia, como mencionamos en la sección

anterior, sino que paralelamente se trazan con más fuerza los límites de la casa, al reconocerse con más claridad las posibilidades de dónde entrar/salir. Además de las edades, este proceso adquiere un formato diferencial por género. Aunque entre los NNyJ con los que trabajamos no se marquen grandes diferencias en los permisos para usar el espacio de la casa y del afuera, en las conversaciones con sus cuidadores (madres, tía, entre otros), se pone de manifiesto una idea de lo femenino vinculada al hogar y de lo masculino a la calle. Griselda (28) hablaba de una de sus hijas: “Ella es... ay, no sabés lo que es... ella es re activa. Aparte hace todas cosas de varón, le gusta jugar a la pelota, le gusta salir, va, viene, es así ella, toda tremenda”. La tradicional y vieja dicotomía “mujer en el espacio doméstico y hombre en el espacio público” se reactualiza reproduciendo jerarquías en la autonomía de los y las jóvenes en relación con el uso del espacio, el tiempo y el control de los cuerpos, produciendo a lo masculino con mayor autonomía geográfica que lo femenino.

Un punto interesante para sumar al análisis de los límites de la casa es prestar atención a los ruidos y las conversaciones que se esconden, o que se dicen sin importar quiénes estén presentes. El tipo de vivienda de las familias más pobres, sus materiales y su distribución hacen que en la casa las conversaciones sean mayoritariamente compartidas por los que están presentes. En la comparación con estudios sobre sectores medios y altos, se identifican diferencias en torno a la segmentación por edades sobre lo posible/deseable de escuchar y las formas de comunicación intrafamiliar, así como se encuentran similitudes interclase en los vínculos de “incomunicación” (según el decir de los padres) entre adolescentes y jóvenes con los adultos (Chaves, 2011). En la sociedad hegemonizada por los valores burgueses, se ha avanzado en una paradoja donde, a la segmentación por edades de lo posible de decir y escuchar, se le ha superpuesto una indiferenciación etaria a través de la masificación de productos culturales que permiten un consumo multitario por un lado, y de la entrada, también masiva, de algunos “nuevos integrantes de las familias”: la radio, la televisión e Internet, por el otro.¹⁸

Tanto en el caso de las mediaciones tecnológicas como en los dichos en la casa, se abre la posibilidad de circulación de informaciones

18. Sobre esta discusión, es recomendable el artículo de Cristina Corea “Los Simpson o la caída del receptor infantil” (1999).

y palabras entre personas de distintas edades. Estas enunciaciones parecieran tensionar los límites etarios de lo que se puede o no escuchar, decir, compartir, saber, opinar, divulgar. Independiente de los sentidos que cada actor, en relación con sus experiencias de vida, pueda otorgar a lo escuchado, la disponibilidad de información ocurre, y aquí nos interesa en tanto enciende interrogantes por la construcción de las alteridades etarias. Por un lado, porque hablaría de un modo de crianza donde los límites no necesariamente siguen un modelo de regulación que se flexibiliza al aproximarse a la adultez a través de una propuesta de gradualidad de contenidos (así funciona, por ejemplo, la escuela). Por otro lado, porque, aunque los significados varíen entre quien enuncia y quien escucha (entre otras cuestiones, por la edad de los sujetos involucrados), las palabras pueden ser apropiadas/repetidas por NNAyJ, generando preguntas por su sentido e incorporándolas a su repertorio. A partir del análisis de las explicaciones dadas por los adultos en distintas situaciones y ante diferentes interlocutores, puede identificarse una regulación de lo decible/escuchable en términos de regímenes de lo adecuado, explicitando de esta manera un determinado orden moral. Otro elemento a analizar es que las frases que circulan vehiculizan sentidos que tienen efectos sobre las relaciones en el barrio. Pueden, por ejemplo, desencadenar peleas entre vecinos y familiares, o incluso intervenciones sobre las familias desde instituciones estatales u organizaciones sociales, cuando el contraste entre modos diferentes de conceptualizar infancias, juventudes, familias o modos de crianza entra en disputa.

Permisos y transgresiones: tiempo y espacio como eje de la alteridad etaria

En esta sección nos interesa, a través de la observación de los permisos y las transgresiones de los NNAyJ, profundizar en el espacio como un campo en el que se produce el “proceso mismo de construcción y disputa de alteridades etarias” (Kropff, 2011). Se trata del análisis de los conflictos por la regulación del tiempo y el espacio para definir, afianzar o discutir el tipo de relaciones entre edades (jerarquías, autoritarismos, capacidades de agencia). Ejemplificaremos con dos formas en que lo visibilizamos, y que funcionan como dos caras de una misma moneda: por un lado, cuando se imponen prohibiciones de uso de determinados espacios y tiempos como forma

de castigo por transgresiones realizadas, y por el otro, cuando se delimita con espacios y tiempos lo que es posible hacer.

El discurso de los que están a cargo de los más chicos –adultos, a veces jóvenes– contiene muchas marcas espaciales y temporales para indicar las fronteras de lo permitido, lo tolerable y lo prohibido. “Hasta acá llegaste” es una forma expresiva del punto máximo de lo tolerable. “No te pases de la raya” dibuja preventivamente el acercamiento a lo que no será permitido. “Te quedás sin salir” es palabra de castigo. “Volvé antes que se haga de noche” indica la temporalidad del permiso. “Andá a jugar, pero que yo te vea” construye el espacio sobre el que puede moverse. “Anda mal en la escuela, así que no puede salir” revela cómo, de un incumplimiento en un ámbito de la vida, se traspone un castigo a otro ámbito. Estas dinámicas no tienen novedad, son antiquísimas en los modos de crianza y las estrategias de socialización de la sociedad hacia sus nuevos miembros en todas las clases sociales. Nuestro aporte es utilizarlas para comprender la construcción de la estructura etaria y de género, y el tipo de relaciones que se establecen.

En el barrio, los límites del territorio autorizado para que los niños circulen en soledad o en compañía de otros niños de su edad se superponen aproximadamente con la cuadra, y se extienden a otros puntos donde se ubican las instituciones que frecuentan o donde se sabe que hay algún vecino o pariente. Si quieren “irse para otro lado”, los niños se ven obligados a volver a su hogar y “pedir permiso”. Diariamente nos encontramos con situaciones de niños y jóvenes amenazados o castigados. Generalmente, las amenazas giran en torno a los lugares a donde ellos tienen permitido ir, colocando como parámetro la lejanía o la cercanía de la propia vivienda. En la adolescencia y la juventud, son mayormente varones quienes pasan prácticamente todo su tiempo libre en la calle junto a otros pares. Por lo tanto, prohibir la salida del hogar es uno de los castigos más frecuentes. Las mujeres, que se encuentran muchas veces más escolarizadas que los varones, permanecen menos tiempo que ellos en la calle. En este caso, el comportamiento “no deseado” para las mujeres se vincula a las salidas con determinadas personas. Ellas son más vigiladas en cuanto a la compañía, el miedo de los padres es mayor, y por lo tanto se las controla más. El recurso utilizado por las jóvenes para transgredir, muchas veces, es la mentira.¹⁹ En

19. Las mismas situaciones han sido registradas por otros investigadores en trabajos con sectores sociales semejantes (Artiñano, 2009; Silba, 2011).

algunas ocasiones, la regulación de la espacialidad de niños y jóvenes, negando permisos para ir a determinados lugares en ciertos horarios, tiene como objetivo restringir los vínculos que el uso de los espacios habilita.

Una amenaza recurrente, cuando hay reincidencia en las transgresiones, consiste en proponer un traslado territorial a mayor distancia mientras más grande se considere la falta: "te voy a mandar a vivir con tu hermana" (en otro barrio) o "te mando al Chaco" (provincia de origen). El traslado a las regiones de origen de la migración familiar, donde hay parte de la familia extensa, ha sido registrado exclusivamente para adolescentes y jóvenes varones, y se funda en la dificultad de evitar que se reúnan con pares no deseados por sus padres o realicen prácticas vinculadas con el consumo y la comercialización de drogas, el robo, inasistencia o negación de ir a la escuela o situación de no trabajo. Cualquiera de ellas, o bien el entrecruzamiento de varias, llevan a la aplicación de este castigo excepcional. Esta medida última, adoptada por los cuidadores para que se respeten las normas establecidas, contribuye, en todos los casos encontrados –pero podría ser justamente lo inverso–, a una mejora en la economía doméstica, al reducir el número de integrantes del hogar, ya que el individuo saliente, por distintos motivos, no realizaba aportes en esta economía familiar.

Permisos o negaciones, retos, amenazas y castigos se presentan como modos de regular el comportamiento de niños y jóvenes pero, en tanto se aplican muchas veces sobre sus posibilidades de vivir el espacio, constituyen también elementos reguladores de su espacialidad, de su temporalidad, y de las relaciones que éstas habilitan. Funcionan como soportes materiales de mecanismos de control destinados a moldearlos como sujetos sociales, apuntalando la interiorización de normas y valores, y al mismo tiempo habilitando la capacidad de agencia del sujeto.²⁰ La edad aparece entonces como uno de los criterios organizadores de la vida social de NNyJ en el barrio, junto a la clase y el género. Cada uno de estos clivajes puede ser pensado en términos de diferenciales de poder, donde un grupo, en este caso niños, adolescentes, jóvenes, en otros mujeres, varones o minorías étnicas o migrantes, ocupa un lugar de subordinación. El cruce de estas categorías da lugar a una intersección (Lugones, 2008) que moldea una espacialidad.

Palabras de cierre

La edad se construye en parte como dato social en la materialidad de los desplazamientos realizados, y la autonomía del sujeto se hace palpable en la distancia espacial y temporal que se logra en relación con otros sujetos (sobre todo, si se trata de aquellos con los que establece relaciones de dependencia; ejemplos: madre, maestro). Según la ubicación en el sistema de grados de edad para nuestros interlocutores, salir del barrio involucra alejarse de las cuadras que son habitualmente vividas, ir al centro o desplazarse a otra localidad. En uno u otro caso, tal posibilidad tiene lugar en compañía de alguien unos años mayor, ya sea hermano, primo o tío, que, sin ser necesariamente adulto, ya ha pasado por la experiencia y conoce cómo hacerlo. Ésta es una característica relevante de su socialización, y uno de los modos en que saberes y valores circulan y se instituyen.

La geografía de niños y jóvenes se moldea además en diálogo con los criterios de quienes están a su cargo y, si bien muchas veces los límites espaciales son respetados, en ocasiones también son transgredidos. Al usar los espacios permitidos o prohibidos, obediendo o subvirtiendo lo establecido, ellos negocian sus infancias y sus juventudes a partir de las interacciones con pares, personas de otros grupos etarios y con los lugares andados, creando determinadas espacialidades (Lopes Jader y Vasconcellos, 2005; Muniz Figueiredo Costa, 2010).

A lo largo de este trabajo, hemos intentado dar cuenta de diversos modos en que la edad y el espacio se interrelacionan en una construcción mutua. Entendemos que lo dicho es particular para el caso concreto de los NNyJ con que trabajamos. Y ello es así en vistas de su posición social en la interseccionalidad que crean la clase, la edad, el territorio y el género. Sabemos que, si esta posición modela la experiencia, las mismas situaciones pueden ser significadas de diversos modos, dependiendo de quién las vive. La relación entre niños de diversas edades, y sus jóvenes hermanos o parientes, limita y habilita espacialidades compartidas que, de diversas maneras, y nunca linealmente, moldean modos de ser niños y jóvenes. En ello se juega una característica del grupo de personas con que trabajamos, en tanto gran parte de su cotidianidad no transcurre en espacios formalmente separados por y para grupos/grados de edad.

20. Entendemos la agencia en el sentido de Butler (2002).

Bibliografía

- ARTINANO, N. (2009), *Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza en el inicio del siglo XXI*, tesis de maestría en Trabajo Social, Facultad de Trabajo Social-UNLP. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/2104/Documento_completo.pdf?sequence=1 (fecha de consulta: 14 de noviembre de 2012).
- BOURDIEU, P. (1999), *La miseria del mundo*, Barcelona, Akal.
- BOVER, T., M.C. HERNÁNDEZ, M. CHAVES y M. SPERONI (2011), "Distancias: investigación etnográfica y militancia social con niños/as y jóvenes", en *Actas electrónicas IX Reunión de Antropología del Mercosur*, Curitiba, 10 al 13 de julio. Disponible en: http://www.sistemasmart.com.br/ram/arquivos/ram_GT03_Lic_Tomas_Bover.pdf (fecha de consulta: 15 de noviembre de 2012).
- BUTLER, J. (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Buenos Aires, Paidós.
- CHAVES, M. (2009), "Barrio y centro en La Plata: dinámicas generacionales y biográficas de apropiación del tiempo y el espacio", *VIII Reunión de Antropología del Mercosur*, Buenos Aires, inédita.
- (2010), *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*, Buenos Aires, Espacio.
- , R. SEGURA, J. INFANTINO, M. BLANCO, E. BERGE, T. BOVER, M.C. HERNÁNDEZ, F. FAJARDO, D. GIORGETTI, S. SOLER, M. MUTUVERRIA, S. FUENTES y S. MORA (2011), "Ética, compromiso y política en la producción de conocimiento", en *I Coloquio Internacional de Investigación Cualitativa "Investigación cualitativa. Logros, perspectivas, problemas y desafíos: Hacia una propuesta institucional"*, 9 y 10 de junio, Buenos Aires, CEIL-PIETTE-Conicet/UBA/UNLP.
- (2014 en prensa), "Jóvenes entre el centro y la periferia de la ciudad, del Estado y de la academia", *Cuadernos de Políticas Sociales Urbanas*, UNTREF.
- COREA, C. (1999), "Los Simpson o la caída del receptor infantil", en C. Corea e I. Lewkowicz, *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*, Buenos Aires, Lumen-Hvmanitas.
- DA MATTA, R. (1997), *A casa & a rua*, Río de Janeiro, Rocco.
- DA SILVA MELLO, M.A. y A. VOGEL (2007), "Cuando la calle se transforma en casa: algunas consideraciones sobre *habito et diligo* en el medio urbano", *Cuadernos de Antropología Social*, N° 25, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras-UBA, pp. 29-49.
- DE CERTEAU, M. (2000), *La invención de lo cotidiano I*, México, ITESO.
- EVANS-PRITCHARD, E.E. (1977), *Los nuer* (1940), Barcelona, Anagrama.
- FERES, J.C. y X. MANCERO (2001), "El método de las necesidades básicas insatisfechas (NBI) y sus aplicaciones en América Latina", *Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos*, N° 7, Santiago de Chile.
- GUTIERREZ, A. (2007), "Herramientas teórico-metodológicas de un análisis relacional para los estudios de la pobreza", *Global Theme Issue on Poverty and Human Development, Council of Science Editors (CSE)*. Disponible en: <http://www.councilscienceeditors.org/globalthemeissue.cfm> (fecha de consulta: 8 de noviembre de 2012).
- HALL, S. (1997), *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Popayán-Lima-Quito, Envión Editores-IEP-Instituto Pensar-Universidad Andina Simón Bolívar.
- HANNERZ, U. (1993), *Exploración de la ciudad*, México, FCE.
- HERNÁNDEZ, M.F., M. CHAVES, C. CHIMELARO, A. CLEVE, G. DUARTE y A. QUINTEROS (2010), "Pequeña ciudadanía: tensiones entre el derecho abstracto, las políticas públicas y la vida cotidiana de adolescentes en el B.A.", en *Actas Electrónicas VI Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, diciembre.
- INDEC (1984), "La pobreza en la Argentina", *Serie de Estudios INDEC*, N° 1, Buenos Aires.
- JAMES, A.; C. JENKS, y A. PROUT (1998), *Theorizing Childhood*, Cambridge, Polity Press.
- KROPFF, L. (2011), "Apuntes conceptuales para una antropología de la edad", *Avá. Revista de Antropología*, N° 16, pp. 171-187.
- LINDON, A. (2005), "Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias", en R. REGUILLO y M. GODOY (eds.), *Ciudades y translocales: espacio, flujo, representación*, México, ITESO-SSRC.
- (2006), "Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial", en P. Ramírez Kuri y M. Aguilar Díaz (coords.), *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, México, Anthropos.
- LUGONES, M. (2008), "Colonialidad y género", *Tabula Rasa*, N° 9, julio-diciembre, Bogotá, pp. 73-101.
- MAGNANI, J. (1998), *Festa no pedaço: cultura popular e lazer na cidade*, San Pablo, Hucitec, 2ª ed.
- (2002), "De perto e de dentro: notas para uma etnografia urbana", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 17, N° 49, pp. 11-29.
- MERKLEN, D. (2005), *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires, Gorla.

- LOPES JADER, J.M. y Tânia de VASCONCELLOS (2005), *Geografia da infância. Reflexões sobre uma área de pesquisa*, Juiz de Fora, FEME.
- MUNIZ FIGUEIREDO COSTA, B. (2010), *Crianças e suas geografias: processos de interação no meio técnico científico-informacional*, Programa de Pós-Graduação em Educação, abril, Niterói. Disponible en: <http://geografiadainfancia.blogspot.com> (fecha de consulta: 12 de noviembre de 2012).
- ORTNER, S. (2005), "Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna", *Etnografías Contemporáneas*, año 1, N° 1, pp. 25-54.
- SEGURA, R. (2010), *Representar. Habitar. Transitar. Una antropología de la experiencia urbana en la ciudad de La Plata*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, IDES, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, inédita.
- SILBA, M. (2011), *Vidas plebeyas: cumbia, baile y aguante en jóvenes del Conurbano Bonaerense*, tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Facultad Ciencias Sociales-UBA, inédita.
- THOMASSIM, L.E. (2007), "Imagens das crianças da periferia em projeto sociais esportivos", en M.P. Stigger; F.J. Gonzáles y Da Silveira R. (orgs.), *O esporte na cidade*, Porto Alegre, UFRGS.

EPÍLOGO

De cerca y desde adentro: la mirada etnográfica

José Guilherme Cantor Magnani

La línea maestra que de cierta forma hilvana los capítulos de este libro puede ser identificada en el análisis del incidente relatado por María Celeste Hernández, Josefina Cingolani y Mariana Chaves en el comienzo de "Espacios con edades: el barrio y la pobreza desde los niños y los jóvenes" de esta compilación: la decepción del investigador francés a medida que entraba, junto con ellas, en el barrio de la periferia de la ciudad de La Plata, donde desarrollaban su trabajo:

- "No es como me lo imaginaba [...], no es un barrio pobre".
- "¿Qué imaginabas?"
- "Una villa [...], casas apiñadas, pasillos, madera, chapas, superpoblación, hacinamiento".

Fue preciso explicarle que sí era un barrio pobre, pero no una villa miseria, según el estereotipo corriente sobre la situación de pobreza urbana en Latinoamérica. Más aun, en términos de construcción y habitabilidad, desde una mirada más de cerca, lo que se podía observar allí era una variedad de soluciones: algunas casas con paredes de mampostería y techos de chapas o de tejas, al lado de casas de madera, sin baldosas en el piso; otras con baño adentro de la vivienda, completo –ducha e inodoro–, algunas sólo con retrete, la mayoría con agua por medio de cañería declarada o sin declarar, etc.

A partir de la constatación de esa variedad de soluciones, en lo que se refiere a la vivienda en aquella situación específica del referido capítulo, me gustaría extenderla a otras situaciones descritas en el libro, ampliando su alcance a un dominio más general: el de las

reglas y los principios ordenadores de la sociabilidad, del uso y de la apropiación del espacio público, de los regímenes de negociación, etc., constitutivos de la red de relaciones que organiza el cotidiano en el contexto urbano. En la actitud del investigador extranjero, que explicitó una visión estereotipada al identificar, sin más, pobreza, villa miseria y exclusión social, no hay espacio para percibir y apreciar la presencia de esas reglas; todo se reduce a una perspectiva homogeneizante.

Dicha mirada, sin embargo, no es exclusiva de observadores de afuera. Es muy común, por ejemplo, en la sucesión de noticias sobre ciertos eventos, como manifestaciones de protesta con enfrentamientos callejeros, casos de violencia urbana, atraso de trenes y hasta inundaciones después de fuertes lluvias, la elaboración de reportajes con énfasis en el supuesto caos que rige en las grandes metrópolis contemporáneas, principalmente de los países del llamado tercer mundo o, según el eufemismo corriente, “emergentes”. Esta visión, por otra parte, no es exclusiva de materias periodísticas, sino que se encuentra también en análisis académicos.

En mi libro *Da periferia ao centro: trajetórias de pesquisa em antropologia urbana* (2012), agrupé los abordajes más corrientes que encaran el fenómeno urbano contemporáneo desde el enfoque del caos y señalé algunas consecuencias de esas visiones. En primer lugar, se pueden distinguir aquellos análisis, y respectivos diagnósticos, que responsabilizan a factores estructurales por las deficiencias del sistema de transporte y saneamiento básico, subempleo, déficit de viviendas, aumento de los índices de polución y la violencia. Por otro lado, algunas lecturas describen escenarios marcados por rupturas en el plano de la sociabilidad en función de avances tecnológicos que vuelven obsoletas formas de comunicación y convivencia tradicionales: en este caso, el caos es “semiológico”.

Aunque por diferentes razones, ambas perspectivas –aquí polarizadas a efectos comparativo– conllevan a conclusiones similares en términos de cultura urbana: deterioro de espacios y equipamientos públicos con la consiguiente privatización de la vida colectiva, segregación y evitación de contactos, confinamiento en ambientes y redes sociales restringidas.

Tomándose en conjunto ese debate, lo que se observa es, en primer lugar, la ausencia de los actores sociales y de su participación en el cotidiano de la ciudad, que es vista como una entidad distinta de sus habitantes: resultado de fuerzas económicas transnacionales,

de las élites locales, de *lobbies* políticos, intereses inmobiliarios y otros factores de orden macro, parece un escenario desprovisto de acciones, actividades, puntos de encuentro, redes de sociabilidad.

En verdad, no es propiamente la ausencia de actores sociales lo que llama a atención, sino la referencia al papel determinante de un cierto tipo de agente. En algunos análisis, por ejemplo, la dinámica de la ciudad es acreditada de forma directa y sin mediaciones al sistema capitalista: cambios en el paisaje urbano, propuestas de intervención (planeamiento estratégico, recualificación, *gentrification*) –algunas, inducidas por el poder público o en colaboración con el sector privado– no pasarían de ser adaptaciones a las fases del capitalismo, que es erigido, en calidad de variable independiente, como la dimensión explicativa última. En este caso, cuando aparecen actores sociales, son los representantes del capital y de las fuerzas del mercado: financistas, agentes del sector inmobiliario, inversores privados.

En cambio, los habitantes propiamente dichos, aquellos que, en sus múltiples redes, formas de sociabilidad, estilos de vida, desplazamientos y hasta divergencias, constituyen el elemento que, en definitiva, le da vida a la ciudad, no aparecen, y cuando esto ocurre, es de forma pasiva: son los excluidos, los expoliados. Algunos de esos estudios, además, incluso presuponen una imagen de la vida pública cuyo prototipo es la ciudad de la Alta Edad Media europea, o aun la ciudad-Estado antigua, cuya centralidad era simbolizada y garantizada por algunas instituciones que dominaban el espacio público. En ciudades como Buenos Aires, San Pablo, e incluso La Plata, por ejemplo, no hay una sino varias centralidades y, en lugar de procurar un único principio de orden que sostiene la dinámica de la ciudad en su totalidad, más acertado sería intentar identificar esas diferentes centralidades y los múltiples ordenamientos que en ellas –y a partir de ellas– ocurren.

Dichas ciudades no pueden ser consideradas sencillamente como aglomerados urbanos que crecieron en demasía y de forma desordenada; de ahí los problemas y las distorsiones. Su escala y su tamaño imponen cambios en la distribución y la forma de los espacios públicos, en las relaciones con el espacio privado, en el papel de los espacios colectivos y en las diferentes modalidades por medio de las cuales los agentes (habitantes, visitantes, trabajadores, funcionarios, sectores organizados, segmentos excluidos, “desviados”, etc.) usan, se apropian y se insertan en cada una de esas formas de relaciones espaciales.

Ciertamente, habría que preguntarse si el ejercicio de la ciudadanía, de las prácticas urbanas y de los rituales de la vida pública no tiene, en el contexto de las grandes ciudades contemporáneas, otros espacios. Para esto, se hace necesario buscarlos con una estrategia adecuada: es la propuesta de la antropología por medio del método etnográfico. La presencia de inmigrantes, visitantes, residentes temporales y de minorías; de segmentos diferenciados respecto a la orientación sexual, necesidades especiales, identificación étnica o regional, preferencias culturales y creencias; de grupos articulados alrededor de opciones políticas y estrategias de acción contestatarias o propositivas, y de segmentos marcados por la exclusión. Toda esa diversidad induce a pensar no en términos de fragmentación o de multiculturalismo difuso, sino en la posibilidad de sistemas de intercambios de otra escala, con asociaciones hasta entonces impensables, permitiendo arreglos, iniciativas y experiencias de distintos matices.

Evidentemente, no se pueden negar todos aquellos problemas señalados en los diagnósticos con base en los grandes números, comprobados también por la experiencia cotidiana de la gente en las grandes ciudades contemporáneas; ni, por supuesto, los intereses de las corporaciones transnacionales y de las élites locales en la instancias decisorias sobre el ordenamiento urbano y su influencia en el deterioro de la calidad de vida de gran parte de la población.

Sin embargo, la pregunta que queda es: ¿eso es todo? ¿Dicho escenario agota el abanico de las experiencias urbanas? ¿No sería posible llegar a otras conclusiones, develar otros planos cambiando este foco de análisis, de lejos y desde afuera, por otros métodos e instrumentos de investigación, como los de la antropología? Es aquí donde entra la mirada de cerca y desde adentro, propuesta para dar inicio a la percepción de los patrones de comportamiento, no de individuos aislados, sino de los múltiples, variados y heterogéneos conjuntos de actores sociales cuya vida cotidiana transcurre en el paisaje de la ciudad y depende de sus equipamientos.

Esa alternativa, que aparece y es citada en varios capítulos de este libro, es lo que permite identificar, a partir de distintos modos de vida de los habitantes de la ciudad, una variedad de reglas de convivencia, de uso, valoración y apropiación del espacio público, no necesariamente consensuales. El conflicto está presente, las lógicas pueden ser diferentes, pero no por ello se pierden en una supuesta anomia. Es lo que las distintas investigaciones de este libro demuestran en sus capítulos. En el primer artículo, "Aparecer, bailar

y actuar en la ciudad: modos de ser punks, breakers y cirqueros", no obstante el carácter supuestamente marginal de esas prácticas frente a manifestaciones canónicas y hegemónicas del arte —en razón, entre otras, de la apariencia considerada "fea y rara" de los punks por ejemplo, o de actitudes de transgresión—, ocupan espacios, dejan sus huellas, conforman circuitos en el tejido urbano y, de cierta forma, establecen nuevas modalidades de marcar diferencias —y, por qué no, de expresar descontento frente al *status quo*—.

Y si, en el artículo siguiente, "Trayectos y trayectorias urbanas de jóvenes en Buenos Aires: territorios y moralidades en juego", es la presencia de jóvenes de clase alta y media, las chicas del CUBA, y la de estudiantes de la escuela de formación de la Policía Federal, con sus estrategias y sus juicios de valor sobre los respectivos trayectos por la ciudad lo que está en evidencia, en "¿Fuera de lugar? (In)visibilidades, conflictos y usos del espacio público", es el estigma sobre "la banda de la frazada" lo que no les da a esos chicos del barrio el "derecho al anonimato". Y, por fin, en "Barrio, territorio y movimientos sociales: la construcción juvenil en el Frente Popular Darío Santillán", es el carácter más político, con sus *impasses* y alternativas, lo que sobresale en el análisis.

No me pareció adecuado retomar en detalle, o por tema de investigación, o hacer un resumen de lo tratado en cada capítulo, puesto que se perdería justamente la riqueza de cada etnografía, bien desarrollada en los respectivos textos. Lo que importa —una tarea quizás para más adelante— sería señalar y resaltar los puntos de contacto de esos temas en diferentes ciudades, no solamente en La Plata, Buenos Aires y San Pablo, sino también en otras más, como por ejemplo en las ciudades medias de la Amazonia, más precisamente en las orillas a lo largo del río Solimões, uno de los actuales recortes empíricos de investigación del Núcleo de Antropología Urbana de la Universidad de San Pablo (USP). De este modo, se lograría ampliar un provechoso intercambio institucional y caminar hacia una antropología de la ciudad, en sus múltiples escalas, poniendo a prueba las categorías de análisis por medio de creativas etnografías en la ciudad como muestra este libro.

No está de más reiterar que dichas categorías —*pedaço*, mancha, trayecto, circuito, pórtico— fueron sacadas del uso de sentido común y corriente como categorías nativas, pero que, elaboradas teóricamente y articuladas en un conjunto, permiten describir la dinámica de los actores sociales en el tejido urbano: a partir de sus

pedaços, donde el vínculo es de pertenencia entre iguales, ellos recorren trayectos que nada tienen de aleatorio, sino que, reconocidos y reiterados, conforman manchas y circuitos más amplios en el paisaje urbano.

A mi juicio, las regularidades que subyacen en los principios ordenadores de la sociabilidad, del uso del espacio público, de los regímenes de negociación, etc., constitutivos de la red de relaciones que organiza el cotidiano en el contexto urbano –al que hice mención en el inicio de este epílogo–, sólo logran ser develadas por la mirada “de cerca y desde adentro” que caracteriza a la aproximación etnográfica, lo que las investigaciones de este libro claramente comprueban. Por el contrario, la perspectiva “desde afuera y de lejos”, por sí sola, no va más allá de instancias macroeconómicas o demográficas, entre otras, que no tienen en cuenta justamente la trama de lo cotidiano. La postura etnográfica, sin la pretensión de descartar otras perspectivas –al contrario, sumándose a ellas–, podrá contribuir, desde su especificidad, a una mejor comprensión del complejo fenómeno urbano contemporáneo en sus distintas escalas y contextos históricos.

Sobre los autores

Elena Paz Bergé nació en la Capital Federal el 5 de septiembre de 1981. Licenciada en Antropología (Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP) y doctoranda en Ciencias Sociales (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP). Ayudante diplomada de la cátedra Antropología Social 1 y docente del seminario “La cuestión juvenil: teorías, políticas y debate público” (Facultad de Trabajo Social, UNLP). Moderadora de la Red de Investigadores en Juventudes Argentina. Investigadora del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad (LECYS-FTS-UNLP). Se especializa en el estudio de las relaciones entre juventudes y estilos culturales.

Tomás Bover nació en la ciudad de La Plata en 1983. Licenciado en Antropología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP). Doctorando en Antropología Social en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (IDAES-UNSAM). Becario de Investigación de la UNLP. Miembro del Grupo de Estudios en Policías y Fuerzas de Seguridad (IDES-UNQ) y del Grupo de Estudio en Juventudes (FTS-UNLP).

Mariana Chaves nació en la ciudad de La Plata en 1968. Es licenciada en Antropología y doctora en Ciencias Naturales, orientación Antropología, de la UNLP. Investigadora del Conicet. Dirige proyectos de investigación en UNLP y UNTREF. Es profesora en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, y en la Facultad de Trabajo Social de la UNLP. Directora interina del Laboratorio de Estudios en Cultura y Sociedad, FTS-UNLP. Miembro de la organización social “Obra del Padre Cajade”, en el emprendimiento social “Casa Joven B.A”. Ha publicado *Jóvenes, territorios y complicidades*.

Una antropología de la juventud urbana (2010, Espacio Editorial). Además ha coordinado *Estudios sobre juventudes en Argentina 2007* (2009, EDULP) y *Políticas de infancia y juventud. Producir sujetos y construir Estado* (2013, Espacio Editorial).

Josefina Cingolani nació en la ciudad de La Plata en 1986. Es licenciada en Sociología por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP. Becaria de la Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires (CIC) y doctoranda en Ciencias Sociales (FACHE, UNLP).

María Florencia Fajardo nació en la ciudad de Mar del Plata en 1981. Es licenciada en Antropología por la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la UNLP. Actualmente cursa el Doctorado en Ciencias Sociales (FACHE, UNLP), y trabaja en educación a nivel universitario y terciario. Forma parte del Centro de Estudios para el Cambio Social. Desde hace tiempo, está vinculada con movimientos sociales a partir de la organización de la juventud y de la educación popular.

Sebastián Gerardo Fuentes nació en la ciudad de Córdoba en 1980. Licenciado y profesor de Filosofía. Magister en Ciencias Sociales, con mención en Educación. Becario doctoral del CONICET, investigador del Programa Educación, Conocimiento y Sociedad, área Educación, Flacso-Argentina. Investigador-docente en la UNTREF.

Carlos María Galimberti nació en la ciudad de La Plata en 1986. Licenciado en Sociología (FACHE-UNLP). Maestrando en Políticas de Desarrollo (FACHE-UNLP). Becario de la Comisión de Investigaciones Científicas de la provincia de Buenos Aires (CIC). Docente de la Universidad Nacional de Quilmes.

Daniel Giorgetti nació en la ciudad de Bahía Blanca en 1961. Es licenciado en Historia (UNS), magister en Ciencias Sociales (Flacso) y doctor en Ciencias Sociales (UBA). Se desempeña como subsecretario de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA), donde también desarrolla tareas como profesor-investigador en la carrera de Relaciones del Trabajo. Dicta clases en Flacso (sede Buenos Aires) y en posgrados de la Facultad de Ciencias Económicas y la Facultad de Derecho (Universidad de Buenos Aires). Trabajó en organizaciones de la sociedad civil y como consultor en el Ministerio

de Educación de Argentina. Realizó publicaciones en temas de educación, participación juvenil, historia y ciencias sociales.

María Celeste Hernández nació en la ciudad de Salta en 1983. Estudió Antropología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP. Es becaria del Conicet y actualmente está cursando el doctorado en Antropología Social (IDAES-UNSAM). Es docente en la cátedra de Antropología Social I, de la Facultad de Trabajo Social, UNLP.

Julieta Infantino nació en la ciudad de Buenos Aires en 1976. Profesora y licenciada en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires, y doctora con orientación en Ciencias Antropológicas por la misma Universidad, en la que también se desempeña como docente. Investigadora (CONICET). Ha integrado diversos equipos de investigación vinculados al estudio de la cultura popular, el folklore y el patrimonio, así como a la cuestión juvenil y la antropología urbana. Publicó libros, compilaciones y artículos en revistas académicas nacionales e internacionales, y se especializa en el estudio de las relaciones entre juventudes, artes y políticas culturales.

Jose Guilherme Cantor Magnani es profesor titular del Departamento de Antropología de la Universidad de San Pablo (USP). Máster en Sociología por Flacso (Chile), concluyó su doctorado en Ciencias Humanas (Antropología Social) en la Universidad de San Pablo en 1982. Defendió su tesis de libre-docencia en 2010 y de titular en 2012, en la misma universidad. Publicó numerosos artículos, capítulos de libros y libros. Recibió el premio Erico Vanucci Mendes CNPQ-SBPC 1989. Se desempeña en el área de Antropología, con énfasis en Antropología Urbana. Es coordinador del Núcleo de Antropología Urbana de la USP (<http://www.n-a-u.org>), de la revista electrónica del núcleo PONTO. URBE (<http://www.pontourbe.net>) y de la colección Antropologia Hoje (Nau/Editora Terceiro Nome).

Ana Sabrina Mora nació en La Plata en 1973. Licenciada en Antropología y doctora en Ciencias Naturales, orientación Antropología (UNLP). Jefa de Trabajos Prácticos de la cátedra Antropología Sociocultural II (FCNyM, UNLP). Investigadora del CONICET. Coordinadora del Grupo de Estudio sobre Cuerpo, investigadora e

integrante del Consejo Asesor del Centro Interdisciplinario Cuerpo, Educación y Sociedad (Cecis-IDIHCS-UNLP/CONICET).

Ramiro Segura nació en Balcarce en 1975. Licenciado en Antropología (UNLP) y doctor en Ciencias Sociales (UNGS-Ides). Realizó una estancia posdoctoral en la Freie Universität (FU) de Berlín. Actualmente es investigador del CONICET y profesor en la Universidad Nacional de La Plata y en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Es coeditor de los libros *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (Prometeo, 2009) y *Segregación y diferencia en la ciudad* (Flacso, 2013).